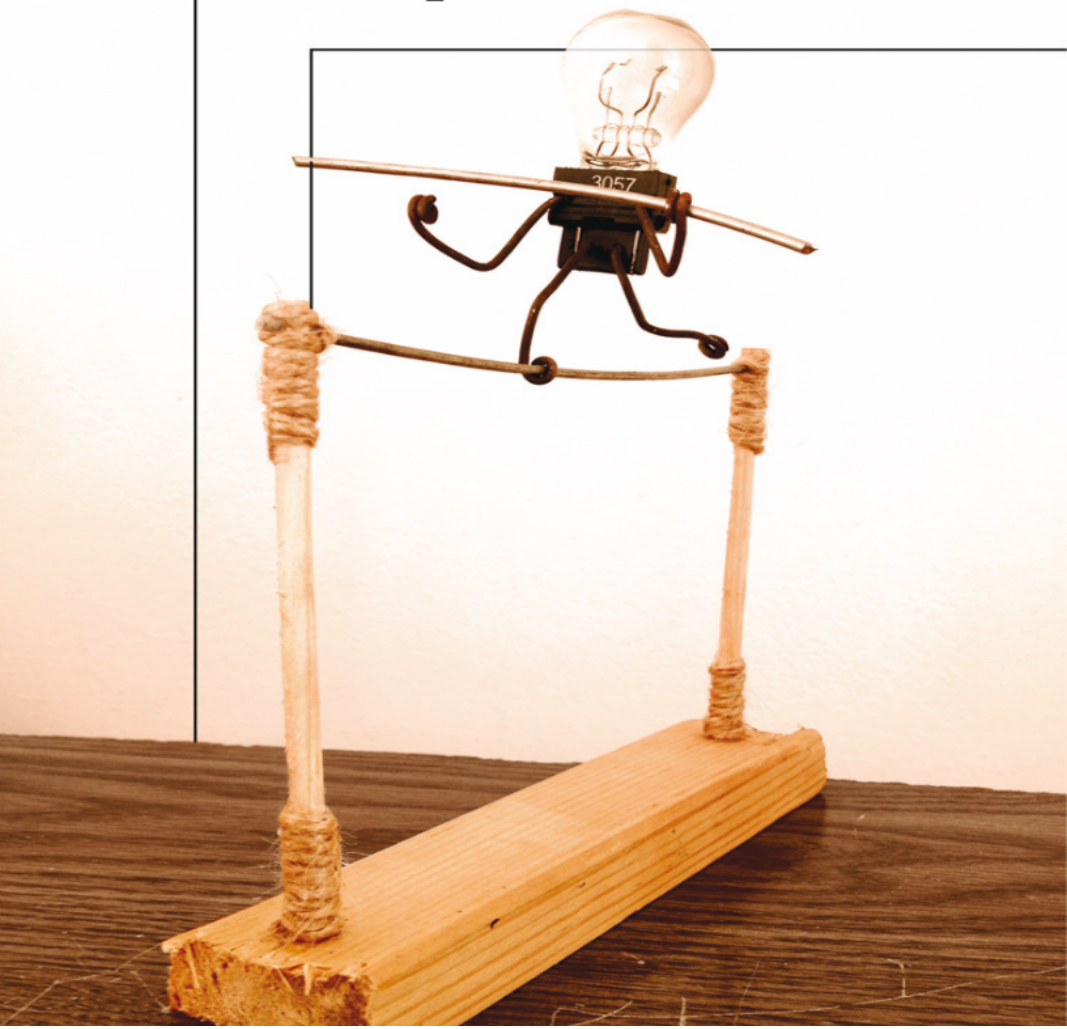
ALFAGUARA

Roberto Quesada

El Equilibrista



ALFAGUARA

El Equilibrista

Roberto Quesada

Índice

Portadilla
No es por dinero *Prólogo*
El destino ha muerto
Historia por la que escribo esta historia
Williams, en la cueva del condenado
El orden de los factores no altera el producto
El pre-bebé y las conspiraciones
El bebé no encuentra la autopista a Belén
El niño y los nuevos usurpadores de la burbuja
El niño bajo la carpa
De vuelta a la ruleta
El circo nunca llega, solamente pasa
Nada es perfecto, excepto lo perfecto
Primera noticia de *El Héroe*
Yo creía que el mundo nada más era bueno
El triunfo de los piel canela
Williams practica su mudez
Fin de un sonido
Cuando quiero llorar, no lloro
Blanco... ni de la risa
La fama es buena, mientras sea de otros
Amor a la marxista
÷ + y – Perf. Nos. + Perf. es Dios
La casa de tres cuartos y varias dimensiones
Epitafio de *El Héroe*
Fuego en las cenizas
Boleto de ida para la ruleta mundial
Condenado a tu condena
Pasaba los treinta siendo único ejemplar
El secreto de Williams
¿Qué es el infierno si no un ininterrumpido regreso?
A Williams nadie lo invita; se entromete
La propuesta de Dios
¿Fin de la ruleta?
Carta al psicólogo
Pretexto primero para un divorcio
Williams y su fobia geográfica
Pretexto segundo para el mismo divorcio
El paraíso de los solteros
El destino solo estaba desmayado
Exitoso en busca de burbuja

La ruleta no llega sola
Una burbuja puede iniciar una guerra
Burbuja a la vista
Un alto a la ruleta
Conversando con la diosa
El caradura de Williams
Protesta de la diosa
Pasaporte al declive
Pasillo a la desgracia
El dolor del sexo
El humano y la diosa
Diosa de la soledad
Vuelta de la ruleta
El juicio final
Mi secreto *Epílogo*
Créditos
Grupo Santillana

A Doña Marta R. López,
con la ilusión de que la música de esta dedicatoria se escuche en la otra vida.

De su escr1itor predilecto,
su hijo.

«Vosotros miráis para arriba cuando ansiáis elevaros, yo miro hacia abajo pues estoy elevado.
¿Cuál de vosotros puede reír y estar elevado a un tiempo?
Quien escala las más altas cimas se ríe de todas las tragedias reales y ficticias».

FRIEDRICH NIETZSCHE

No es por dinero
Prólogo

Crimen, palabra clave para sumergirme en este proyecto. Estaba convencido de que una palabra tan sensacionalista no fallaría. Porque, aunque algunos lo nieguen, el solo hecho de verla escrita en cualquier lugar nos hace detenernos; al menos a mí me detuvo.

He tenido la fortuna —en periodismo a esto le llamarnos así— de haber sido corresponsal de guerra, desde aquellas que se libran entre diferentes países, pasando por las raciales y llegando a las internas, causadas por las diferencias de clases. En todas traté de dar lo mejor de mí. En primer lugar, por mantener la posición y que no me transfirieran; en segundo, por vanidad; en tercero, por la ilusión de agenciarme un premio como el Pulitzer, el cual, antes de adentrarme en las páginas que acompañan a la presente introducción, fue mi sueño dorado; y, por último, por informar a la humanidad sobre el lado oscuro que nos corroe.

Jamás me transfirieron, así como tampoco obtuve nunca ningún premio, mucho menos el aspirado.

Cuando acabé con las corresponsalías y me instalé en un lugar permanente, revivió mi esperanza de obtener aquel premio. Pasé una larga temporada en la biblioteca, revisando periódicos que no vi en mi ausencia y que, por azar o lo que fuera, podrían conducirme a un material explotable que no hubiese sido desarrollado y que, al hacerlo, despertara el interés nacional.

Así di con el crimen cometido por el guionista cinematográfico. No me pareció terrorífico ni patético, como lo calificaron los periódicos, por una sencilla razón: en ninguno de esos medios se habló del pasado del guionista ni tampoco se le citó, aunque fuera declarándose inocente o aceptando su culpabilidad. Vislumbré que, desentrañando esta historia, era casi un hecho que el ansiado premio se me concedería y, luego, el dinero reventaría mis bolsillos.

Lo primero que hice fue buscar a la persona más cercana al acusado y enjuiciado. Di con esa persona que, para mi suerte, de alguna manera también había protagonizado el homicidio. En ese entonces era su esposa, Ivonne. A pesar de la tragedia, la mujer conservaba su belleza, podría decirse triste; hay bellezas tristes. En la entrevista inicial supe que nunca antes la rueda de la fortuna había estado tan a mi alcance.

Así fue como llegué hasta el aislado *Equilibrista*, pero, para esas

fechas, la ambición del premio y del dinero me había abandonado. Me importaba solamente el futuro de aquella mujer y del condenado; el de ellos dos, según llegué a convencerme, también representaba el mío.

Aquí están las páginas, fieles a como él las entregó, a excepción de una que otra corrección. Y créame, lector, que no he hecho nada de esto por premios ni por dinero.

No sé para qué ni a quién servirán estas páginas. Tal vez le sirvan a usted, lector, pues es muy probable que en las fechas del asesinato, llevado por la fiebre de los medios masivos de comunicación, haya acusado a Ivonne de prostituta, degenerada, infiel, etcétera. Para mí, ese es el valor principal de publicarlas: devolver el honor a una mujer que no mereció tales calumnias. Usted juzgará.

Sería inmoral no reconocer que en el tiempo en que estuve visitando al condenado, motivándolo a que escribiera las páginas que prosiguen, aprendí tanto de sus conversaciones como de sus silencios. Además, como periodista, reconozco que con este «documento» he recibido la mejor cátedra sobre el arte de escribir. No puedo ocultar que *El Equilibrista* o condenado —como prefiera llamársele— se convirtió en mi Maestro.

Y para reconfirmar la veracidad de mi decir de que no he hecho esto por premios ni dinero sino por una voluntad humana amorosa, si se quiere, no firmaré sino con mi primer nombre. ¿Quién sabe exactamente cuántos *Williams* existen en nuestro planeta?

No le interrumpo un segundo más. Sea llevado por el principal protagonista al escenario de los acontecimientos. Y luego, conviértase usted en el juez absoluto de esta historia.

WILLIAMS

El destino ha muerto

Aquella mujer me fascinaba: ese fue mi error. Y creo que yo le encantaba no menos a ella, lo juro. Los excesos en el amor también son fatales, y no precisamente porque acaben en matrimonio. Casarse, a mi buen decir, es el preámbulo de la guerra, pues con ello vienen los papeles, ¿y desde cuándo estos no han sido problemáticos? Los documentos, según se tiene entendido, son muestra irrefutable de posesión. Como quien dijera: con el matrimonio comienza otro tipo de propiedad privada humana. Mutua y aparentemente voluntaria, pero propiedad al fin.

Ninguna persona debe aspirar a que otra la quiera tanto; desgraciadamente, esto lo aprendí tarde. No sé qué me pasó, si el equilibrio siempre fue mi fuerte, al extremo que abandoné la universidad por dos años para irme de gira con un circo: de equilibrista, claro. Y pueden preguntarlo en los lugares en donde anduvimos: nunca me caí. Pendiente del mismo equilibrio retorné a la Facultad, pues era un desequilibrio total pensar que con mi intelecto floreciente iba a pasar toda mi vida —una larga vida que me esperaba — en el abandono circense.

La conocí sin sospechar que con ella el destino me extendía el pasaporte a mi declive. Alguien tiene que tener la culpa y hoy no dudo que fue él quien me la puso enfrente. ¿Por qué?, no sé. Quizá porque un día, convencido de que no existía muralla que yo no pudiese derrumbar, lo reté. Le grité dentro de mí, después lo hice a viva voz en mi apartamento: «¡¿Dónde estás, destino?! Ven a decirme que existes. ¡Ven, cobarde! Acepta el reto, dime que puedes desviarme del camino de la fortuna. ¡No existes, destino! Te apuesto la vida y un poco más». Y el destino tardó en responderme.

Antes de declararle abiertamente el desafío al destino, pasé muchas adversidades: la muerte de mamá; la infructuosa búsqueda de mi padre que, aun viejo, nunca tuvo ni un día para mí; la tentación de abandonarlo todo y regresar al circo; la tendencia creciente a la dipsomanía y los frecuentes *delirium trémens* en donde aparecía mi mamá aconsejándome y mi padre persiguiéndome con un cuchillo, maldiciendo el haberme engendrado. Todo lo superé, había desarmado al destino —todas las cosas me sucedían como las planificaba— y dije para mí mismo, regocijándome: «El destino ha muerto».

Historia por la que escribo esta historia

Williams fue el segundo en visitarme. Antes lo había hecho alguien, pero le rogué, más bien le exigí, no volver a hacerlo. No tenía caso que nos encontráramos. En otros tiempos sí, puesto que era un hombre de éxito. Pero, ¿quién, sinceramente, quiere estar cerca de un derrotado? Nadie. Y mucho menos si, encima del fracaso de la vida, ha llegado al extremo de convertirse en criminal. La madre, dirán algunos. Es posible; no en todos los casos. Quizá ella deba —que no es lo mismo que quiera— compadecerse de su hijo asesino, pero esto solo durará mientras consciente o subconscientemente se sienta culpable por haber dado a luz a un monstruo de esa naturaleza. Claro, esto perdurará hasta el día en que la clarividencia la absuelva, la lleve a ver más allá, la haga reaccionar contra su complejo de culpa y la ayude a entender que somos individuales, que una vez arrancados del techo materno tenemos que caminar por nuestra propia cuenta. Entonces la madre, de cómplice, pasa a ser verdugo y el hijo deja de serlo para ser simple y sencillamente lo que es: un asesino.

Al principio no me agradó la presencia de Williams, pues de acuerdo con mis concepciones un condenado debe vivir únicamente para su condena, la que alcanza el máximo cuando el condenado mismo va dándose cuenta de que ya nada le agrada ni le desagrada, de que el llanto, como la risa, no le pertenece, de que el día y la noche no tienen diferencia. En otras palabras, su tiempo es lineal: ni oscuro ni claro, simplemente un tiempo que a lo mejor (¿a lo peor?) está detenido.

Fue hasta pasada una semana —según supe después— que decidí, involuntariamente, ingerir la comida que Williams me dejaba religiosamente a diario. Decidí consumirla no porque me apeteciera sino por comprobar algo que de todas maneras ya sospechaba. Sabido es que la comida entra por los ojos y la de Williams, según el vago recuerdo que aún tenía de lo que eran las buenas comidas, era de esas que en otros tiempos entraría sin ningún contratiempo por mis ojos y olfato. No tuve ninguna sensación en mi paladar: *salado*, *dulce*, *ácido*, *amargo* han pasado a ser solo palabras para mí. Incluso *simple*, no puedo concebir qué será eso para el paladar; otra palabra nada más. Entonces comprobé que la condena, mi condena, continuaba su ruta en mi tiempo detenido.

Williams, al enterarse de que había comido, comenzó a hablarme. Decía cosas a veces cómicas para él, puesto que reía al decirlas, pero sin sentido para mí, por lo que yo no respondía en absoluto. Nadie

podía evitar su visita diaria. Había transcurrido algún tiempo —una semana, según lo que le oí decir pues, repito, mi tiempo es detenido— cuando él pronunciaba algo que supuestamente es mi nombre y repetía: «Es sordo, ha quedado sordo». Yo sabía que no estaba sordo todavía, pues la condena avanza a su paso y el momento de estarlo llegará. Lo que yo no sabía era si ya se me había vedado el habla. Tenía mucho de no conversar con nadie, ni a solas, ni un grito siquiera en mi recinto que se me devolviera en forma de eco. Entonces, no por comunicarme con Williams sino porque supe instintivamente que tenía la oportunidad de evaluar mi condena, quise saber, no sé ni por qué, puesto que no tengo curiosidad por nada, si aún mi habla no había caído en las redes de la condena. «No soy sordo», dije.

Su rostro de preocupación cambió de inmediato al de felicidad. Reía y hablaba: «Entonces me escucha, gracias a Dios, me escucha. No está ni sordo ni mudo». Y me preguntó cómo me sentía, y si me había gustado la comida. Que quizá él haría posible que yo saliera de aquí. No hablé más, había cumplido mi objetivo. Veía que mi condena era de las más temidas: la lenta. Pero no importaba, de todos modos estaba cayendo al fondo de la penitencia en donde ya no duele siquiera enterarse de que se ha perdido el dolor.

Williams continuó llegando como de costumbre, llevando comida que me comía como parte de la condena. El, quizá sin saberlo, se había convertido en uno de tantos verdugos que seguirían apareciéndome. El hecho de tener que comerme una comida que luce bien y no sabe a nada no podía ser otra cosa.

«Vuelva a hablar», repetía Williams con pausas de su tiempo. «Hágalo por mí. Usted es una obsesión que yo tengo desde hace muchos años. ¿Será capaz de hacer un bien? Sé que lo es. Hágalo por mí y por usted». Yo no tenía interés en hacerle bien ni mal a nadie. Y de haber querido, él tenía que explicarme qué era el bien y el mal, ¿cuál era la diferencia? Empezando por el porqué me encuentro aquí, ¿por haber hecho el mal o el bien? Por tanto, me rehusé a hablar hasta que dijo: «Bueno, si no lo quiere hacer por usted ni por mí, hágalo entonces por Ivonne».

—Ivonne —dije— Ivonne —repetí y él sonrió. Se le iluminó el rostro. Y algo ha de haber descubierto en mis ojos porque no quitaba los suyos de los míos. No me importó enterarme también de que mi condena aún no había llegado a mis ojos. Sino era ese nombre «Ivonne» el que, por primera vez en mi tiempo estancado, me hacía pensar o intentar pensar en algo. Y fue Williams quien se respondió por mí: «Sí, lo sé, usted por Ivonne es capaz de hacer cualquier cosa».

Williams, en la cueva del condenado

¿Qué quiere Williams que haga por Ivonne?», fue la primera interrogante que me hice después de tanto tiempo. Preguntar es como renacer, es como volver a estar. Fue la primera pregunta que me hice desde el momento en que me llegó el fracaso. Williams había sembrado en mí, que me consideraba tierra estéril, una pregunta que germinaría otras: «¿Puedo hacer algo por alguien?» No, pensé que no. «¿Con qué derecho un criminal que se ha mutilado a sí mismo…?» No, no tiene derecho a hacer nada por nadie. Esperé a que Williams regresara, pero pasaban días de su tiempo y no aparecía. Claro, no me desesperaba pero sí quería pronunciar frente a él el nombre de Ivonne, con cualquier pretexto.

La ausencia de Williams me llevó a la conclusión de que era premeditada. Me había incrustado un nombre como una espada. Un nombre que pudiera devolverme alguna sensibilidad para que luego el destino reanudara su implacable condena. ¿De qué sirve castigar a un ser que ya no siente nada? Ese era el truco; un castigo sin dolor no tenía sentido. Williams había desaparecido por una de dos razones: era el verdugo que me había ensartado el nombre *Ivonne* como una inyección para recuperar al agonizante que será retorturado; o con su ausencia yo tenía la posibilidad de reflexionar, de decidir si ayudar o no a Ivonne.

Fue lo segundo. Williams reapareció con la comida que dejó en el mismo lugar de siempre. Sin desesperación, le pregunté:

—¿Qué puedo hacer por Ivonne?

No contestó. Llamó a un individuo y le pidió que lo dejara entrar. El hombre dudó; dijo que tenía que consultar con sus superiores; Williams y él desaparecieron. Luego de un momento regresaron; el hombre, temeroso, advirtió a Williams:

—Yo que usted no lo haría.

Vi al hombre y le dije:

—Déjalo entrar.

Fue tal su asombro que casi se desmaya. En tantos años, todos los años que tengo de estar aquí, era la primera vez que me escuchaba hablar. Podría decir que ese hombre —de quien desconozco su nombre— y yo, hemos envejecido juntos aquí sin nunca cruzarnos una palabra.

Williams se acomodó en el piso como afanado en inspirarme la mayor confianza posible. Me contaba algo a lo que yo no prestaba atención porque, curiosamente, el nombre de Ivonne continuaba como

el eco de una gotera en mi cerebro. En tanto tiempo era la primera vez que algo me estaba interesando.

Interrumpí el monólogo de Williams:

—¿Qué quieres que haga por Ivonne? ¿Es que acaso, desde aquí, puedo hacer algo por ella?

Le chispearon los ojos mostrando una felicidad que ni intentó ni podía disimular:

—Claro que sí —respondió con rapidez—, pero antes deje que le explique.

Así me enteré de que era periodista, lo que no daba lugar a duda pues lo reafirmaba su apariencia: una barba de varios días no puesta en orden, desigual como el césped podado con una cuchilla desafilada; la camisa mucho más ancha de lo necesario; y ese constante mirar a todas partes como una ardilla asustada. Estaba obsesionado con mi historia; no descansó desde que supo de ella, intentando desenmarañar el porqué había llegado a tal extremo. Por esa razón buscó hasta dar con Ivonne, quien le relató lo que sabía, o sea, desde que ella y yo nos casamos hasta el día de la tragedia. El mutuo interés por las causas que me llevaron a ser homicida —ella por ser la exesposa y, de alguna manera, víctima; él por su profesión, por su deber de llegar hasta el centro de la llaga— los llevó a hacerse amigos y, de alguna manera, también cómplices. Él la visitaba regularmente. Tenía un archivo completo sobre mi caso: vídeos, recortes de periódicos, entrevistas de gente que me conoció antes del fracaso, e inclusive entrevistas con la misma Ivonne, que concedió por aquellas fechas para que los reporteros se satisficieran y dejaran de acosarla. Pero nada lo había conducido hacia lo deseado: saber el móvil por el cual cometí el crimen, puesto que yo mismo, en el breve juicio que se me hizo, negué rotundamente haberlo hecho por celos. Aprendí desde mi infancia a no sentir celos.

Lo que Williams me pedía no era fácil. Quería que escribiera mi vida, desde mi niñez hasta el momento del asesinato. En un principio rechacé completamente la idea. Para escribir se necesitan sensaciones humanas: pasión, odio, humor, dolor, gozo, miedo, valor… Instrumentos con los que no contaba, ni cuento ni contaré al finalizar este escrito. ¿Qué podría resultar? Algo desabrido, ininteligible, torpe y quizá sin surtido. Además, se necesita de un tiempo vivo, en el que pueda ir hacia atrás y hacia adelante. ¿Cómo podía yo aspirar a complacer a Williams en semejante proyecto, con mi tiempo detenido?

Dijo comprenderme, pero insistió en que hiciera un esfuerzo. No tanto por él, sino por Ivonne, quien no podría tener paz, vivir normalmente dentro de las posibilidades, sin saber el motivo. A esto debió agregarse algo sumamente importante para que decidiera redactar este documento que, como tal, no tendrá ni interés ni

reacciones humanas como el llanto o la risa, la alegría o la tristeza, ni mucho menos la tensión o el desenfado. Ivonne estaba viviendo miserablemente en una casita que se compró en las afueras de la ciudad.

Según Williams, los guiones cinematográficos que yo casi tenía contratados fueron rechazados después del homicidio, y no porque no sirvieran, sino porque, para que pudieran interesar, necesitaban saber por qué lo hice. Una vez esclarecido esto, todos mis escritos tendrán razón de ser e Ivonne ya no pasará penurias. Existe entre mis guiones y lo que he de relatar una comunicación directa e inexplicable, algo cósmico. Williams me ofrece su tiempo para que yo pueda viajar al ayer y contar hasta los mínimos detalles de lo que fue mi vida pero, si acepto su tiempo, lo acerco a la muerte. La muerte es agotar el tiempo individual que a cada cual nos pertenece. Unos nacen con más tiempo que otros. Quizá parezca descabellada la comparación pero es acertada: es como llenarle el tanque a dos autos. Por alguna razón técnica uno quemará el combustible más pronto que otro, entonces se detendrá y no podrá andar hasta que vuelvan a llenarle el tanque o lo dejen con el tiempo detenido hasta que lo alcance la muerte que, en este caso, es el óxido, con lo que viene el deterioro. A diferencia de cuando el ser humano consume su tiempo, que no hay posibilidad alguna de recargarlo. Es así como muchos que aparentemente lucen bien en las calles no están sino con el tiempo detenido, en espera, o más bien en la antesala de la muerte. Es debido a ello que las cosas no les salen como debieran por más que se esfuercen. No habrá éxito ni reconocimiento y mucho menos recompensa por lo que hagan. Simple y sencillamente les rodeará el fracaso, puesto que estar muerto es estar vencido. Lastimosamente —o quizá, afortunadamente— la mayoría de estos cuerpos que ya han finalizado su tiempo no tienen ni siquiera capacidad para sospechar su propia tragedia.

Así que no quise aceptar el tiempo de Williams. Equivalía, indirectamente, a cometer un nuevo asesinato, cosa que bajo ninguna circunstancia estoy dispuesto a repetir. Decidí escribir lo que Williams me ha pedido con el tiempo que aún me queda, pues si aún no estoy sordo, hablo, y un nombre como *Ivonne* me hizo pensar y sentir una pizca, significa que, por algún motivo no comprendido por mí, me han dejado una pequeña reserva, tal vez no tanto por mí sino por Ivonne, a quien injustamente se le está destrozando el tiempo por culpa mía, porque despojé de su tiempo a un ser humano. Lo más probable es que la reserva que me queda me la dio el destino para invertirla en estas páginas que contarán mi verdad y, paradójicamente, mi derrota. A lo mejor lo único positivo es la posibilidad de que puedan enderezarle y darle sentido al tiempo de Ivonne.

El orden de los factores no altera el producto

Quiero que quede clara mi convicción —he ahí la razón de mi insistencia— de que estas páginas no servirán de nada a nadie, ni siquiera al destino, porque, estando consciente de su inutilidad, ni siquiera el destino puede burlarse una vez más de mí. Burlarse en el sentido de que me ilusione creyendo que con este escrito mi nombre se registrará en el apetecible vagón de la historia. Con este alto nivel de autocrítica, el más severo que he tenido en toda mi vida, me dispongo a contar lo que me llevó a convertirme en un homicida, pensando, claro está, que con esta confesión puedo revivir a Ivonne. Todo esto, por supuesto, dudando. Porque en verdad dudo, no creo que ni a ella ni a Williams les sirva. Digo a Williams porque, aunque su apariencia no da para desconfiar de él, su profesión sí: es periodista. Y es probable que no siempre me hable con la verdad. Quizá utiliza a Ivonne para que yo decida, después de una década, gritar mi silencio. Tal vez piensa que con esta historia puede ganar dinero y prestigio, cosa que no sucederá. ¿A quién le interesa mi vida, mi infancia, mi adolescencia hasta llegar al individuo en que estoy convertido hoy? A nadie. Se lo he advertido a Williams reiteradas veces. No ha desistido y solo me ha reconfirmado la testarudez y terquedad de la mayoría de los periodistas.

Williams quiere que cuente, no importa cómo; que comience por donde quiera; que hable de Ivonne, de mi procedencia, de mis diferentes empleos, mis gustos y disgustos. Él se encargará de darle un orden coherente, si es que acaso pudiere encontrarle coherencia. Creo que, de alguna manera, todos somos asesinos potenciales. Incluso aquellos que son profundamente religiosos, pueden ser víctimas de su propio fanatismo o, lo que es peor, del destino. Tal es mi caso.

En su descabellado proyecto de convencerme para la elaboración del presente manuscrito, Williams argumentó que si otro fuese el criminal no tendría ninguna importancia; pero sí la tiene, por tratarse de un hombre de éxito, con una envidiable posición social, culto y joven —pues entonces contaba con cuarenta años, que es realmente la edad en que más joven se está—. Los de cincuenta te llaman joven porque no quieren aceptar que están envejeciendo. Y los de treinta te halagan porque saben que pronto estarán ahí. Mas yo desconfío de que esas virtudes, que Williams adjudica a mi pasado, sean lo suficientemente sólidas para que a alguien pueda interesarle mi historia. Es más probable que lo que cause cierta curiosidad sea la escena del crimen y la forma en que nos avanzaron periodistas y

policías. Para unos fue patético; para otros, incalificable; y a algunos simplemente les pareció una locura. Para mí, aún hoy que la he recordado después de tanto tiempo, no me sigue pareciendo sino natural: el tipo con el balazo en la cabeza bocabajo en la cama; al lado de la cama, nosotros, en la alfombra, Ivonne y yo haciéndonos el amor mientras yo me apuntaba a la sien con la pistola, con el índice en el gatillo. Ivonne me veía desde debajo de mí con un rostro de placer y terror llevado a la cumbre. Yo disfrutaba no del sexo sino de la posibilidad de que, en esa circunstancia tan aparentemente absurda como difícil, pudiera manejar el equilibrio, como en mis viejos tiempos del circo, sin que el gatillo se martillara y me volara la tapa de los sesos. Era divino que entre el ritmo del sexo y el rostro y los pechos de Ivonne salpicados de la sangre aún fresca del individuo, el pulso se me mantuviera firme; y ver mi vida columpiándose, sin malla de protección, dependiendo apenas del mínimo error, de la más insignificante desviación de mi dedo índice o de una milésima de segundo en el cual me desconcentrara. Y me caían los *flashes* de los periodistas y las voces de los policías estrellándose en mi espalda, y aún así le gané la partida al dedo índice hasta que Ivonne y yo nos saciamos y la pistola cayó por su propia voluntad y peso en la alfombra, a un lado de nuestros cuerpos.

El pre-bebé y las conspiraciones

Cuando las mitades de mamá y papá se juntaron, quedaron en el lado de mamá; por eso comencé a formarme yo, lo que a partir de ese momento en nueve meses se transformaría en un bebé. Si la mitad de mamá se hubiese dejado absorber por la de papá, entonces yo no hubiera sido a partir de ahí un pre-bebé. Quizá luzca complicado pero es sencillo: la mujer posee la burbuja en donde dos mitades pueden fusionarse, convertirse en uno solo y formar un pre-bebé, que luego será bebé y adolescente y adulto y anciano, si llega. En cambio, cuando es el órgano sexual del hombre el que se traga los óvulos de la mujer, no se produce nada puesto que él no tiene burbuja. Así, se van las mitades en el órgano del hombre y, al bañarse u orinar, se pierden por la tubería de las aguas negras y así se forman los fantasmas o espíritus, puesto que ellos no tienen cuerpo.

Afortunadamente, mis dos mitades cayeron en la burbuja de mamá. Y desde ahí pude escuchar y aprender a entender el mundo, en el cual ya estaba sin haber llegado. Mi padre abandonó a mi madre siendo yo un pre-bebé. Ya no hubo visitas extrañas de quien ya sabía que era mi papá, que sentía al otro lado de mi burbuja protectora. Así que me acostumbré al ritmo solitario y constante del corazón de mamá. Por eso dicen, no sin razón, que uno ama con el corazón, pues en la etapa pre-bebé el sonido más importante, el más cercano y permanente es el del corazón de la madre. Es también el motivo por el que cuando uno es bebé o adolescente o adulto y se ve con problemas, ofuscado, nada es mejor que el pecho de mamá; recostarse en él. Subconscientemente eso nos tranquiliza, y no es sino por la seguridad que nos da el sonido del corazón de mamá. Claro, cuando el papá no se retira de uno cuando uno es un pre-bebé los oídos de mamá sirven como canales para que uno escuche el corazón de papá. De ahí que también se puede encontrar consuelo en los corazones de los papás que no lo abandonan a uno.

En ese entonces yo no tenía nombre; si hubiese tenido a papá cerca me hubieran puesto el nombre provisional de todos los pre-bebés: «Tócalo, se mueve». Sin embargo, temía. Algo andaba muy mal afuera. Mamá lloraba persistentemente. Yo tenía miedo de salir a lo que llaman el mundo. Al yo no tener papá, mamá se desesperó. Otras voces femeninas le advertían que aún estaba a tiempo, que convertir a un pre-bebé en bebé en esos días era difícil, todo tan caro, escasez de trabajo, lo tortuoso de sobrevivir siendo una madre soltera, no obstante la belleza y juventud de mamá. Y entonces la palabra *aborto*

se hizo asidua en los oídos de mamá, hasta que alcanzó el número suficiente para que la persuadieran.

Yo tenía tres meses de pre-bebé; no había ni recorrido la mitad del maratón de los nueve para evitarme el despojo no natural de mi burbuja. Y las voces que entraban por los oídos de mamá eran sinceras y decían la verdad. Creo que hasta yo estaba convencido de que no valía la pena convertirme en bebé si vendría para sufrir y hacer sufrir a mamá.

Mamá accedió. Como no tenía dinero le aceptaron, a cambio del desalojo de su cuerpo que harían de mí como un inquilino moroso, una gruesa cadena de oro. Mamá se metió en una bata y se acostó bocarriba en una camilla. La partera hacía los preparativos y cuando ya todo estaba en su punto, de repente, mamá salió en carrera de aquella casa gritando, en medio del llanto, que iba a tener a su hijo.

Yo, por supuesto, estaba terriblemente emocionado porque a pesar de ser apenas un pre-bebé había vivido el suspenso, la tensión y recibido la gloria de haber superado mi primer reto como equilibrista en este mundo. Sin duda, de ahí puede desprenderse y comprenderse mi pasión por el circo. Por supuesto, todo lo anterior lo sé porque me lo contó mamá después de que dejé de ser un pre-bebé, un bebé, y ya le decía adiós a la adolescencia.

El bebé no encuentra la autopista a Belén

Yo, , salí de la burbuja a su tiempo y en total normalidad. Las primeras semanas estuve con mamá y, luego de su recuperación, con mujeres amigas de mamá. Mamá debía trabajar para darme de comer a mí y a mi hermana que, luego supe, había estado en la burbuja antes que yo. Pero no fue mucho lo que pasé con mi hermana; mamá tuvo que dividirnos para que le rindiera el dinero. Entonces volví a quedar solo, rodeado de mujeres que me llevaban en brazos a un lado y a otro; me hacían cosquillas mientras besaban y jugaban con mi penecito naciente. Algunas lo besaban y reían por algún descontrol que esto causaba en mí. Era bueno verse rodeado de mujeres que corrían a atenderme a mi menor protesta; sin embargo, como todo lo bueno, aquello acabó pronto. Mamá tuvo que irse del pueblo a buscar fortuna a la ciudad. Allá pagaban mejor y en el pueblo cada día había menos trabajo. Mamá me dejó con familiares. No podía distinguir a mi abuela de mi tía ni a mi tío de mi abuelo, ni a un vecino de un familiar. Me llevaban de casa en casa; pasaba unos días en una, otros días en otra, incluso de pueblo en pueblo.

De bebé vivía una especie de rotación de la que nunca se supo si fue porque todos querían tenerme y me disfrutaban democráticamente, o nadie quería tenerme y se dividían el castigo para hacerlo más soportable.

Para entonces papá ya había ocupado la burbuja de otra mujer, lo que lo hacía alejarse más de mi hermana y de mí. Así que mamá mandó a traer a mi hermana y, mientras las cosas mejoraban, yo tenía que continuar de rostro en rostro como en una fiesta de disfraces; de casa en casa, de pueblo en pueblo, como si me escondieran de Herodes, como si me buscaran para aplicarme el mismo castigo que casi me dan cuando aquella partera estuvo a punto de desalojarme de mi burbuja.

Había una madrina que me crucificaba a golpes por no comer frijoles. Era el fragmento más duro de la ruleta, cada vez que venía el momento de pasar los días con ella y mi abuelo. Yo, impotente, deseaba encontrar la autopista que me condujera a Belén, a huir del miedo, acurrucado, escuchando el sonido pacificador del corazón de mamá.

El niño y los nuevos usurpadores de la burbuja

La situación económica de mamá mejoró, aunque no considerablemente, pero sí lo suficiente para que yo recorriera la autopista hasta donde ella estaba. Envió a traerme, sobre todo porque alguien le informó de la cruzada de latigazos que me propinaba la madrina solo por el hecho de que mi estómago declaró no gratos los frijoles. Además, mamá sabía también que ya estaba en edad escolar y, al parecer, ninguno de los antifaces con los que pasaba algunos días se preocupaba por que yo estudiara. Quizá porque con mi vida de *niño ruleta*, girando de pueblo en pueblo, de tío en tía, de madrina en vecina, tendrían que ponerme en una escuela ruleta o, cuando menos, con una profesora ruleta que anduviera detrás de mí en esa vida completamente andariega que las circunstancias (¿el destino?) me habían dado.

Sin duda que esa vida de niño gitano también me indujo a la pasión por el circo; la vida esa de amanecer debajo de una carpa en un lugar y anochecer instalando esa misma carpa en otro. También, indudablemente, vivir de persona en persona, aunque fuesen familiares, reforzó mi destreza de mantener el equilibrio, pues tenía que manejar a ciencia cierta los caracteres de cada uno para evitar, en lo posible, el maltrato, excepto con la madrina empeñada en que comiera frijoles. Ahí, supuestamente era en donde el equilibrio no me funcionaba o, por el contrario, era donde más me lo demostraba a mí mismo, pues me movía con una precisión asombrosa para que un latigazo quedara justo a la par del otro y nunca cayeran dos en el mismo lugar. De esta manera equilibraba, compartía el dolor en la espalda, y el dolor esparcido hacía más tolerable que pudiera dormir.

Llegué a donde mamá una mañana: no me sentía alegre ni triste, sino curioso. Hacía años que no la veía; tantos que no la conocía. El tío que me llevó tuvo que repetirme varias veces: «Saluda a tu mamá». Lo que más me llamó la atención fue la intuición y la certeza que tuve al deducir que la burbuja de mamá no solo había sido privilegio de mi hermana y mío sino de otros niños. Los veía andar por ahí, gritando uno, llorando otro, el más pequeño caminando y cayéndose para volver a levantarse y volver a caer. Entonces sentí la más grande sensación de tristeza y soledad que en la vida he experimentado. El vientre abultado de mamá era muestra irrefutable de que la burbuja estaba una vez más ocupada lo que, claro, me distanciaba del pecho de mamá al acercármele y, por tanto, no podía estar tan cerca de su sonido para saberme protegido, para olvidar la vida de ruleta y de

disfraces.

Pero eso no fue todo. Como si no bastara, también aquellos niños que habían salido de mi burbuja —pues por antigüedad me pertenecía más a mí que a ellos— no eran blancos como yo. Ellos no eran negros, pero no eran blancos. Su tez canela los diferenciaba tanto de mí, les daba una distancia tal que yo, con mi precocidad, pude sospecharme tan solo como siempre, entre aquellos niños tez canela, igual a la de su padre y más cercana a la de mamá.

Entonces supe que me había quedado sin sonido y sin color. Al paso del tiempo me adapté a ellos y ellos a mí. Por mi condición de mayor debía cuidarlos y, de paso, si se propasaban llamándome *blanco*, darles un pellizcón o una trompada. Nada me daba más ira que ellos hicieran cualquier alusión, por simple o accidental que fuera, a nuestras diferencias de color. Es más, trataba, en el verano, de pasar bajo el sol el mayor tiempo posible, con la ilusión de, si no igualármeles, por lo menos estrechar la distancia. Todo para no sentirme tan solo. Y en el fondo de mi ser, el anhelo de que el padre de ellos algún día me confundiera con sus hijos, no distinguiera el color, como si con eso bastara. Tampoco el sol lograba hacerme mayor cosa. Yo era la copia fidedigna de aquel que nos vació a mi hermana y a mí en la burbuja de mamá y se fue sin dejarnos dirección y sin buscarnos nunca más. Era incómodo para mí ver a aquellos niños recostados en el sonido de mamá y a otros en el sonido de su papá. Para evitarme en lo posible la repetida escena de los atardeceres, no descansaba hasta cazar de entre el jardín de laureles una cigarra que tenía conmigo —cuidando no dañarla en lo más mínimo— hasta que me caía del sueño a la par de su cantar.

Así eran los días de escuela y cigarras. Había perdido el interés de buscar la autopista a Belén del cuento que me contaba uno de los tíos, de los que más me encariñé. A temprana edad estaba convencido de que la autopista a Belén, donde supuestamente los niños eran protegidos, solo existía en la cabeza fantasiosa de mi tío, el pintor. Pese a todo, entendí muy bien aquello que ya desde mis primeros tres meses de pre-bebé no me abandonaría: el equilibrio. Mi única gran arma para la sobrevivencia. Sabía que mamá no podía mostrarse más cariñosa conmigo que con los otros niños; debía guardar el equilibrio frente al padre y los niños. El padre tenía de vez en cuando que darme una muestra de cariño para no perder el equilibrio frente a mi madre. Y así, aprendiendo a conocer el equilibrio de los demás, fortalecía el mío. Y cuando presentía que estaba por perderlo —dándole, por ejemplo, un fuerte beso y abrazo a mamá delante de todos— me retiraba a donde nadie me viera a pensar en mi hermana que no vivía con nosotros y que era de mi color. Éramos de la misma burbuja y seguramente los dos nos preguntábamos cómo sería el sonido del

corazón de papá. Así lo imaginaba viniendo en un caballo volador, lazándome como si yo fuera su potrito y llevándome con él sobre las nubes, aterrizando en un lugar silencioso para poder recostarme en su pecho y sentir los mensajes que venían de su corazón. No podía imaginar su sonido pero pensaba que debía parecerse al de mamá. Yo lo esperaba impacientemente hasta que recordé que alguien contó que ya había ocupado dos veces la burbuja de su mujer. Quizá desde entonces ya no tenía sonido para mi hermana ni para mí, pero también para entonces yo me había habituado al fiel sonido nocturno de las cigarras.

El niño bajo la carpa

Letreros en todas las paredes; pasaban autos con megáfonos y bocinas anunciando; se veía en los periódicos y la televisión que el circo había llegado. ¿*Cómo será el circo*?, me preguntaba, y a la vez deseaba que mamá o el papá de los piel canela se interesaran y nos llevaran a todos, incluido yo, por supuesto. Y convencí a escondidas a los niños piel canela. Me inventé el circo según lo que había oído y a ellos les gustó. Y a mamá y al padre de los piel canela les llamó la atención y nos fuimos a la función más barata del domingo. Nunca antes había estado en un circo.

Al principio me dio miedo entrar bajo la carpa; era como haber perdido el verdadero cielo, sustituyéndolo por uno falso. El anunciador hablaba y trataba de ser gracioso; a lo mejor lo era porque la gente, incluida mamá y su llenador de burbuja, reían a carcajadas. Después vino lo peor: los payasos. Ya antes había visto uno que otro en la televisión, pero no me gustaban; cada vez me caían peor. Esos narices de tomate con esas risas pintarrajeadas de mentiras me causaban rabia en vez de risa. Afortunadamente, mamá no podía notarlo porque nos separaba la ringlera de niños con quienes para ese entonces ya comenzábamos a reconocernos como hermanos.

Después salieron unas bailarinas que sí me gustaron: eran bonitas. Además, sus trajes cortos y chispeantes, parecían un montón de solecitos cubriéndoles el cuerpo.

El número siguiente volvió a inquietarme; el domador de leones no tenía por qué pegarles a los leones. Ellos, según lo que había aprendido en la escuela, no tienen por qué andar entre la gente; ellos pertenecen a la selva y la gente tampoco tiene por qué andar en la selva. Cuando el domador metió toda la cabeza dentro de la boca del león, a mí me dieron ganas de gritarle al león para que se asustara y se la arrancara, pero no lo hice porque al parecer a mamá la divertía el espectáculo.

Luego vino lo que me marcaría para siempre: los trapecistas. Eran cuatro, dos mujeres y dos hombres. Se balanceaban en los columpios y, de pronto, una mujer se dejó caer; un hombre la ganó en el aire, se meció con ella y se la lanzó al otro. Luego, la otra mujer; y así. Era divino; no se cayeron. Después, uno de los hombres tomó una barra y, por encima de una varilla delgada, comenzó a caminar, a cruzar el circo de extremo a extremo de la carpa: era el equilibrista. En eso recordé otro cuento que me contó mi tío el pintor, después del de la autopista a Belén. Me habló de Jesús, un hombre que caminaba sobre

el agua sin hundirse. Hasta entonces entendí bien todo. Él no anduvo sobre el agua sino que tenía puesta una varilla a ras del agua y caminaba sobre ella. Y, desde ese día, no descansé hasta poder alcanzar a ser lo que fue Jesús: un equilibrista.

De vuelta a la ruleta

Mamá y el padre de mis hermanos se separaron. Nunca supe por qué. Así mamá y mis hermanos partimos a otra casa. Dejamos al hombre solo en una ventana, como si fuera una pintura. Mamá trabajaba, pero no le rendía el salario; éramos muchos. Por fortuna, el papá de mis hermanos siempre le enviaba dinero a mamá, que tampoco era mucho porque al separarse él tuvo que pagar quién le hiciera la comida, quién le lavara la ropa, etcétera.

Entonces mamá —que era muy dada a tener ideas brillantes— pensó que podíamos vivir en un barrio un año pagando solamente cuatro meses de alquiler de casa. El asunto consistía en que mamá rentaba una casa grande. Por lo general, no le pedían depósito y si se lo solicitaban ella sabía cómo ingeniársela para convencer al arrendatario. Una de las fórmulas más eficaces consistía en mostrarle el dinero del primer mes contante y sonante, y el propietario no resistía la tentación de cogerlo. De este modo, mamá pudo comprar otros enseres prioritarios de la casa: dos televisores, dos refrigeradores, licuadora, tostadora, camas… en fin, no creo que nos haya faltado algo; y mejoraba también el nivel alimenticio de todos. Cuando había pasado un mes y días del atraso en pagar la renta, el propietario le pedía a mamá desalojar la casa, a lo que ella accedía. Así esperaba hasta que faltara uno o dos días para que se venciera el plazo de tres meses que daba la Ley del Inquilinato para desalojar. Para ese tiempo ya habíamos vivido un mes pagado y tres gratis y teníamos lista una nueva casa al otro extremo del mismo barrio, donde mamá aplicaría el mismo método hasta que llegaran los nuevos cuatro meses. Al siguiente no solo teníamos que cambiar casa y barrio, sino también escuela.

La ruleta volvía a posesionarse de mí, pero al menos esas veces no iba solo. Cambios de escuela, de compañeros y profesores: volvía a la danza de los antifaces. La ruleta me llevaba con ella y esto pasó a ser parte fundamental en mí. Cuando estábamos por cumplir los cuatro meses en una misma casa, mi cuerpo inconscientemente me decía que era el momento de retomar el camino, de dar una nueva vuelta a la ruleta. Lo mismo sucedía con la escuela; la emoción del fin de cada año no era por aprobar mis exámenes ni las vacaciones, sino la irrevocable convicción de que esos rostros de compañeros y profesores se iban de mí con el año. Ya en mi espíritu y en mis ojos, la necesidad de otras gentes era imperiosa para esas fechas. Sentía el mismo aburrimiento que vine a experimentar después con mayor intensidad,

cuando el circo ya tenía más de un mes de funciones en el mismo lugar. Nada me alegraba y me revitalizaba tanto como el ansiado momento de bajar la carpa, acomodar los fierros, meter los animales en sus tráileres y emprender el éxodo en una caravana cuyo destino no era sino detenerse por fragmentitos ante nuevos rostros, atraparlos por unos días bajo la carpa, y luego dejarlos con la ilusión de que hubo algo; dejarles apenas las huellas en donde estuvieron enterrados los soportes de la carpa.

Mamá, mis hermanos y yo aprendimos con destreza a empacar y desempacar, a llenar un camión sin desperdiciar un milímetro. También nos volvimos duchos en dibujarnos los más tétricos rostros que en niños pudiese haberse visto, cuando llegaba el arrendatario a reprender a mamá y a pedirle que desocupara. En verdad lo único que nos provocaba la presencia de los arrendatarios era una inmensa alegría, señal inequívoca de que el próximo viaje estaba cerca. Dábamos rienda suelta a nuestra risa de felicidad cuando él apenas se había marchado y nos preparábamos regocijados para el nuevo peregrinaje. No menos bien sabíamos manejar las cosas de las escuelas. No nos encariñábamos más de lo debido con profesores ni compañeros; por el contrario, eran ellos quienes lloraban cuando se enteraban de que nos marchábamos. Mis hermanos y yo usábamos una cara de tristeza que en verdad no nos pertenecía.

Y en ese trajinar nos íbamos desarrollando sin la menor nostalgia por ningún sitio, sin melancolía por las niñas y niños que quizá no volveríamos a ver nunca más. No teníamos raíces en ninguna parte ni compañeros generacionales: éramos los hijos de la ruleta que nos fugábamos con ella en cada nueva vuelta para caer en un número diferente.

El circo nunca llega, solamente pasa

Mi hermana mayor, quien ocupó la burbuja antes que yo, vino a vivir con nosotros. Sabía cocinar y mamá le enseñaba nuevas cosas. Al principio, miraba extrañada a aquellos niños trigueños. Le dije que al cabo del tiempo terminaría acostumbrándose, así como yo, que ya no me asustaba ni me sentía minoría étnica. De ellos hacia mí las cosas eran normales: admiraban mi fuerza, mi capacidad como el empacador más diestro, y, sobre todo, las grandes proezas que hacía a escondidas de mamá, guardando el equilibrio, cruzando de una ventana a otra, de un árbol a otro encima de delgadas varillas, sin nunca caerme ni agarrarme de nada.

Convencí a mi hermana de lo buenos que eran aquellos niños piel canela. Además, le recordé que veníamos todos de la misma burbuja, que el llenador era lo de menos, que, quisiéramos o no, siendo pre-bebés y bebés habíamos escuchado constantemente el mismo corazón de mamá.

Ella aceptó y se llevaba muy bien con los piel canela, y así, al paso del tiempo, nos confundíamos unos y otros. Ya nadie reparaba en los colores. Tampoco a mi hermana y a mí nos disgustaba que su papá llegara a verlos y les llevara regalos. Yo pensaba que, en cualquier momento, aparecería mi papá en su caballo alado con regalos para mi hermana y para mí; tantos que podríamos compartirlos con nuestros hermanos, así como ellos compartían con nosotros los humildes regalos que les daba su padre. Mi hermana me dijo un día:

—Nosotros no tenemos papá.

Y yo me peleé con ella. Le discutí porque había aprendido en la escuela que para que existiera un pre-bebé no bastaba con la burbuja de las mamás, sino que también hacía falta la mitad de los papás. Ella me dio como ejemplo el papá de los piel canela, quien, pese a que cambiábamos de casa continuamente, siempre sabía en dónde encontrar a sus hijos. ¡Hubiese trabajado de detective! Mi hermana y yo hablábamos de estas cosas a solas, y el día que me lo dijo se puso a llorar. Yo también lloré con ella pero no por papá sino por ella. No quería ver llorar a nadie que hubiese venido de la misma burbuja que yo.

Pasaron los años y fuimos creciendo; mi hermana se fue de casa a trabajar a casa de otras señoras. Yo quería cambiar de ciudad porque esa ya la había recorrido palmo a palmo, de costado a costado. No tenía futuro en un lugar que no ofrecía demasiadas alternativas a gente inquieta como yo. En cuanto a mis otros hermanos, los mayores

buscaron vida independiente y los menores regresaron a donde su papá, pues se agravaba la economía de mamá. A pesar de las vicisitudes todos estudiábamos, pues mamá aseguraba que no podía darnos mejor herencia. Mamá prefirió sufrir a solas el dolor que le causó la partida de mis hermanos adolescentes y de los menores. Tampoco lloró frente a mí cuando le anuncié mi partida, pero yo sabía que, aunque no lo pareciera, ella estaba llorando. Tenía la plena seguridad de que era así porque yo también tengo ese modo de llorar. Y le dije adiós con una sonrisa que ella respondió con otra.

Hubo un día en que la ciudad amaneció llena de papeles pegados a lo largo de las calles principales; los autos lo anunciaban con megáfonos y bocinas; la radio lo repetía insistentemente; la televisión mostraba la llegada del circo. Entré a la primera función. Vi que los equilibristas no eran mejores que yo; se les notaba temor, dudas, y uno que otro pie en falso. Hablé con el propietario y me sometí a prueba. No había visto nunca antes en su larga vida circense un mejor equilibrista que yo. El circo cumplió su temporada y se fue. Y yo me fui con él.

Nada es perfecto, excepto lo perfecto

Como de costumbre, Williams vino a visitarme ayer, día en que decidí darle a leer lo que hasta ahora llevo escrito. Se llevó los papeles, y esta mañana regresó entusiasmado y preocupado.

—Si no te gustan, destrúyelos —le dije.

Abrió el fólder en donde cargaba el manuscrito, impecablemente.

—No, no, todo lo contrario —respondió—, solo que tengo una sugerencia o quizá más bien es una pregunta.

Hablaba con el cuidado de no herirme en lo mínimo, como si yo fuese susceptible o dueño de algún sentimiento humano:

—Habla de una vez —puntualicé.

—Usted nunca da nombres sino que dice mamá, papá, hermanos. ¿Cuántos? Usted solo dice muchos, nunca es preciso. Pero algo más fundamental que estos nombres, es el suyo, no aparece por ningún lugar.

Le pedí el fólder y junto a él revisé los papeles, le mostré el capítulo *El bebé no encuentra la autopista a Belén* y le leí en voz alta: *Yo, , salí de la burbuja a su tiempo y en total normalidad*… Le mostré el espacio vacío que había quedado al comienzo del capítulo entre las comas Yo, , salí de la burbuja… En ese espacio, entre *Yo* y *salí*, había escrito mi nombre después de tantos años de no hacerlo y cuando corregía el texto unas horas más tarde me tropecé con la sorpresa de que se había borrado; entonces no tenía caso volver a escribirlo puesto que volvería a desaparecer. Ese es el camino para un condenado como yo. Desaparecer, en todas mis dimensiones; primero, de las mentes de los demás seres humanos, proceso en el que ya estoy bien encaminado porque, después de haber sido tan conocido, ¿cómo era posible que en todo este planeta solo Ivonne y Williams me recordaran? Claro, no me han olvidado porque de mi confesión depende también la paz de ellos. Al obtener lo que quieren de mí pasarán a ser parte de los millones de personas que ayer me admiraron y aplaudieron y hoy no recuerdan ni mi rostro ni mi nombre ni nada. Por todo eso pedí a Williams que se conformara con que yo me autodenominara *El Equilibrista* y así podía llamarme él también, ya que —en varias ocasiones— lo he notado con dificultad para recordar mi nombre, aún teniéndome enfrente. No me disgusta, no lo culpo; conozco bien el proceso condenatorio.

Williams me felicitó por lo escrito, hasta antes de este capítulo, naturalmente. Dijo que estaba muy bueno pero lo encontró triste. Por supuesto que no le creí; lo dijo para que yo continúe relatando mi vida

hasta el día del crimen que me cambió la ruta. Estoy seguro de que nada de lo que haga tendrá las virtudes de la tristeza o la alegría, máximas expresiones humanas para delatar el estado anímico. Esto solo puede transmitirse en el papel desde quien lo posee. Estoy descalificado para una misión tan singular de arrancarle, o más bien transmitirle, una sonrisa o un suspiro a un ser humano. Afortunadamente, para tranquilidad de la literatura universal y para los aspirantes a genios en el laberíntico mundo de las letras, no represento ninguna amenaza, no pretendo que se me considere escritor.

—Eso no es cierto —dijo Williams—. Lo que hasta ahora ha escrito a mí me causó conmoción, tristeza e inclusive, una que otra sonrisa.

—Usted miente —le dije—, pero guárdese sus mentiras piadosas. A estas alturas no necesito nada. Y no se preocupe, escribiré mi vida hasta el momento del crimen. Ya se lo prometí y, aunque no le sirva de nada a Ivonne, debo hacerlo por ella.

—Claro que le servirá. Ella aún es joven y tiene derecho a estar viva. Ella está allá afuera pero es como si estuviera aquí adentro. Y nadie más que usted puede liberarla.

Algo que en tantos años no producía, se me desprendió: una sonrisa de incredulidad, con la que llamaba *ingenuo* a Williams. Él se sorprendió. Aunque fuese irónicamente, era la primera vez que me veía y escuchaba sonreír. Entonces caí en cuenta de que yo estaba no solo hablando sino discutiendo, exponiendo puntos de vista y preocupado por la incertidumbre de Ivonne.

—Pasa algo extraño —le dije.

—Nada es extraño —remató, con el propósito de que yo evitase reaccionar ante mis notables cambios, pero ya era tarde.

—A medida que cuento mi historia, recupero mis facultades humanas. Antes de que tú vinieras solo me faltaba confirmar que ya no oía ni hablaba, pero en cuanto a los sentimientos y sensaciones estoy seguro de que los había perdido en un ciento por ciento.

—Imagínese —aprovechó Williams, como buen periodista—. Si está causando esto en usted, ¿qué podría hacer en Ivonne?

—¿Le diste a leer las cuartillas escritas?

—Aún no —dijo acariciándose la barba—, tal vez sea mejor esperar a que todo esté completo.

—Nada es perfecto —exclamé sin dirigirme a nadie.

—¿Por qué dice eso? —inquirió Williams—. Si quiere no me lo responda ahora a mí, pero escríbalo, escriba todo; los más mínimos detalles en los que usted pueda reparar; nuestros diálogos. Usted no se preocupe, yo me encargaré del orden si Ivonne decide que lo presentemos a una casa editora.

—No —dije—, te responderé ahora mismo. Nada es perfecto

porque imagínate, no tengo derecho a recuperar siquiera una miga de ninguna facultad humana y ya ves, estoy recuperándolas. Es como si la naturaleza estuviera olvidando mi condena. Lástima que la naturaleza pueda olvidar pero el destino no. Él es implacable, sobre todo cuando es uno quien lo ha retado y se ha burlado de él.

Williams quedó pensativo por algunos segundos:

—Tal vez su condena también la está olvidando el destino. Ya lo dijo usted: nada es perfecto. Ni Dios —agregó.

Sentí pena por Williams. Debido a su juventud estaba incurriendo en los mismos errores que yo. No era necesario enviar palabras y pensamientos tan precipitadamente. Quizá Dios —que, aunque no existe, creo en Él— permita la duda y la negación de su existir sin tomar represalias, pero lo que no perdonará —igual que el destino— es el reto y chanza que pueda hacérsele. Por eso dije a Williams algo que lo desconcertó y luego le pedí que me dejara solo; quería continuar escribiendo. Prometí que en este escrito le aclararía mi decir y lo reconciliaría —si es que a alguien le está permitido mediar entre Dios y un provocador— con Dios. Las mías fueron las últimas palabras de ese día en nuestra discusión:

—Nada es perfecto, excepto lo perfecto. Y quizá lo perfecto sea Dios o el destino que, quién sabe, a lo mejor podrían ser la misma cara con distinto antifaz.

Primera noticia de *El Héroe*

No perdía el contacto con mi hermana; le escribía regularmente y cuando la oportunidad se me presentaba le daba una llamada telefónica. Ella, como yo, siempre estaba pendiente de mamá. Yo no ganaba como para enviarles lo suficiente para que pudiesen vivir juntas en una misma casa, en una misma ciudad. A través de mi hermana me enteré de que mamá tenía amante. Yo no tenía la suficiente edad para evitar que aquella noticia me causara rabia. No se lo hice saber a mi hermana a través del teléfono porque entonces me negaría información. Me habló de mamá, del tipo, un don nadie que andaba por ahí. Eso no me importó; tampoco mamá tenía mucho que le quitaran. Lo que sí me enfureció fue enterarme de que era mucho más joven que mamá.

Mi hermana trataba de persuadirme para que perdonara a mamá, pues desde el día en que lo supe rompí toda relación con ella. En una carta, buscando el lenguaje menos ofensivo para mis oídos, mi hermana me contó que mamá no solo tenía el amante, sino que se dejó llenar la burbuja por él. Yo no lo podía concebir, que, a su edad, fuera a tener un hijo de un tipo menor que yo; estallé en santa ira. Y comencé a odiar a mamá por todo eso. Había, en un principio, aceptado que se acostara con alguien, pero no era capaz de admitir una nueva usurpación de la burbuja a esas alturas. Y me llené de vergüenza y resentimiento. Tal vez eran celos o imposición de lo que se conoce como sociedad; quizá era vanidad. Nunca más volví a saber de ella; nunca volví a escribirle ni a preguntar por ella. Advertí a mi hermana que si me la mencionaba, bien en cartas o por teléfono o como fuera, también rompería mi comunicación con ella. Mi hermana, por temor a quedarse más sola de lo que ya estaba, me complacía. No quería perderme a mí así como habíamos perdido a los piel canela, que no le escribían. Muy de vez en cuando se acordaban de enviarle un regalo a mamá; tenían su tiempo ocupado con sus nuevas familias.

Tres años después fui a visitar a mamá, no tanto porque yo hubiese querido, sino por la insistencia de mi hermana, quien me dijo que mamá había estado enferma y en el delirio de la fiebre no cesaba de preguntar por mí. Llegué cuando mamá se había recuperado por completo.

Estuve con ella. No hubo reproches ni discusiones por ninguna de las partes. No me reconoció en seguida sino hasta que escuchó mi voz. Fue la única vez que vi llorar a mamá; me había creado y hecho a la idea de que no lloraba. Y la abracé y lloré con ella. Comí de su

comida; recordamos uno a uno a los piel canela que cada día, quizá porque iban creciendo y tomando conciencia, se acercaban más a mamá. En definitiva, era yo quien más retirado había estado, primero por mi torpeza y luego de reflexionar y cambiar de punto de vista, por la economía. El circo no daba mucho y si uno quería visitar a su familia debía ahorrar y privarse de todo por una buena temporada.

Mamá, aún temerosa, me presentó la más reciente y última adquisición de su burbuja. El niño con toda confianza se me lanzó a los brazos. Como una burla de la vida, no salió piel canela y era mi vivo retrato. No pude sino reír. Para entonces mamá ya no vivía con el padre del niño sino con otro tipo. Yo fingí que nada me importaba y volví a emprender la marcha. Fue hasta mucho tiempo después de su muerte que vine a comprender que había sido injusto con mamá. Ella era joven y bella; tenía derecho a su vida amorosa; tenía la misma necesidad de compañía y satisfacción sexual que cualquier ser humano normal. Pero ya era tarde. Gracias a mi ceguera había desperdiciado mucho tiempo, un tiempo irrecuperable que bien pude haber disfrutado al lado de mamá. Y me maldecía por no haber reflexionado antes. Estaba seguro de que si en aquellos momentos que renuncié a ella hubiese tenido una chispa divina que me pusiera las cosas tan claras, yo personalmente me hubiera encargado de buscarle un novio o permitirle sin ninguna objeción tener el que ella quisiera.

Antes de regresar al circo estuve con mi hermana. Se alegró de que, si bien era cierto que yo no evolucionaba todavía del todo, por lo menos había sido tolerante y respetuoso con mamá. A pesar de que estuve tres días con mi hermana, no fue sino hasta unas horas antes de irme que me habló de papá. Al referirse a él no lo llamó *papá*. No sé cómo, pero en ningún momento usó esa palabra. Cuando intenté referirme a él me sentí ridículo y vacío al decir «papá». Mi hermana sonrió tristemente y me dijo:

—No te luce porque no tienes costumbre, porque nunca hemos tenido papá.

Por primera vez no la contradije al hablar del tema.

Era la realidad. Nunca había procurado comunicarse con mi hermana, aunque estoy seguro de que, de haber querido, sabía cómo. Mi hermana me informó que sabía de él por los periódicos, porque se había convertido en político de uno de los principales partidos. Recuerdo esa linda sonrisa de mi hermana cuando le comenté:

—En esa carrera va a tener éxito, tiene lo que más requiere: le sobra insensibilidad. Salvará al país. Tendremos que llevarle flores cuando le erijan su monumento. Será todo un héroe.

Y desde entonces, en las pocas ocasiones en que nos referíamos a él, lo llamábamos *El Héroe*.

Yo creía que el mundo nada más era bueno

Cuando estudiaba primaria, dos cosas cambiaron mi vida infantil. La primera, las clases de lectura en donde leíamos historias, conmovedoras unas, tristes otras, como la del gigante que fue a destruir la casa en donde bailaban los cuatrocientos muchachos; y unas muy tiernas, como la de la niña y el niño que encontraron el pajarito herido y se lo llevaron a su casa hasta que lo curaron; y otras cómicas como la del rey al que dos estafadores le hicieron un supuesto traje invisible que no podía ser visto por los tontos, cuando en realidad lo que pasaba era que el rey recorría la ciudad desnudo. La segunda cosa que me hizo pasar días enteros pensando y por las noches no conciliar el sueño fue enterarme de que la tierra daba vueltas, que era redonda, que abajo vivían unos, que nadie sabía dónde realmente era abajo y dónde arriba y, por tanto, nadie podía tener ubicación correcta del cielo. El tomar conciencia de que vivía en una inmensa bola girando indeteniblemente me destruyó el cielo que me había fabricado mi tío el pintor. No había arriba ni abajo y sin ello no podía haber cielo. También enterarme de ello me hizo querer a toda la gente en donde quiera que estuviera. No podía existir gente mala viviendo en una bola que está en permanente equilibrio. Me dio lástima por mamá, por los piel canela y por el papá de ellos, por mi hermana y mi papá, por la gente que había visto y los que nunca había mirado siquiera, por mí mismo. ¿Acaso no era triste vivir en una gigantesca bola que gira sin sospechar nadie cuándo dará la última vuelta o gastará sus ejes y nos caeremos todos al vacío? Era imposible que, sabiéndose en esas condiciones, el ser humano pudiera tener aunque fuese una pizca de maldad. No, no porque nadie lo pidiera; sino por pura lógica, por instinto, por sentido común no quedaba sino ser bueno. El circo me mató la utopía.

Era el tiempo en que aún no había tomado conciencia de lo malvado que había sido mi padre, ni lo odiosa que había sido mi madrina que me torturaba por no comer frijoles; para mí toda la gente era buena, el papá de los piel canela me lo confirmaba porque él siempre buscaba a mis hermanos y, además, nunca se olvidaba de llevarnos algo a mi hermana y a mí. Así, cuando nadie lo veía, como temiendo mi rechazo o que alguien le reclamara, me sonreía y me pasaba una mano por la cabeza; esa era toda su muestra de cariño con la que yo no solo me sentía feliz sino que miraba a todo el mundo bueno, o, más bien, el mundo estaba para mí dividido en dos, los buenos y los otros. Claro, los otros eran mi padre y mi madrina; yo no

tenía noción de lo que significaba ser malo.

En el circo tenía buenas relaciones con todos, incluso con los payasos, siempre y cuando, se sobreentiende, no anduvieran pintados. Me caían bien cuando eran las personas normales que no andaban preocupadas por hacer reír a nadie. Hasta llegaba a reírme de alguna anécdota cómica que me contara alguno de ellos. Lógico, siempre que lo hiciera como una persona cualquiera que cuenta un hecho cualquiera y no como un payaso. A quienes casi nunca tenía cerca de mí era a los trapecistas, y más que a ninguno a los que también eran equilibristas como yo. Eso me entristecía porque deseaba hablar con ellos, contarles y que me contaran la emoción, el miedo, la duda que a veces se posesiona de uno cuando va a mitad de camino. Por un momento pensé que no me querían porque usaban malla de protección y yo no. Si ellos caían —y de hecho varias veces cayeron— rebotaban en la malla y salían ilesos, mientras yo, si hubiera caído no quedaría para contar el cuento; quedaría deshecho y tal vez deberían enterrarme por piezas, según las fueran encontrando. Pero eso no era razón para que yo no les cayera bien; nunca les insinué que no usaran malla protectora. También pensé que, como ellos sabían a ciencia cierta los riesgos que corre un equilibrista —que la posibilidad de perder el equilibrio es la única que hay, que una milésima de segundo, el mínimo error, que se le venga al cerebro un mal recuerdo o un sonido abrupto del público puede desbalancearlo a uno y enviarlo al vacío— yo sin malla de protección era, para ellos, poco menos que un difunto. Seguro que apostaban a mi cadáver y a lo mejor no querían tener amistad ni mucho menos encariñarse con alguien que para la danza tenía como pareja predilecta a la muerte.

Mas no se trataba de nada de lo que yo inocentemente suponía. En cierta ocasión, comenzaba mi número: los aplausos del público (estaba afamado como el mejor) y luego el silencio absoluto. Caminé algunos metros como lo hacía siempre, seguro de mí. De pronto un pie se me fue en falso, resbalé. Me quedé quieto como un pájaro hipnotizado por una serpiente. Y bajé los ojos hasta dejarlos en mis pies; pude descubrir que a partir de ahí la barra estaba engrasada. Indudablemente que, para quienes la engrasaron, en ese momento yo era hombre muerto. La única alternativa que tenía era quedarme sin movimiento y pedir auxilio. Regresar o avanzar daba lo mismo. Ya mis zapatos también estaban engrasados. Después de segundos de incertidumbre se apoderó de mí una ira intensa; me había, por fin, tropezado de frente con la maldad. No importaba al ser humano vivir en una bola giratoria. Por eso la tierra era así de insegura, por mantenerse en equilibrio. ¿Qué tal si tuviera la seguridad de las bases sólidas y la confianza que provee la inercia? ¿Y qué tal si el ser humano, a su vez, fuera inmortal? Sería eternamente malvado.

Sabiéndose eterno, se multiplicarían sus males. Indignado, acepté el reto de los cobardes conspiradores. Seguí caminando por la barra, con sumo cuidado. No daba un paso si no estaba por lo menos medio seguro de que uno de mis pies estaba más o menos bien plantado. Sudaba a chorros. El miedo se había apoderado del público; sabían que algo no andaba bien. Tuve uno que otro resbalón. Lo supe por los suspiros y gemidos de los espectadores. Sentí largo aquel camino. Finalmente llegué. Alcé los brazos al público sin verlo, me lo impedía las cataratas de sudor. Nunca antes me aplaudieron tan frenéticamente, nunca antes un equilibrista fue tan ovacionado, nunca antes me sentí tan bien como al haber derrotado a los primeros malvados de los que tuve conciencia y que posiblemente estarían por ahí abajo, siendo testigos de mi resurrección.

El triunfo de los piel canela

Mi hermana, a través de cartas, me informaba de su vida, a pesar, como decía ella, de que el circo no tiene dirección. Sin embargo, cuando debíamos estar una larga temporada en un mismo lugar, hacía una breve llamada dándole la dirección y pidiéndole que me escribiera. Así sabía de mamá, quien le comunicaba a mi hermana lo que quería decirme, porque a ella no le gustaba escribirnos cartas a ninguno. Conocedora de su mala ortografía y avisada de que nosotros habíamos estudiado, se avergonzaba. Yo le escribía una que otra nota pidiéndole que me escribiera con su puño y letra, convenciéndola de que para los hijos las madres no tienen mala ortografía, que ese no es un asunto en que un hijo repara, sino en lo hermoso de su letra, en el recuerdo que produce de cuando hacía esos papelitos con los que lo enviaba a uno a la tienda o cuando escribía una excusa a la profesora porque uno de nosotros no asistiría a la escuela. Ella dudaba.

La única vez que me escribió fue en un papel de líneas, amarillo, recortado descuidadamente por la mitad, ni más ni menos como cuando me enviaba a la tienda. Su contenido era breve: me escribió porque la conmovió una carta que yo le envié. Y, a pesar de la confianza que se tenía con mi hermana, no quiso que se enterara ni de lo que le dije en mi carta ni de lo que me respondió en su nota. Resulta que en el constante girar de la ruleta del circo había conocido muchas ciudades y pueblos, visitaba librerías y me agenciaba de buenos libros a precios módicos; me inclinaba por conocer la esencia humana y en mi mochila no faltaban unos cuantos filósofos. A esto debe agregarse el aprendizaje que da escuchar historias de otros, y en los lugares que fuimos siempre hubo amigos o una amante circunstancial con quienes conversar, escuchar sus vidas. Por regla general, las crónicas no eran alegres sino trágicas o, cuanto menos, tragicómicas; de ahí la inmortalidad de algunos dramaturgos. Si uno hiciera inventario de lo que escuchaba anualmente de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, concluiría por pensar que la vida es una tragedia. Eso me sensibilizaba más de lo que ya por naturaleza me pertenecía. La naturaleza de un equilibrista es la sensibilidad en su máxima expresión pues él, mejor que nadie, sabe que en cada show tiene de cinco a diez minutos para cruzar su vida al otro extremo de la carpa contra la milésima de segundo que podría provocarle la muerte.

Viendo a mi madre desde la barra, desde la mitad de la barra que es la parte más tétrica de todo equilibrista, percibía claramente que su vida le correspondía, que su misión con nosotros hasta cierto punto

había culminado con éxito, que también era un ser humano como yo, que con el trajinar del circo dormía con una y otra mujer. Entonces, el hecho de que mamá o cualquier otra mujer tuviese su amante o su compañero no debía ser delito ni razón para ocultarse ni avergonzarse. Y fue así como se lo dije en la carta: que aceptaba de buena gana a su amante, que tratara de quedarse con él definitivamente, si valía la pena, sino que lo desechara y esperara pacientemente, que la vida le daría al compañero adecuado y que nomás me lo hiciera saber iría a conocerlo y a disfrutar unos días en compañía del hermanito menor, de ella y su compañero. Nunca escribí una carta con tanta sinceridad y alegría. Estaba alegre por ser otro, alegre porque mamá se enterara de ese otro, alegre porque ella podría, por fin, confiarme lo que quisiera sin el riesgo de herirme y causar mi retirada. El papel que me envió mamá más o menos decía: «He recibido tu carta, que sé que más bien es una burla. Me da pena que te burles de mí. Quizá me lo tenga merecido. Cuánto me gustaría que fuera sincera, que no se tratara de una burla. Te quiere. Tu mamá». Guardé el papel y lloré en el camerino. No mucho tiempo después me llamaron para mi número. Caminé por la barra con deseo de resbalar, pero tenía que ser —en todo caso— natural y no premeditadamente, como pretendía. Pero no pude hacerlo. Si bien por un lado quería caer, también era cierto que la respiración tensa del público me gritaba que en parte me debía a ellos y no podía defraudarlos. Caerme significaba hacerlos sentirse impotentes e inútiles, porque sabían que nunca podrían realizar semejante proeza; entonces los contentaba saber que por lo menos otro de la especie podía hacerlo, otro que de alguna manera era la extensión de sí mismos. Y crucé.

No hice comentarios a mi hermana de la nota de mamá. Ella sí me contó, muerta de felicidad, los avances profesionales que estaban teniendo nuestros hermanos piel canela. Escalaban dentro de la sociedad, tenían sus parejas y sus hijos, eran gente de bien y los respetaban y querían. Contrario a lo que podría pensarse, el éxito los acercó más a mamá. Si bien sus ocupaciones no les permitían visitarla tan seguido, sí la llamaban, le escribían y dentro de las posibilidades de sus ingresos la ayudaban para que llevara una vida más digna. Mi hermana era la más feliz porque aprendió a quererlos ciento por ciento; olvidó los colores y el hecho de que no viniéramos del mismo llenador de burbuja. Su filosofía era simple y radical: el llenador es lo de menos, lo importante es la burbuja.

No me atreví a preguntarle si los piel canela me recordaban, pero antes de que la llamada terminara fue ella quien trajo la conversación a ese punto. No había uno de los piel canela, hombres y mujeres, que no se pasara preguntando por mí cada vez que la oportunidad se le presentaba. Me alegró saber que delante de quien fuera se referían a

mí como su hermano mayor, ejemplo de voluntad y valentía, y no les importaba —más bien, según mi hermana, los enorgullecía— que yo fuera simplemente el mejor equilibrista del país, que en realidad no equivalía a ser gran cosa en un mundo que se balanceaba por otros intereses.

Los acontecimientos de los piel canela me hicieron pensar en mamá. Ellos, si acaso habían sentido frustración y celos por mamá, al menos se lo habían guardado muy bien para sí solos. Lo sufrieron a solas mientras les llegó la capacidad de asimilarlo y entenderlo. Yo, en cambio, más egoísta que nadie, no solo lo sufrí sino que la hice sufrir reclamándole y luego desapareciéndome por completo de su vida. Esto me llevó a escribirle una nueva carta, en donde le juraba que no se trataba de una burla. Comprendí que me había creído y perdonado, porque en la siguiente carta de mi hermana, mi mamá me decía, a través de ella: «Te esperamos, hijo, tienes que saber que esta siempre ha sido tu casa». Y lloré.

Apenas se me presentó la ocasión, hice un nuevo viaje. Y me quedé todo el tiempo con mamá.

Williams practica su mudez

Williams, como siempre, no ha dejado de visitarme ni de traerme comidas tan exquisitas. Tendría que llamarse uno *Williams* para tenerme tanta paciencia. Estos días que ha venido —como ahora que escribo esto— no he querido hablar con él; o no es que no he querido sino que ahora, aunque quisiera, no podría dejar de escribir este documento. También tengo curiosidad por saber por qué di muerte a aquel individuo. ¿Sería yo quien lo maté o fue que caí en una trampa? Es difícil saberlo.

Si una persona nos vigilara no dudaría de que somos mudos, sordos, y a veces hasta ciegos; porque en ocasiones evito saludarlo. Quedarían perplejos de ver a dos ciegos leyendo y escribiendo. O bien podría ser que nos confundieran con seres intergalácticos, creyendo que nos comunicamos vía telepática. No sé si creerle a Williams, que me contó que ya se habían establecido las primeras comunicaciones oficiales entre los extraterrestres y los terrícolas. Dios quiera que sea para bien, no para revolucionar la guerra. Todo es posible. En tanto tiempo que tengo encerrado quizá hayan pasado tantas cosas afuera.

Es divertido verlo leyendo mientras yo estoy escribiendo, silenciosos como en una biblioteca para dos. Es una suerte que venga porque no necesito reloj para saber que ha llegado con cinco minutos de retraso. Comienza a hacerme falta. ¿Qué pasará cuando acabe con este documento y él ya no me necesite? Tendré que readaptarme a la condena. Indudablemente, serán tiempos difíciles. De momento es mejor vivir lo más confortablemente posible el presente; ya habrá tiempo de sobra para lamentar el futuro. ¿Me querrá Ivonne todavía? Si me dejaran en libertad, ¿volvería conmigo? No sé. Tendría que afeitarme, pintarme las canas, aprender una vez más a caminar erecto y, sobre todo, aprender a sonreír. A ella le gustaba mi sonrisa. Me lo dijo cuando la conocí. Y me lo repitió tantas veces.

¿Qué pensará Williams de mí? Que piense lo que quiera, menos que estoy loco o que soy una mala persona. No, si pensara una de esas dos cosas no estaría aquí adentro tan confiado. ¿Cómo estarán mis hermanos piel canela? Han de haberme olvidado. Mi hermana, ¿vivirá? Dios quiera que sí, que todos sean felices. Ojalá no olviden que en los tiempos más difíciles, siendo un *amateur* del equilibrismo, me gané el bocado para ellos y para mí sin nunca defraudarlos. Ojalá lo recuerden, no por vanidad ni por sacárselos en cara, sino porque me hace sentir bien el simple hecho de suponer que alguna vez fui importante para alguien.

Me gustaría conversar con Williams, pero sería retrasar esta historia e Ivonne ha de tener prisa por volver a ser. Todos tenemos prisa por volver a ser, si en ese antes fuimos mejores que en el presente. Y yo, ¿podría volver a ser? Quizá nunca fui, con lo que quedo descalificado. Tal vez mi salvación es dejar de ser. A lo mejor he dejado de ser y no me he dado cuenta. ¿Podrá uno saber cuando ya no es? No, claro que no, porque ha dejado de ser. Lo más sensato sería continuar con mi deber, escribir lo que ha de ser una severa medida terapéutica para Ivonne, con lo que, irremediablemente, quedaré aniquilado por los últimos que me recordaban. Es rencoroso el destino: me está induciendo a que me dé la orden de hacerme el haraquiri.

Fin de un sonido

Desde el circo no podía visitar tan seguido a mamá; los constantes viajes y compromisos me lo impedían. Pero sí, luego de firmar la paz, me informaba sobre ella en cartas y, una que otra vez, telefónicamente. También comencé a enviarle dinero a medida que mi situación mejoraba. No era mucho, pero reuniéndolo con lo que le daban mi hermana y mis hermanos piel canela le rendía. Ya no eran aquellos tiempos difíciles en los que mis hermanos y yo necesitábamos la seguridad que nos brindaba el pecho de mamá para sobrevivir. Como éramos tantos, teníamos que turnarnos para refugiarnos en el sonido del corazón de mamá. Es probable que, sin saberlo, hayamos contribuido a gastarle el sonido. Tal vez si papá le hubiese prestado el de él para compartirlo con nosotros, mamá no hubiera finalizado su tiempo tan prematuramente. El egoísmo de papá lo llevó a anciano, pero con un sonido abundante que nadie quiso escuchar.

Cuando quiero llorar, no lloro

En el circo me permitieron visitar a mamá cuando me informaron de su agonía. También me podía quedar unos días de luto, si se presentaba el caso. Por supuesto que si no me lo hubieran permitido habría renunciado: quería decirle adiós a mamá. Afortunadamente, no estábamos tan lejos. No entendía nada ni sabía nada acerca de la muerte. La muerte nunca, hasta entonces, había tenido un lugar en mi inventario. No la conocía. Para mí, toda la gente con la que había vivido y había conocido era inmortal, al igual que yo, pues con la experiencia de caminar en el circo sobre aquel hilo horizontal, sin nada, solo con la certeza de que la muerte pertenecía a otros, no quedaba sino pensar que se había nacido para la eternidad. En esas circunstancias, en el autobús que me conducía a la búsqueda de mamá, trataba de responderme inútilmente cuál debería ser la reacción de uno cuando un familiar cercano es alcanzado por la muerte: llorar, golpear con el puño alguna pared, maldecir, emborracharse; en verdad que no tenía idea de lo que debía hacer. Nunca antes, desde que tenía memoria, había muerto alguien cercano a mí. Entonces, ¿por qué mi primer contacto con la muerte tuvo que ser mamá? Sabía de un hermanito, hijo de *El Héroe* también, que murió a los seis meses de edad, pero no lo conocí. Yo ocupé la burbuja de mamá mucho después que él, cuando sus huellas ya habían desaparecido de la burbuja.

Era difícil; no por la muerte sino por no poseer ninguna noción sobre la muerte. Veía a los otros pasajeros del autobús y me preguntaba, ¿también ellos morirán algún día? Yo, ¿moriré yo? No concebía tal cosa.

Llegué al hospital. Ya mis hermanos estaban allí: lloraban. La menor vino a abrazarme y yo no sabía qué hacer, qué decir. La mayor me dijo: «Murió hace quince minutos». Y reventó a llorar. A todos mis demás hermanos esto les inspiró a reanudar el llanto. Yo estaba perplejo. A mí también me hubiera gustado unirme a la orquesta y no porque mamá estuviera muerta, sino porque era triste ver llorar a mis hermanos. Quise ver a mamá por dos razones: para despedirme y para ver si ya, estando frente a su cuerpo inerte, me invadía el llanto. Quería llorar por pura solidaridad con mis hermanos. Tuve que esperar. Me dijeron que estaba en la morgue en donde personas amigas —ya que mis hermanas no podían hacerlo porque les daba histeria— vestían a mamá para el viaje más económico, el de un solo boleto, de ida.

Finalmente, pude pasar. Ahí estaba mamá, tendida en una camilla como la bella durmiente. Me acerqué. Le di un beso en la mejilla con el cuidado de no despertarla. La besé solamente porque estaba consciente de que ya no habría más oportunidades de hacerlo. Pasó la noche del velorio y no lloré.

Al día siguiente la enterramos. Mis hermanos y hermanas habían ganado prestigio; por eso el adiós de mamá estuvo nutrido, tan abarrotado como nadie podría pensar que puede ser la despedida de una mujer que logró sacar adelante a sus hijos lavando y planchando ropa ajena y haciéndole trampas a la vida. Las amistades de mis hermanos se veían de buena posición. No dudo que entre una que otra gente que nos acompañó estuvieran unos cuantos fans que habían ido a despedir a la madre de *El Equilibrista* que alguna vez los habría hecho temblar de la emoción.

Íbamos en aquella gran caravana de autos. ¡Tanta gente! Mi ubicación estaba más o menos en el centro de la fila, desde donde podía ver la ristra de autos hasta llegar al que llevaba a mamá, ¡tanta gente! De repente vi aquello tan hermoso que me dio ganas de acelerar el auto que me asignaron (aprendí a conducir en el circo) y terminar pronto con todo, solo por la prisa de poder volver, buscar a mamá y contarle lleno de alegría lo bello que estaba su funeral. Entonces fue cuando recapacité, me visitó el afamado nudo en la garganta, me di cuenta de que a quien íbamos a enterrar era a ella y ya nunca más podría contarle nada.

Todo había concluido. La noche me encontró en el centro de la sala en el apartamento de una amante. Abundaba el silencio. Ella conocía bien a mamá; lloró por ella. De pronto, acostado sobre las piernas de mi amante, comencé a llorar, no sé, nunca sabré por qué: si porque por fin había reflexionado sobre lo duro que era saber a mamá subida en el viaje económico o porque definitivamente no podía llorar. Lloraba por la impotencia de no poder llorar.

Blanco… ni de la risa

Si bien la vida en el circo no era un caudal de comodidades ni ganancias, también era cierto que a mí me gustaba. Cada día tenía que ganarle una batalla a la vida, cruzar con mi vida a cuestas de un extremo a otro de la carpa, sin malla de protección, porque, para que el reto fuera más grande, un verdadero desafío, pedí que abolieran la malla cada vez que iba a representar mi número solitario, pues ningún trapecista ni equilibrista se atrevía a acompañarme sin malla de contención. Y yo los comprendía: una caída hubiera sido mortal o por lo menos dejaría a alguien en estado vegetal. Solo algo no andaba bien en mí: mi creciente odio a los payasos. No odiaba ni a los otros trapecistas y equilibristas que engrasaron mi barra para que me matara; al menos no los odiaba tanto como a los rostros multicolores de los payasos.

No creía —y aún sigo sosteniendo esta tesis— que un ser humano debía prestarse para ser blanco de las risas: ni por arte ni por hambre. Los payasos de aquel circo, sin lugar a dudas, lo hacían por hambre, porque a pesar de la rabia y odio que me producían, vi varias veces sus *shows* intentando persuadirme a mí mismo de que estaba equivocado. Les buscaba la gracia, la razón de ser, el arte; pero en aquellos payasos eso brillaba por su ausencia. Contrario a cambiar mis ideas, solo logré compactarlas y recrudecerlas. Los dos me parecían tontos: público y payasos, perdidos unos y otros en orquesta de carcajadas por hechos sin sentido, por la caída estrepitosa o el golpe de una nariz de tomate, por algún chascarrillo escatológico lanzado por uno de ellos o por el simple hecho de correr metidos en aquellos trajes exageradamente anchos y coloridos.

Y no es que esté en contra de la comedia o el derecho a reírse, sino contra la humillante utilización que se hace de estos seres humanos metidos a payasos o comediantes. Lo más horroroso del payaso es que tiene que pintarrajearse, maquillarse esa carcajada permanente como de idiota, fingir que él se ríe porque se ríen de él, recibir paga por la gran hipocresía de hacerse el feliz. Y los comediantes, desde los más famosos hasta los que se dejan explotar en burdelitos, no tienen mucho que envidiarle a los payasos; y quizá sean peor, pues los payasos por lo menos se esconden detrás de su disfraz, y después del *show* son irreconocibles, mientras que el comediante tiene que hacer uso de sus defectos, de su fealdad, de los errores suyos que el destino le planteó en el camino, y tanta falsedad da asco, pues no se sabe de ser humano con inteligencia promedio que esté orgulloso de sus

defectos.

La mayoría de los comediantes, en su triste afán por adquirir dinero, son capaces de, si pertenecen a un grupo étnico minoritario que pretende hacer reír a uno mayoritario, degradar a su propia etnia, ridiculizarla y llevarla a danzar en las heces de la mayoría a la que se pretende hacer feliz con un, aparentemente, inocente *show*, que no es sino la reconfirmación, para las etnias más ricas y mayoritarias, de que, con tal de agradarlas, las minorías son capaces de desayunarse su propia evacuación.

En tan profundas reflexiones me encontraba cuando llamaron a la puerta de mi camerino. A lo mejor era mi turno y yo no había prestado atención al anunciador por estar en mis cavilaciones. Abrí y me encontré nada más ni nada menos que con un agitado payaso. Sin mediar palabra le propiné el primer golpe en el estómago, retrocedió ridículo: con los ojos de horror y la risa pintada. Arremetí una vez más en contra de él, y así lo fui empujando hasta que llegamos al escenario. Le pegaba con toda mi rabia y el payaso rodaba, ante las estridentes carcajadas del público. El payaso volvía a levantarse tratando de indagar el motivo de aquella agresión y yo no le daba tregua. Cuando ya no podía incorporarse lo levanté del cuello y le di otro puñetazo en la sonrisa. El público continuaba con sonoras carcajadas. Lo agarré una vez más del cuello y le mostré al público muerto de risa, y le grité: «Mira, imbécil, se ríen de ti, no de lo que haces. Se ríen independientemente de lo que a ti te suceda en cuerpo y alma. No les interesa ni tu cuerpo ni tus sentimientos, sino la diversión que les produce tu ridiculez». Y lo solté. El payaso gateó con dificultad y así, en cuatro patas, como un perro cojeando, recorrió el escenario buscando la salida más inmediata. Ante aquella escena, el público continuaba muerto de risa. Y no sé por qué, quizá debido a la misma ira, alcé los puños como un boxeador que recién ha vencido por nocaut. Y me aplaudieron frenética e ininterrumpidamente, mientras me reverenciaban poniéndose de pie.

Claro, aquella fue mi última función en el circo. No me importó. Después de todo ya era tiempo de continuar mi carrera en la Facultad de Leyes.

La fama es buena, mientras sea de otros

Volví a la ciudad en donde mamá, mis hermanos y yo habíamos adquirido fama con los arrendatarios. A pesar del tiempo transcurrido, nadie quería alquilarnos ni un cuartucho, por deplorable que fuera. Esa fue una de las causas principales para que mis hermanos se dispararan a otras ciudades donde la fama no los alcanzara, a excepción de mi hermana mayor que, con sus esfuerzos como secretaria, logró comprar una casita.

Intenté rentar un apartamento con los ahorros que había hecho en el circo que, en verdad, no eran gran cosa. En todos los códigos de los propietarios de casas de alquiler figuraba el nombre de mamá, de mi hermana y de mis otros hermanos y, claro, el mío también, todos marcados con XXX.

Aunque traté de convencer a algunos haciéndoles ver que los tiempos cambiaban, que yo había crecido y que me podían necesitar en el futuro, una vez que coronara mi carrera de abogado, que pagaría dos meses por adelantado, fue imposible. Decían lo mismo. Con la tecnología, el mundo comienza a achicarse y mientras el nombre de uno se encuentre en la computadora piloto, se está fichado. Esa era mi situación. Afortunadamente, en casos menores, como los de inquilinos morosos, las leyes prohibían que los nombres se insertaran en las computadoras a nivel nacional. Eso había salvado a mis hermanos.

Estando tan en mi contra el episodio de la búsqueda de apartamento, me quedé en un hotelito de mala muerte que se pagada a diario. Pensé que desde ahí podía tomarme unos días hasta ubicar a mi hermana, con quien habíamos perdido contacto después de la muerte de mamá. Ella tuvo que mudarse de la casa en donde trabajaba y vivía, porque la propietaria cerró el negocio y se marchó a la capital.

Dolido por ver en qué lugar de la Historia y con tres equis tenían el nombre de mamá, me fui a la tienda en donde rentaban las computadoras por minutos y horas, y redacté una carta de protesta a las Oficinas Principales del Inquilinato, haciéndoles saber que mamá había fallecido, que debían respetar la paz de los muertos. Los amenacé diciéndoles que, cuando me graduara, entablaría una demanda contra ellos. Me respondieron, al hotelito, una breve nota en la que me decían que, si quería que el nombre de mamá y de mis hermanos fuera borrado de las computadoras, tenía que pagar una suma astronómica, lo cual era injusto puesto que, siempre apegada a la ley, mamá nunca se fue de ningún sitio con deudas pendientes. Pero ellos habían abierto una nueva cláusula en donde catalogaban las

constantes mudanzas de mamá como delito: escape alevoso y premeditado. No obstante, me pedían disculpas y me daban el pésame por mi madre muerta hacía mucho tiempo ya, a la vez que me decían que tratarían de remediar lo de mi madre, pero no lo de mis hermanos y lo mío.

No fue tan difícil dar con mi hermana. Llamé a las instituciones que daban casas al crédito para gentes de menores ingresos, en alguna debía estar mi hermana. Y, en efecto, luego de algunas llamadas di con quienes le daban crédito; pero para darme la dirección o simplemente el número telefónico de mi hermana tenía que pasar personalmente por las oficinas, identificarme y demostrar que era su hermano. Ni corto ni perezoso, busqué la nómina telefónica, no se me había cruzado por la mente, y ahí estaba su dirección. No sabía que tenía teléfono. ¡Cómo había progresado!

Dejé el hotelito y, con mi mochila a cuestas, llegué a donde mi hermana, sin previo aviso. Al principio no me reconoció o dudaba que aquello fuera realidad. Nos abrazamos, intercambiamos besitos y disimuladas lágrimas. Vi a un niño que jugaba en la sala e imaginé que mi hermana ya había estrenado su burbuja. No me equivoqué. Me contó la historia que no se diferenciaba de tantas otras, incluso de la misma nuestra. La ruleta volvía en otra forma, con otro disfraz, otro niño más abandonado por su padre.

Hablamos de muchas cosas. Estaba resentida con nuestros hermanos piel canela porque, aunque mantenían comunicación epistolar, nunca la visitaban. Deseaba verlos pero se le hacía difícil. Pensaba que ellos económicamente estaban mejor y por tanto todo se les facilitaba. La calmé prometiéndole que los haría venir a su casa. Me contó que se había enterado, a través de los periódicos, de que *El Héroe* había hecho dinero. La política le había rendido, sus otros dos hijos estudiaban en los lugares más caros del país y, por lo que alguna gente decía, nunca había indagado sobre nosotros. Por el contrario, nos negaba como si nunca hubiésemos existido.

Evité que continuara con el tema porque sus lágrimas me producían un congestionamiento en la garganta: rabia e impotencia. Sentí deseos de zarandear a papá como a aquel payaso y suspenderlo por el cuello, convertido en un guiñapo, que es realmente lo que siempre fue, frente a su tal sociedad a la cual se ufanaba entonces de pertenecer. Prometí a mi hermana que también habría una solución para derrumbarle la estatua a *El Héroe*.

Le planteé mi deseo de reingresar a la universidad. Se alegró y me felicitó. Le expuse los problemas que había tenido, los intentos siempre fallidos para encontrar quién me alquilara un apartamento. Rió contagiosamente; reímos. Y me relató que precisamente esa fue la causa que la impulsó a hacerse de una casa; le había sucedido lo

mismo. Recordamos a mamá, los pocos años felices que vivimos junto a ella cuando andábamos como gitanos, dándole la vuelta a un barrio en cada año. Y supimos que nada une más a los seres humanos que el constante éxodo, agrupados, así como sobrevive cualquier manada del reino animal.

Me instalé en casa de mi hermana. En poco tiempo adquirí empleo como asistente de un notario, y asistía por las tardes a la Facultad. Un día de tantos, entre el trayecto del bufete y la universidad, pasé frente a una sucursal de las Oficinas Principales del Inquilinato. Hacía algún tiempo que la curiosidad por ver si habían eliminado a mamá de la computadora de morosos me picaba. Era de esperarse que sí, puesto que hasta bíblicamente se ha dicho: la paga del pecado es muerte. Y si acaso mamá pecó, cosa que dudo, era tiempo de que tuviese sus cuentas saldadas: había pagado con su vida. Buscamos, la secretaria y yo, y todo estaba intacto: el nombre de mis hermanos piel canela, el de mi hermana mayor, el mío y el de mamá, con la salvedad de que al de mamá le habían sustituido las XXX por *Q.E.P.D*.

Amor a la marxista

Existió una teoría, no sé si aún se sabe de ella, que se cimentaba en llevar el proletariado al poder, en la igualdad económica y educacional entre los seres humanos. Quizá era buena pero utópica, o, quién sabe, tal vez era buena, precisamente, por soñadora. Esta teoría era totalmente prohibida en algunos países, al extremo de que solo con el hecho de pensar en ella la persona desaparecía por arte de magia. Por esta teoría hubo muertos y torturados en cantidades inimaginables. Por esta teoría los opositores modernizaron los métodos de tortura a un nivel nunca antes visto en el lado más cruel de la humanidad, que siempre ha tenido, y al parecer seguirá teniendo, su parte cruel. Después de que esa teoría pasó, hubo libertad en el mundo de usar ciertos vocablos que se conocían como términos marxistas: unidos, jamás, proletariado, montaña, puños cerrados, recuperación, desalambrar, compañero(a), boina, libertad, célula, etcétera. Eran tantos que bien se podrían hacer varios diccionarios. Este lenguaje, a medida que el miedo pasaba, se hizo popular (otra palabra peligrosa) porque la gente estaba ávida de pronunciarlos libremente.

Conocí, en la Facultad, a una mujer que me gustaba, aficionada a leer, o más bien a aprender, el antes lenguaje prohibido, que en ese entonces ya se había convertido más bien en código de la nueva generación. Decían, por ejemplo: no voy, *men* (no boina, *men*); si alguien andaba arriba por las drogas (desalambrado); si estaba durmiendo después de una parranda de alcohol y drogas (en recuperación); hacer el amor (pueblo unido); deseos sexuales del hombre (jamás será vencido); deseos sexuales de la mujer (patria libre); ausencia de deseos sexuales de la mujer (no pasarán); encontrarse en un motel (nos vemos en la montaña); para la impotencia sexual masculina una pregunta (¿están cansados?), complementada con la respuesta: (no. Entonces adelante, que la lucha es constante). Y aquel lenguaje fue permitido y usado muchas veces sin saber su procedencia.

Invité a mi apartamento, aprovechando las horas de soledad en casa, a aquella muchacha. Comimos en un restaurante. Me contó de su vida y yo le conté de la mía. Me gustaba escucharla porque hasta inconscientemente se le salían las palabras aprendidas en el diccionario marxista. Luego nos besamos. Nos besamos y disfrutamos de un vino. La desnudé de la cintura hacia arriba. Me desnudé a medias. En plena efervescencia de los dos me gritó, indignada, furiosa:

—¡Las condiciones no están dadas!

Reí a mandíbula batiente. Aquel término marxista clichado pertenecía a los aspirantes a marxistas miedosos, aquellos que temían al enfrentamiento armado. Para ellos, las condiciones nunca estuvieron dadas, aunque estuviesen matando y torturando a sus compañeros de causa. Yo reía mientras ella terminó de vestirse y se fue, no sin despedirse dando un portazo.

Nunca he sido partidario de la guerra, por tanto nunca he amado ni odiado a ningún ejército, ni me he parcializado hacia un bando cuando ha habido guerra. La sufro por igual. Para mí nunca gana nadie. Razón de sobra para huir de las armas.

Al quinto día, la muchacha reapareció en mi casa, sonriente. Por un momento pensé que estaba loca, pero ¿qué importaba su estado mental si a su cuerpo no le faltaba nada? Cuando comenzamos a besarnos, arriesgándome a cualquiera que fuese su respuesta, le advertí, o más bien le imploré, que no utilizara términos marxistas. Entonces fue ella quien rió a carcajadas, y me aclaró que el lenguaje no tenía nada que ver con lo sucedido, que no estaba furiosa conmigo sino con ella misma:

—O quién sabe —agregó—, quizá no era ni conmigo misma que estaba enojada sino con la naturaleza. ¿Por qué precisamente ese día tan especial yo tenía que andar con el Ejército Rojo?

÷ + y – Perf. Nos. + Perf. es Dios

¡Qué raro! Esta mañana, cuando Williams llegó, no solo sentí que me habitúo cada vez más a sus visitas, sino también a las comidas que trae. Aunque no tengo facultades gustativas, ayer que no vino y tuve que comer la comida de aquí la sentí distinta; digamos que horrorosa, si la comparo con la de Williams. Es extraño pero no puedo creer que también el paladar se me esté despertando. ¿Habrán olvidado mi condena? Williams se disculpó por su ausencia de ayer; parece que Ivonne estaba delicada de salud y él se quedó a cuidarla. Es un buen hombre este Williams, a pesar de ser periodista.

Lo noto preocupado desde el día en que le dije que nada es perfecto excepto lo perfecto. Y quizá lo perfecto sea Dios o el destino, que a lo mejor han de ser la misma cosa. No quiero preocupar a Williams; suficiente tiene ya con Ivonne y ahora conmigo. ¿Qué condena pagará este hombre para que nosotros nos hayamos cruzado en su camino? Uno ve a la gente, habla con ella pero jamás termina de conocerla. Hasta el más sincero y hablantín guarda un secreto, por mínimo que este sea.

Me pesa interrumpir esta historia de mi vida. Pero es más urgente desglosarle a Williams la fórmula de que nada es perfecto excepto lo perfecto: ÷ + y – Perf. Nos.+ Perf. Es Dios. O sea, dicho en palabras más accesibles: que entre más gente habitamos el Planeta y somos menos perfectos (nosotros, todos), más perfecto es Dios, puesto que nosotros mismos nos encargamos de distanciarnos cada vez más del modelo, que no es otro que Dios, del cual —se supone— estamos hechos a su imagen y semejanza. Porque, siendo más nosotros y Dios uno solo, proporcionalmente nos devaluamos o valorizamos ante Dios. Pero la palabra *Perfecto* puede tener cualquier otra variante. Busquemos una: ÷ + y – Tontos nosotros + Tonto es Dios (es solo un ejemplo, Dios que me perdone). Esto sería el caso inverso a auto minimizarnos; sería, más bien, revaluarnos frente a Dios, puesto que: «÷ + y – Tontos nosotros», somos una mayoría menos Tonta por tanto más inteligente. De esta manera nos acercamos más a Dios y al perder Él esta distancia ha perdido inteligencia en relación a nosotros, y, como es bien sabido, restarse inteligencia no es sino entontecerse. Lo que significa que somos en proporción a Dios y él también es en proporción a nosotros.

En conclusión, llegaríamos a la gran síntesis de que: la perfección de Dios tiene su secreto en ser imperfecto. Expuesto lo anterior, puede adivinarse que a Dios no le conviene nuestra perfección, pues al ser

perfectos prescindiríamos de él y lo que no se necesita tiende a desaparecer. Sería ese, entonces, el caso de Dios. Y también Dios ha de temer a la soledad.

La casa de tres cuartos y varias dimensiones

No nos veíamos, aun habitando la misma casa. Mi hermana salía al trabajo más temprano que yo, y yo llegaba de la universidad mucho más tarde que ella. Cuando ella se iba yo dormía, y cuando yo regresaba lo hacía ella. Prácticamente tenía aquella casa para mí solo. La empleada, cuando yo despertaba, andaba con mi sobrino en el prekínder, así que tampoco veía al niño ni a ella. Vivíamos tantos en una misma casa y a la vez estábamos completamente solos. Al despertarme, después de la ducha, bajaba al comedor en donde me esperaba el desayuno, como servido por fantasmas. Lo mismo ocurría con la cena: me esperaba puntual, fría y solitaria en el comedor. Para no comer tan solo, la llevaba al cuarto destinado a mí y ahí comía haciéndome acompañar de algún locutor o un cantante. A veces mi hermana deseaba o necesitaba verme y yo también a ella, entonces nos dejábamos una nota acordando que tal domingo yo no saldría con la chica marxista (digo, la compañera), y ella no trabajaría su tiempo extra que hacía en un hospital privado, en donde asistía a las enfermeras. Solamente así podíamos encontrarnos, con la misma sorpresa y alegría de dos que se quieren y viven a distancia y casualmente se tropiezan.

Sin embargo, era mucho mejor vivir en casa de mi hermana que en cualquier otro sitio. El hecho de saberla durmiendo o trabajando hacía que me sintiera con alguna compañía, que tanto necesitaba. En el circo no experimenté cercanía de nadie. Odiaba, y continúo odiando, a los payasos. Los otros trapecistas me rehuían, envidiaban mi valentía de no usar malla de protección. Las bailarinas, al pueblo o ciudad que íbamos, se quedaban a dormir con alguna buena propuesta en un hotel. El dueño del circo, naturalmente, no pasaba en él. Lo único que me quedaba era conversar con admiradores del circo, de vez en cuando pescar una amante temporal, y visitar a los animales en sus jaulas, tratar de descifrar su lenguaje. Tan así fue que descubrí que entre el personal del circo solo se me nombraba como Tarzán.

Pasó el tiempo, más rápido de lo que esperaba, y me recibí en Leyes. Para entonces ya estaba decepcionado de haber perdido mi existencia estudiando una profesión tan aberrante. Terminé la carrera más por complacer a mi hermana que por otra cosa; sabía que no ejercería la profesión. La desilusión me vino en una fiesta en la casa de uno de los abogados que me daban clase. Me invitaron por ser alumno sobresaliente. Un abogado de los que yo más admiraba, entre la conversación que teníamos, dijo: «Las Leyes no son para aplicarlas

sino para defendernos. ¿De quiénes? Pues de los que nada tienen. No podemos aplicar la Ley por igual a un rico y a un pelado, así como no podemos aplicarla por igual a un ignorante y a un intelectual —de los nuestros, claro está— independientemente de que hayan cometido el mismo delito». Disimulé pero me invadió una tremenda rabia, ni más ni menos como la que tuve en el circo la vez que me engrasaron la barra, la vez que aprendí que no todo el mundo era bueno.

Con aquella cínica declaración acabé mi carrera. Pensé en buscar otro medio para tener dinero y prestigio sin aplastar a otros. De ahí en adelante pasé más en casa, leyendo desaforadamente. El encanto de las varias dimensiones de la casa había desaparecido, pero a cambio había ganado el cariño de mi sobrino, las conversaciones constantes con mi hermana, y el amor de la empleada que era muy bonita y dulce, y llenó el vacío que me dejó mi excompañera abogada, quien, al enterarse de que renuncié a ejercer la carrera, no quiso saber más de mí, o, dicho en sus palabras: «No quiero estar cerca de nadie que pretende pasarse la vida entera en el submundo del proletariado».

Epitafio de *El Héroe*

Para mí, el pasado no existía. En todo caso, mi pasado podía volver a ser presente, si se me antojaba, pues yo no tenía más pasado que el circo y, más que el circo, el equilibrio. Con el renombre a nivel nacional que obtuve como el mejor equilibrista, me era fácil emplearme en cualquier otro circo, o, incluso, regresar a donde me despidieron. Estoy seguro de que me habrían indultado por la golpiza al payaso y el propietario estaría contento de tenerme nuevamente. Por eso mi pasado no era triste ni alegre: era un pasado en equilibrio.

Mi hermana, en cambio, poseía otro tipo de pasado: ese pasado que a veces trae sonrisas y a veces llanto. El de ella se especializaba en la tristeza. Pese a mi resistencia, me contagiaba. ¿Quién puede ser feliz teniendo como testigo de esa felicidad la tristeza de un ser querido? Nadie. O, al menos, yo no. Por un lado no podía dejar de lamentarse por la muerte prematura de mamá. Aseguraba que, de alguna manera, todos éramos culpables: ella había muerto de soledad. Tuve que teorizar días enteros, auxiliarme de filósofos apasionados con el tema de la muerte, hasta más o menos convencerla de que la muerte llega, nadie sale a buscarla. Refutó arguyendo que no era así en el caso de los soldados que van a la guerra, y en el caso de los suicidas, que ellos van a buscar la muerte. Una iluminación divina me dictó decirle que ni los soldados ni los suicidas salen a buscar la muerte, es la misma muerte —porque la muerte entre más cruel es, cree cumplir mejor con su misión— la que los coacciona para que, aparentemente, luzca como si fueran ellos quienes corren a buscarla.

Otro de los conflictos internos de mi hermana era ser madre de un niño sin padre. El niño, al ver a otros niños con padre, reclamaba el suyo. Era triste ver a mi hermana buscando respuestas en la nada. Pero yo estaba seguro de que encontraría un buen hombre que también quisiera a su hijo, una especie de hombre como el papá de los piel canela, quien, dentro de la distancia y su pobreza, siempre tuvo algo para nosotros que no éramos sus hijos. El padre de los piel canela, sin saberlo él siquiera, nos hizo entender la diferencia entre lo que es un papá y un llenador de burbuja. Su cariño y puntualidad con sus hijos quizá nos causaban un poco de envidia, pero creo que lo que más incitaba era el odio hacia quien fuera nuestro verdadero padre. Y, sobre todo, a mi hermana, quien a su edad, ya siendo madre, no podía concebir todavía que nuestro padre nunca nos quiso. Yo, por mi parte, estaba convencido de ello. Tan convencido, que no me importaba ni el éxito ni el fracaso de aquel señor. Me era indiferente, como

encontrarse con un perro de la calle recientemente muerto, que ni siquiera tiene la posibilidad de ofender apestando.

Si de mí hubiese dependido, habría pagado un psicólogo o un equipo de psicólogos para que asistieran a mi hermana y la liberaran, por fin, del trauma de haber nacido como del Espíritu Santo, sin padre. Mas no dependía de mí, sino de mi cada vez más deprimido bolsillo. Sin embargo, como siempre, no estaba dispuesto a dejarme vencer en aquella batalla; tenía que haber una probabilidad de derrotar a *El Héroe*. Estaba, por ejemplo, la posibilidad de invitar a periodistas y enemigos políticos de *El Héroe*, narrarles la historia de sus hijos abandonados, por tanto no podría creérsele la propaganda televisiva en donde aparecía él en un barrio marginal cargando en brazos y llenando de besos a un niño cara sucia y desnudo (*El Héroe* debió haberse lavado con potasa al regresar a su mansión). No me pareció una salida digna de mí. Acostumbraba a combatir de frente. Esto lo aprendí de la más noble de mis profesiones de las tantas que tuve, la de equilibrista. Tal vez *El Héroe*, con tal de nunca perder, jugaba contra sus adversarios con armas menos elegantes. Pero yo no. Éramos distintos. Tan distintos que siempre he dudado, y aún dudo, si una mujer tan ejemplar como mamá habría podido acostarse más de tres veces con él. En caso positivo: ¡qué martirio!

Así que le dije a mi hermana que papá era un fantasma. Para él, nosotros habíamos muerto desde el instante en que nacimos y para nosotros él nacía en la medida que crecíamos y comenzábamos a necesitarlo. Esa era la razón por la que nosotros lo buscábamos y él nos ignoraba. La única manera de libramos del sufrimiento —ya dejé claro que para mí él me era indiferente, pero tenía que hablarle en plural a mi hermana para no hacerla sentir tan sola—, del trauma de la búsqueda paterna, era matándolo. No había otra alternativa. Una vez muerto él, todo sería más fácil para nosotros: sabiéndolo muerto, tendríamos a nuestra merced dos opciones: seguir amándolo sin riesgo, pues muerto no podría despreciarnos, u olvidarlo; después de todo, él nos había olvidado primero.

Mi hermana y la empleada —para esos días exempleada convertida en cuñada—, hicieron los preparativos del velorio. A mí me tocó preparar el ataúd y otros enseres del funeral; podría decirse, lo más complicado. Comprar un ataúd nuevo era una injusticia para mis ahorros, sobre todo para alguien que no se lo merecía. Visité algunos talleres de carpintería con el objetivo de comprar madera y fabricarlo yo mismo, pero, ¡cómo cambian los tiempos! La madera sí que estaba cara. No habiendo otra solución me fui al mercado de las clases marginadas, el mismo que los políticos visitan solo cuando las elecciones se aproximan, y juro que busqué hasta el cansancio algo que, dentro de la economía caótica, no dejara de ser decoroso. Un

petate fue todo cuanto encontré y, ni modo, tuve que llevarlo.

Hay gente que se pasa de buena; mi hermana protestó por el hecho de que enterráramos a papá en un petate. No obstante la rebelión de mi hermana, quien afirmaba que era un mal ejemplo para su hijo, no renuncié al petate y la influencié para que lo aceptara de buena gana, sobresaltando las virtudes de este. El petate era algo típico, digno representante de la producción del país y fiel compañero de la clase proletaria, por tanto, insustituible para albergar eternamente a quien dedicó su vida al pueblo. El petate se fabricaba de esterilla de palma, un material no tóxico y altamente reciclable, justo para que tenga su sueño de siglos en la era ecológica alguien que dijo en sus discursos que «su única razón de ser era el bienestar de la humanidad». El petate, precisamente por estar hecho de esterilla de palma, es fresco; con él se puede prescindir del aire acondicionado y el derroche de energía; además papá sería enterrado en clima cálido. El petate, por su bajo costo, ha sido importantísimo en la continuidad de la especie. En él muchas parejas de escasos recursos se han deleitado en la elaboración de nuevos seres humanos y, por si fuera poco, muchos han nacido en él. De ahí aquella expresión que tanto ofende: nació en petate. Afortunadamente, morir es también una manera de escapar de las burlas, nadie podrá gritarle a papá: murió en petate. El petate, por ser de esterilla de palma, es liviano, podría elevarse como un cometa, y como nosotros no tenemos limusina ni dinero para alquilar una, llevaremos a papá en hombros. Con lo que pesa un ataúd nunca llegaríamos al cementerio. Y, por último, el petate es lo más barato que puede obtenerse con el fin de buscar un entierro digno y asequible, porque, si bien era cierto que yo tenía mis ahorros, también era cierto que debía utilizarlos en cosas más importantes que morirse.

Rellenamos el petate con trapos viejos. Daba la apariencia de un cuerpo. Lo colocamos en un mesón en la sala. Encendimos velas en derredor del difunto. La exempleada se encargó de regar agua florida por todas partes. Había muchas flores adquiridas en el mercado. El aroma del café entremezclado con el del agua florida daba una sensación de muerte que aterrorizaba. Vestíamos de negro, mi sobrinito también. Al principio mi hermana se opuso a que él fuera testigo de aquella ceremonia. El *shock* se le podía grabar y convertirlo en artista, y la economía de mi hermana no estaba como para crear gente que no produciría dinero. Desistió cuando le pregunté lo que le respondería al niño el día en que le preguntara por su abuelo.

Nos hincamos y mi hermana encabezó la oración, llorando. La exempleada entró en trance, pues no solo lloraba sino que abrazaba a mi hermana, la consolaba, y luego, siempre llorando, apretaba a mi sobrinito y apenas se le lograba entender: «¡Ay mi lindo niño, tan chiquito y ya se quedó sin abuelo».

Después de la oración sirvieron café; la exempleada pasó con un plato de cigarrillos, a pesar de que ya entonces era prohibido fumar en lugares encerrados (incluidas las casas). Luego pasó repartiendo barajas o dados, por si a alguien se le antojaba jugar. Yo me di unos cuantos tragos. Conversábamos de la familia, en dónde estarían nuestros otros hermanos, del día de la muerte de mamá, de cómo la gente se iba yendo. Así amaneció.

Afortunadamente mi hermana vivía en las afueras de la ciudad, por lo que tenía un buen patio detrás de su casa, en el cual yo ya había excavado para sepultar a papá. Al momento de enterrarlo hubo que darle sedantes a mi hermana, y por poco me toca darle a la exempleada o novia. Mi sobrinito abría unos ojos, el pobre. Supe años después que se había hecho filósofo.

Los días posteriores al entierro, la casa la habitó el silencio. A veces mi hermana visitaba aquella esquinita del patio en donde una diminuta cruz la esperaba, con el epitafio, que, por supuesto, escribí yo: «Aquí yace descansando *El Héroe*, con su petate a cuestas. Añorando una batalla».

Fuego en las cenizas

A través de Williams supe de Ivonne. Nunca le pregunté nada. Esperé a que de él surgiera la idea o necesidad de comunicármelo. ¿Qué derecho tenía yo de saber de ella, cuando fui yo quien desgració su vida? Sigue siendo bella con todo y lo ocurrido y además de la década que le ha caído encima. No lo sé a ciencia cierta, pero debe andar por los treinta y cinco años, pocos si los comparamos con mi medio siglo, que en una vida normal tampoco serían muchos, pero aquí cada año vale por tres, siendo conservador. Ella continuaba bella pero marchita. ¿Cómo explicarlo? La imagino bella de pies a cabeza pero con los ojos apagados, como la tenebrosa oscuridad que produce el final de un fuego artificial que segundos antes fue colores brillantes y hermosos en un cielo sin luna.

Abandonó su sueño de convertirse en modelo y se dedicó a estudiar antropología. No había otro hombre en su vida, según Williams, y era probable por las dimensiones no de la tragedia sino del despliegue publicitario. En esas circunstancias solo queda refugiarse lejos del mundo, que es lo que ella hizo. Salvo, claro, que Williams me esté mintiendo, que ella tenga un hogar normal y él me lo oculte para no verme sufrir o para que termine este testimonio, que, fuere lo que fuere de la vida de Ivonne, ya estoy empecinado en escribir.

No es una mujer alegre pero ha aprendido a disfrazar la tristeza o, por lo menos, a que le luzca natural. También atraviesa serios problemas económicos, pues lo heredado de mí lo invirtió en abogados cuando mi familia intentó culparla de haber provocado en mí los celos por los que cometí el mal llamado *crimen pasional*, aún cuando yo había insistido en que desde mi niñez aprendí a no ser celoso. Esa es la verdad. No importa que mi familia me haya abandonado por haberla defendido; era, fue y seguirá siendo inocente. Williams me confió que Ivonne vivía casi modestamente y que nadie quería mis obras. No por lo ocurrido sino porque todo el mundo las encontraba sin sentido. Williams aseguraba que la fórmula eficaz de resolver el problema era vendiendo este manuscrito. Él jura que sobrarán las ofertas para publicarlo y, de paso, revivirá mis obras que pertenecen ahora a Ivonne. Así ella podría asegurar su futuro. Pero no se trataba de dinero el asunto fundamental, según Williams, sino de que al leer Ivonne el presente iba a comprender cosas que la volverían a la vida.

A mí todo me parece una hipérbole periodística de Williams. ¿Quién va a tener interés en saber el porqué de un crimen cometido

diez años atrás? Seguramente nadie, sobre todo si las cosas continúan como iban en el mundo antes de que yo cayera en este encierro. Por todas partes se estaban dando crímenes horrendos y superiores al ejecutado por mí. Yo no había descuartizado ni metido en un refrigerador a alguien, ni torturado a mi víctima, ni abusado sexualmente de ella, ni había asesinado en serie, ni era parricida ni fratricida ni nada de eso; no. Yo solo había dado muerte a un hombre sin tener nada en contra de él, ni rabia ni rencor; es más, sin nunca antes haberlo visto. ¿Qué interés podía suscitar aquello? Ninguno. Quizá en su momento, quizá cuando la historia estaba fresca, cuando la imagen del hombre bocabajo en la cama con el balazo en la cabeza, e Ivonne ensangrentada haciendo el amor conmigo en la alfombra y el dedo en el gatillo del revólver del equilibrista, que una vez más se había apoderado de mí, columpiándose entre la vida y la muerte. Tal vez por esas fechas este documento habría cobrado alguna atención, puesto que la imagen era repetida una y otra vez (sin censura) en la televisión mundial y en todos los periódicos. Y tampoco creo que tenga un poder curativo para Ivonne, aunque, claro, esto es menos descabellado, se acerca más a la posibilidad.

Williams me contó tantas cosas de Ivonne que por un momento creí estar ahí en su casa. No se le escapaban detalles, descripción completa del pueblito, la casa con sus colores, sus árboles, sus ventanas. La foto mía colgada en la pared de la sala, mis guiones inéditos bajo llave, las joyas que le obsequié antes de casarnos.

Es un buen periodista este Williams. Ha hecho de una conversación un viaje implacable, un recorrido minucioso. No obstante, sé que me oculta algo. Sé que por un momento estuvo a punto de decírmelo, sé que es algo grande con lo que ya no puede. He hecho lo posible por ocultar mis sospechas de que tiene un enorme y quizá fulminante secreto para mí. En verdad que es mejor que se lo reserve; es inteligente e intuye que al confiármelo arriesga la gran probabilidad, que ya está sucediéndose, de que relate mis razones, que en realidad son sinrazones, por haberle arrebatado el tiempo a aquel desconocido.

Las cosas cada vez van mejor (¿o peor?). Últimamente puedo diferenciar entre un pollo guisado y un bistec encebollado, entre una tortilla de maíz y una de trigo. Parece que el paladar se me está recuperando. También empiezo a sentir una mínima especie de vergüenza por la amabilidad de Williams y yo sin nada para compensarlo. Pero más extraño aún fue el día en que hablamos sobre Ivonne. Después de que él se fue no pude continuar escribiendo, caminé a uno y otro lado; intenté cerrar los ojos (lo que para un no-condenado se conoce como dormir) y no pude. Me levanté y, con la lamparita que Williams me trajo, en el más silencioso de los silencios, me senté en la cama envuelto en una sábana para evitar que la luz me

delatara y quise escribir y se me imposibilitó. Por más que insistí, apenas logré escribir: fuego en las cenizas. ¿Qué será?

Boleto de ida para la ruleta mundial

Las lágrimas de imán de mi hermana me detuvieron, pero no por mucho tiempo. Le prometí quedarme solamente un mes más y luego, si era preciso, me iría sin despedirme. Ya había permanecido bastante tiempo en un mismo lugar; la ruleta mayor me llamaba. Me pesaba, sí, dejar a mi hermana y a mi sobrino, y, por supuesto, a la exempleada, quien pasó a ser cuñada vitalicia de mi hermana, puesto que así se llamaban. Pero yo tenía que acceder al reclamo que de mi presencia hacía la ruleta que nunca me dejó en paz: siendo un pre-bebé mamá tuvo que cargarme en su burbuja obligada a peregrinar de casa en casa, de pueblo en pueblo, no solo por la búsqueda de alimentación y seguridad sino también por la persecución implacable que la familia de quien fuera mi padre le dio para intimidarla y hacerla desaparecer, justo en esa época en que papá hubiese sido el ser más útil del universo. Luego, siendo bebé, otra vez la ruleta; y luego, de adolescente. ¿Cuándo la ruleta me dejaría en paz para darme la oportunidad de echar raíces y tener una esposa e hijos para cuidarlos desde que fueran pre-bebés hasta que a mí se me acabara el sonido? Parecía una utopía para mí; utopía que empezaba entonces a fastidiarme. Un destino que no lo aceptaría por mucho tiempo, que tendría que enfrentar en una lucha sin cuartel. ¿Acaso ya no era suficiente ese trajinar entre gentes desconocidas, hermanos piel canela, la circunferencia en todas sus dimensiones del circo? Yo había cumplido mucho más que otros, quizá como pocos, en caso de que la vida fuese circular. Había dado tantas vueltas. Y si también era en espiral, pues se trataba de una espiral infinita, porque en tantas vueltas siempre caía en el mismo sitio: con poco dinero, sin familia, novias con quienes no llegábamos a enamorarnos, por la maldita ruleta.

Sin saberlo, había decidido apostar el todo por el todo. Viajaría en la ruleta matriz, en la madre de todas las ruletas; en otras palabras, me iría por el mundo andando por sus principales ciudades; vería cuál se aprestaba más a mis necesidades y me instalaría ahí haciéndole frente a cualquier fuerza natural o sobrenatural. Iba dispuesto a jugarme la vida, a detener la ruleta en el lugar de mi conveniencia y no en donde a ella se le antojara, como siempre sucedía.

Durante la estancia en casa de mi hermana consumí libros como nunca: clásicos y contemporáneos, de ciencias y ocultismo, novelas y poesía, revistas, y cuanto en mis manos cayó. A raíz de un artículo en una revista, se me desató la fiebre de viajar a las grandes ciudades.

Ahí las oportunidades sobraban. Las ideas se pagaban muy bien. Y yo tenía un torrente de ideas —según lo descubrí accidentalmente escribiendo por escribir— para relatar historias, para crear guiones cinematográficos. ¿Qué mejor manera de pasar la vida que escribiendo guiones, ganando dinero y prestigio, y dedicado a una vida familiar y social? Indudablemente, vencería a la ruleta.

Pocas veces, como el día de la despedida, me he sentido tan dolido, tan triste. El llanto de aquel sobrino que hizo de mí su imagen paterna; y no sin razón pues conmigo paseaba, hacía las tareas, jugaba, lo bañaba, en fin, la costumbre se había acostumbrado. Por lo que se sabía, su padre era un politólogo, profesor de tercera en una universidad de segunda, salido de una familia pobretona de leñadores. Viajó gracias a las becas que despilfarró una ex superpotencia en la era marxista y esto lo dañó, pues nunca imaginó siquiera que sus pasos lo llevarían —desde el punto de vista de un leñador, lógicamente— tan lejos. Esto lo había frustrado, convirtiéndolo en un alcohólico peligroso, dado que en sus *delirium trémens* disparaba contra la nada o, más bien, contra las serpientes, los dragones y animales mitológicos que lo perseguían. Por todo eso no solo abandonó a mi sobrino sino también a dos hijas anteriores y a dos posteriores. Yo no lo odiaba, le tenía lástima. Y me hacía pensar en papá; algo similar debió haberle ocurrido.

Mi hermana, pese al esfuerzo, no consiguió remediarlo: lloró a cántaros. Y qué decir de su cuñada, mi examante a partir de aquel momento, puesto que no le prometí nada, ni siquiera volver aunque no fuera por ella. Afortunadamente no le ocupé la burbuja. Me protegí, acosado por la voz interna que me advertía que todo apenas era el comienzo, que en el momento menos esperado me vería una vez más sumergido en el leve mareo que produce la ruleta.

Condenado a tu condena

Cada vez más, quería saber acerca de Ivonne. ¿Cómo pensaba ella ahora que era antropóloga? Probablemente distinto. Había viajado estudiando culturas antiguas (cómo me encantaría hoy ser un maya), ruinas, dialectos o lenguas indescifrables. No por vanidad, pero pienso que anda buscando una respuesta al porqué nos encontramos, quién ordenó la señal para que ella y yo tropezáramos en la carretera de la vida. Quizá se piense merecedora de mejor suerte, no me ofendo. O acaso especula que es una reencarnación de otra vida que viene a pagar un saldo pendiente en esta. Puede ser que por eso pregunte a los egipcios, a los mayas, a cuanta cultura antigua se le cruce en el camino. Es posible que haya buscado solución en la Biblia o el Corán, en Buda o en los gnósticos, en el Horóscopo Chino o en el Zodíaco Occidental. Probablemente está rendida, vencida, cansada de buscar una respuesta que quizá nunca va a encontrar, y es por eso que ha aprovechado su cercanía con Williams para que yo dé mi versión, con lo que cree obtendrá el desenlace del enigma que no adquirió en ningún lugar. Conmigo puede ser que esté más equivocada que nunca.

¿Qué puedo decirle del porqué de nuestro encuentro, del porqué disparé contra aquel individuo, del porqué, siendo exitoso, aposté a la cuerda floja y vi tambalearse y venirse abajo mi pirámide? No, no tengo soluciones a su dilema. ¿Qué podría decirle? ¿Que maté por celos? Es falso, y engañarla es peor. Nadie me enseñó nunca los celos. Yo nunca tuve nada y solo puede celar quien algo tiene. Además, tan seguro de mí mismo, hubiese resultado ridículo que padeciera celos o envidia. Esa es una gran verdad, mi verdad, mi confesión. Ella sabe esta verdad y la cree. De lo contrario no enviaría a Williams para que esculque en mí, que me exprima; para que yo expulse gota a gota mi vida, como para analizarla en un laboratorio hasta dar con el virus de la verdad. ¿Cuál verdad? No hay ninguna verdad ni mentira; solo esta realidad: que yo estoy encerrado aquí sin salida, y ella está libre, sin entrada a mi mundo que, según Williams, es el que le daría la verdadera libertad. ¿Qué mundo? ¿Acaso un condenado tiene siquiera un micro mundo? Claro que no, porque este mundo aquí es a la inversa, a medida que la condena transcurre uno pierde vida y cobran vida estas seis paredes. Necesitan esa vida para venirse contra uno, porque cada día avanzan. No parece pero así es. Avanzan buscando el objetivo que no es otro que el condenado. Las seis paredes con su número satánico se buscan unas a otras, baja el cielo, sube el piso y las cuatro laterales achican más nuestro espacio hasta que llega el día

en que nos aplastan, nos vuelven nada. Después se reabren y ya no existimos, se reabren como la boca de un cocodrilo insatisfecho en espera de una nueva presa, esperan otro condenado que nunca faltará.

Pero, ¿qué sabe Ivonne de esto? Nada, puesto que ella no es culpable directa. Fue solo un pretexto para que yo cayera en la trampa de mi propio aniquilamiento. Ella debe ser absuelta puesto que no fue sino solo una casualidad en medio de la guerra que librábamos el destino y yo. No me agrada estar sintiendo esto; estoy teniendo la necesidad de verla aunque sea un segundo, de pedirle una disculpa, de jurarle que haré lo que quiera para que se libere. Pero ella solo desea esto, que escriba una historia que ha perdido su valor, una historia que nadie querrá leer porque se trata de un protagonista sin nombre, y a la gente le interesan los nombres: De lo contrario es una historia a la que se le huye porque el nombre puede llegar a ser el del mismo lector y nadie quiere de pronto verse —aunque sea en un documento — metido en la primera persona de un condenado. Hablando desde su yo, nadie quiere ser, siempre hemos preferido que sean otros; así entristece y a la vez divierte sin afectarnos en lo mínimo. Pero cuando el yo se atraviesa, uno cae en el centro del protagonismo y nadie quiere ni tiene derecho a ser juzgado en el juicio de otro. Nadie debe sufrir injustamente, aunque sea en un documento, las inclemencias de una condena.

Pasaba los treinta siendo único ejemplar

Era un mundo fascinante y arriesgado. Llegaba a grandes ciudades, me quedaba una temporada, trabajaba en lo que fuera y con salario de extranjero. Aprendía cuanto me fuera posible de la cultura de cada país, un poco de sus idiomas y tanteaba las posibilidades de asentarme en alguno. Y no era nada mala aquella vida de nómada moderno y a mí me gustaba, sobre todo por la diversa gente que conocía. Buscaba a los artistas y me presentaba como uno de ellos sin haber hecho nada que demostrara mi decir, pero en verdad eso era lo que yo sería y siempre fui; en realidad nunca había sido otra cosa. Afortunadamente, el artista auténtico es un retrato propio de sus obras, no necesita cargarlas ni exponerlas para que le crean, él mismo es una obra: su química, su aura, su decir y su manera de decirlo, su temperamento y tantas cosas más de inmediato lo delatan. Eso sucedía conmigo, y nada mejor que buscar a los artistas de cada lugar que visitaba. Me atendían como si nos conociéramos desde siempre. Este gremio es una familia universal que no se conoce, pero se intuye con una facilidad extraordinaria. Y no es que sean perfectos. ¿Quién lo es, si el mismo Dios ejemplifica lo importante que es la imperfección tanto como la perfección? Pero sí tienen códigos más originales y sencillos que otros gremios, y poseyendo esa facilidad de comunicar y ser receptores, la vida se simplifica mucho. Indiscutiblemente, el arte es la oveja negra de los quehaceres del mundo. La oveja negra que se sale de la manada por su condición de sincera, de perseguir otros valores, de hallarle el sabor a la vida en lo más adverso, de recostarse a disfrutar del sol en una tarde lluviosa.

Todo hubiese sido maravilloso si no fuese por mi necia tendencia a reflexionar, mi inseparable manía de separarme de mi cuerpo para examinarme y evaluarme con la rigurosidad con la que se le hace a un extraño. Y en ese reflejo me veía disfrutando, soñando con lo que la vida me podía deparar, inclinándome cada vez más a la juerga ininterrumpida y postergando mi propósito de detener la ruleta en donde a mí se me ocurriera; perpetuarme en un lugar si era necesario, impregnar mis ideas en el papel y acercarme a las situaciones que pudiesen llevarme al éxito. Entonces descubrí que la ruleta me estaba tendiendo una trampa: me daba la seguridad que produce verse protegido por la comunidad de artistas y me desviaba de mis objetivos. Cuando digo *protección* me refiero a una esquina dónde dormir, las noches de incansable parranda, y una amante que nunca faltaba.

La ruleta se movía y yo me iba con ella a caer a otra comunidad. Claro, no podía percibir las envidias, los rencores, las competencias desleales, las calumnias y tanto más, que se vive en el mundo artístico, precisamente por mi condición transitoria. Entonces la vida se me presentaba borrosa, empañada; por tanto, bella. Una vez limpiaba los anteojos de mi conciencia, me era posible detectar a un aspirante a suicida en el borde de un rascacielos. Muchas veces ese aspirante era yo y yo no lo sabía.

Fueron las conversaciones conmigo mismo las que me llevaron a precipitar la búsqueda de un lugar donde echar raíces. Pasaba los treinta años y aún no tenía un hijo siquiera. Por supuesto, prefería que fuera así, si tenerlo hubiese significado dejarlo a la deriva, a la dudosa seguridad que podría brindarle una madre soltera en un mundo tan implacable. En ese caso, lo acertado de no tenerlo era lo correcto. Sin embargo, portaba en mi cerebro la teoría de que el ser humano debe reproducirse si no quiere viajar al infierno, porque existe. ¿Y cómo puede reproducirse? De dos maneras: una, acordando la pareja llenar su burbuja (porque burbuja y llenador deben ir de la mano, ni uno ni otro pueden reproducirse a solas; claro, obviando a los bebés probetas que son antinaturales, por eso no cuentan) y procrear un pre-bebé; o, la otra, haciendo cosas que a uno lo perpetúen y reproduzcan por generaciones, como el arte. La manera más inmediata es llenar la burbuja, y por eso es la más utilizada, inclusive por la mayoría de los mismos artistas. La otra: el arte, casi siempre —por no decir siempre— es dudosa; debe dejarse a merced del tiempo y, si sobrevive a él, será eterna, producirá adeptos y discípulos. Es, incluso, más trascendente que muchos hijos, pues nadie sabe hasta dónde podrá el hijo mantener la continuidad.

Ahí estaba mi dilema: no tenía un hijo ni una obra. Si en ese momento moría, mi destino estaba en seguir la ruta al infierno. No quiero decir que al tener un hijo o una obra valiosa se encuentre uno ya en el paraíso; no. La obra, como el hijo, necesita cariño, promoción, un constante cuidado y, muchas veces, que se le defienda; pero teniéndolos al menos se sabe que se anda en la ruta correcta.

Tenía que fortalecerme y, de ser posible, ya que la ruleta nunca había sido conmiserativa conmigo, buscar mi proyección en las dos alternativas: procreando un hijo y realizando una obra artística (porque existe también otro tipo de obras, como las carismáticas, que también conducen a la gloria). Aún estaba en posibilidad de hacer ambas, puesto que aún no llegaba el futuro, en donde mantenerse en la ruta al paraíso será mucho más difícil; cuando la superpoblación del planeta llegue, solo quedará el arte como recurso de sobrevivencia. Habrá artistas por todas partes y seguirán reproduciéndose como conejos. Quizá cuando todos en la tierra entiendan el camino al

paraíso —ya que será prohibido cargar burbujas, si es que acaso para entonces la ciencia no las ha eliminado por completo del cuerpo humano— no quedará un solo ser que no intente crear su obra. Tal vez en la cumbre de esa fiebre se dé cuenta el ser humano de que aquí era el paraíso, que estábamos tan cerca y tan lejos. Y, haciendo arte todos, no quedará tiempo para la guerra.

Pensé que era propicio el momento para detener la ruleta; solo faltaba decidir dónde. Tenía que trabajar unos cuantos años y, cuando la circunstancia económica me lo permitiera, hacerme de una compañera, llenarle la burbuja, cuidar bebés y obras, y ser dueño de una vida digna, por tanto, feliz.

Coloca la comida en la cama, y se sienta al otro extremo de la misma. Me ve escribir y no me habla; creerá que no me entero de su llegada. Extrae un libro del maletín y lee como si estuviese en una biblioteca. No le importa cuánto tarde en tomarlo en cuenta como mi cotidiano huésped. Espera pacientemente a que suelte el lápiz. (Esto es literal, porque escribo con lápiz. El me ofreció una computadora o una máquina de escribir; la rechacé. Este documento debe ser escrito así, para que no pierda su esencia, si es que la tiene. Si él desea transcribirlo a máquina, ya es su problema). A veces me lo figuro como un personaje salido de la ficción porque ha habido días que simple y sencillamente quiero ignorarlo y él resiste, lee o escribe y, cuando llega el momento, se va sin decirme adiós siquiera, pero sin ningún indicio de que esté disgustado o algo por el estilo.

Estoy convencido de que me guarda un secreto. ¿Qué podrá ser? ¿Me habrá escrito Ivonne? Puede ser ese el secreto. Quizá Ivonne me ha escrito y él teme entregarme la carta. Le inquieta que me desespere por verla o me desinterese por continuar escribiendo este documento. ¿No sentirá Ivonne deseos de verme o por lo menos de escribirme? Quién sabe, tal vez en sus reflexiones ha visto la verdad, ha descubierto que soy el único culpable de lo que ella pueda estar padeciendo. ¿Y si no es una carta, cuál es el secreto que me esconde Williams? No puede ser mi invención, ni es que esté yo paranoico. Es fácil detectar la mirada cuando alguien le oculta algo a uno, y él a veces tiene esa mirada.

Ayer me pareció que intentó hacerme saber algo y se arrepintió. Prefirió preguntarme acerca del Infierno, puesto que la ruta al Paraíso le pareció que estaba bien delineada. Traté de explicarle que el infierno es el constante retroceder, mientras el paraíso es avanzar. No entendió, a pesar del tiempo que me tomó explicárselo mientras saboreaba ese delicioso arroz con camarones. ¿Lo cocinaría Ivonne? Williams insistió también en que coloque el nombre de las ciudades y países que visité, que trate de recordar nombres de calles, monumentos y edificios. ¿Para qué? Tal vez es precisamente por haber detenido la ruleta que caí en la condena. ¿Quién asegura que no soy una reencarnación de otra vida y mi misión fue visitar ciudades?

Desde luego, ciudades que no tienen por qué ser el presente. Entonces no tiene sentido que diga que fui a Jordania cuando lo que realmente hice fue visitar Petra, o que anduve en Turquía cuando lo que vi fue Troya, o que llegué a Tula y donde estuve fue en Londres, o

que viajé a Nueva York y lo que tenía previsto era Babilonia o, mejor dicho, Arabia Saudita. En fin, no puedo dar nombres puesto que desconozco la dimensión en dónde ando y si donde ayer fue Colombia, anteayer fue otra cosa. Williams no quiere entender que este documento debe carecer de tiempo y espacio. En vidas pasadas o futuras, las ciudades cambian de nombre, porque lo que para unos es hoy presente para otros es el pasado y para otros el futuro. ¿Quién sabe qué ciudad se erigió en el futuro o en el pasado donde hoy, para algunos, es Nueva York? En el ayer y hoy existen nombres tan largos como Teotihuacán y Tegucigalpa, o tan cortos y tan simples como Tula y Cuba. No se puede ser preciso, solo cuando se sabe en qué vida se encuentra uno. Y ¿quién sabe en cuál de sus tantas vidas está uno hoy? Seguramente habrá quienes lo sepan, pero no son la mayoría.

Finalmente, Williams entendió —o fingió entender— que situar este documento en fechas y lugares precisos solo contribuiría a alargar o eternizar mi condena. Equivocarme equivale a que se me someta a un nuevo juicio y, por tanto, echar a perder lo que hasta ahora he cumplido de mi condena. Porque si menciono lugares que tenía intención de visitar y me confundo, en vez del nombre de una ciudad de ayer digo el de hoy o el de mañana, he fallado, es una condena incumplida, por tanto, volvería la ruleta a empujarme hasta encontrarla.

Empieza a turbarme. ¿Qué puede ocultarme Williams? Creo en él; da la sensación de ser una gran persona. Si no me lanza el secreto ha de ser por algo; por no convertirse en mi verdugo, tal vez. ¿Querrá Ivonne venir a visitarme? Lo deseo y a la vez no, es mejor que no. ¿Qué podría decirle? ¿Qué tendría que decirme? Una carta es más factible, porque podría contestársela sin pasar por la pena de verle el rostro, de reencontrarla personalmente. Eso, intuyo, sería fatal. ¿Será una carta?

Tú lo sabes, Williams, y este capítulo, si es que te lo doy, te lo daré al final. Tú puedes darle el orden que quieras.

Sin duda, Williams, tú has llenado, estás llenando o intentas llenar la burbuja de Ivonne. ¿Te habrás casado con ella? ¿Cómo no pude preguntármelo antes? Sí, Williams, ese es tu gran secreto. Eres brillante; creo que haces bien en no decírmelo. Asumamos que no sé ni sospecho nada.

¿Qué es el infierno si no un ininterrumpido regreso?

La inexactitud de las matemáticas puede darnos una pista de lo que es Paraíso e Infierno. Es tan simple como sencillo: los números positivos son el Paraíso y los negativos el Infierno. Los matemáticos presumen y juran pertenecer a una ciencia, la ciencia exacta. ¡Qué equivocados! La exactitud no es sino aquello que podemos contemplar, tocar y recorrer sus contornos. Una mesa, por ejemplo, es exacta porque puede recorrerse a plenitud. Un cuerpo humano también es exacto porque podemos ser precisos en cuanto a él. Sin embargo, es inexacto el cerebro y el corazón del hombre; nunca terminamos de conocerlos. Es el caso de las matemáticas. ¿Quién se atrevería a seguir los números hacia el infinito positivo y hacia el infinito negativo y luego volver a contárnoslo? ¿Regresaría? Nadie. Es impensable un hecho como el aquí expuesto.

El viaje hacia el Infierno o el Paraíso puede definirse fácilmente. Hacia el Paraíso vamos perpetuándonos cuando tenemos un hijo que nos dará un nieto y este, a su vez, traerá un bisnieto y luego el tataranieto, y así de generación en generación le heredamos lo bueno y corregimos lo malo para que el representante de la nueva generación pueda caminar sin obstáculo, teniendo hijos que le superen hasta procrear la generación que estará en paz con el prójimo y la naturaleza y, por tanto, con Dios. Mientras que el Infierno es cuando dejamos de ser sin dejar ni un hijo (ni obra de arte, ni carismática). Claro, un hijo en la ruta al Infierno o el Paraíso no es una fecundación de un óvulo; no es el solo hecho de fertilizar; no. Un hijo cuesta más que el efímero placer con el que apenas comienza a dársele forma. Al morirnos vamos encogiéndonos. Por ejemplo, si morimos viejos nos entierran, es verdad, pero en un plano casi abstracto vamos de regreso, pasamos a gran velocidad por la edad madura, adulta, adolescencia, infancia hasta que llegamos a bebé y luego a pre-bebé, que es donde nos aproximamos a nuestra primera muerte. Dejar de ser pre-bebé es la separación del óvulo y el espermatozoide; cada mitad vuelve a mamá y a papá, y la destrucción o regreso no acaba ahí sino que la misma desintegración ocurre a padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, y así hasta que un día se llegue a la célula que produjo el primero de los nuestros, y el regreso continúa hasta el primer animal antes del hombre y así por la eternidad, definiéndose el Infierno como un continuo regresar en donde óvulos y espermatozoides, que una vez

estuvieron unidos, comienzan a separarse dolorosamente en busca de la nada.

Todo esto lleva a decirnos que en la misma tierra están Paraíso e Infierno. Lógico, cada cual en su dimensión; por tanto, no pueden verse entre sí los que van a uno y otro bando. Equivale a decir que la tierra es donde la desintegración se da, y para los que han perdido el equilibrio su condena se basa en el abstraccionismo o invisibilidad, en estar en la tierra sin estarlo, mientras que en la ruta al Paraíso los que mantienen el equilibrio, gozan el derecho de ser visibles, palpables de carne y hueso y conscientes (leí que si hay un fallo en su proyección hacia el todo, los espera el vacío del regreso. Lo que afirma que la tierra, que es un eufemismo de vida, es un circo. Paraíso-Nacer. Infierno-Desnacer. Infinito-Regresivo: muertes que traen más muertes. Infinito-Progresivo: vidas que traen más vidas). Es así que en millonésimas de segundo, o más, en un tiempo sin tiempo, estando al borde de la muerte carnal, en el más fino hilo del que pueda tenerse noticia, nos hacemos estar pregunta: ¿Salté con mi hijo o voy de regreso?

A Williams nadie lo invita; se entromete

En mi vida de *hombre ruleta* vi casi de todo, pero no todo, por eso el *casi*. La desgracia o virtud del *casi* es que puede ser tan extenso y tan reducido como uno se imagine. A Williams, por ejemplo: releo estas páginas y lo encuentro frecuentemente. ¿Si alguien me hubiese pedido escribir mi vida o, mejor dicho, me hubiere persuadido como él para que lo hiciera, Williams no sería parte de mi historia, de mi vida? Claro, lo es no por mí sino por Ivonne; pero, de todas maneras, ya casi comienzo a considerarlo como de mi historia. Y ahí está el conflicto: el *casi*. Ni él ni yo sabemos dónde comienza y termina este *casi* nuestro.

Esta mañana, por ejemplo, me ha preguntado cómo me encuentro, si me siento bien. Esas interrogantes aparentemente simples, ya son de alguien que está, aunque sea mínimamente, en la vida de uno. A un desconocido uno podrá decirle *hola*, si acaso. Y el saludo del *hola* es ambiguo. Nadie porque le diga *hola* a uno ya está en la vida de uno ni mucho menos; el *hola* es precisamente la llave para entrar en la vida de alguien. Cuando uno dice *hola* está usando una llave que no conoce muy bien, por tanto, está expuesto a que funcione o no. Si después del *hola* el saludado responde con una sonrisa y devuelve un par de palabras más que el simple *hola* inicial que le dieron, quiere decir que la llave era correcta. Por tanto, pueden ambos comenzar a meterse donde se permitan, uno en la vida del otro.

Ese es el caso de Williams. Él utilizó la llave y le sirvió. Así, aunque ahora yo no quisiera, él está dentro de mi vida. Y esa es una razón de sobra para responderle las preguntas que me ha hecho esta mañana. ¿No hay otras posibilidades de Infierno? ¿No tendrá Dios una propuesta para el ser humano? ¿Usted se considera en la ruta al Infierno o al Paraíso?

No iba a responderle sino a dedicarme a escribir, pero me intrigó la última pregunta y le dije:

—¿Usted qué cree?

Se asustó. No esperaba mi respuesta-pregunta. Titubeando, dijo:

—Bueno… Según su visión del Paraíso e Infierno, usted está casi asegurado en el Paraíso.

—¿Por qué lo dice?

—Porque usted dijo que bastaba con tener un hijo u obra de arte.

—¿Y es que acaso yo tengo alguna de esas dos virtudes? —le dije muy serio. Lo vi nervioso, con los apuros que produce un leve temblor. Y dijo:

—A mí me consta que usted ha escrito muy buenas obras de arte.

—Son nada más guiones cinematográficos que a nadie interesan, ¿es por eso que dijo *casi*, verdad?

—No, digo *casi* porque usted mismo teoriza en cuanto a que la obra de arte está expuesta a merced del tiempo, que es quien juzgará si valen o no.

—Mis obras tienen más de diez años. Recuerde que desde mi desgracia no he vuelto a escribir ni una carta siquiera. Inclusive tengo trabajos que tienen quince y veinte años.

—Lo sé, los he leído.

—Entonces, ¿qué opina, voy en ruta al Paraíso o al Infierno?

—No puedo decírselo a ciencia cierta. Lo que sí puedo asegurarle es que he leído su trabajo y es usted poseedor de un talento envidiable. Todas sus obras serán representadas por los mejores directores y los más destacados actores. Además, es por eso que estoy aquí, por su talento. ¿Usted cree que estaría perdiendo mi tiempo, cuando aún no he hecho nada en mi profesión? No. Estoy aquí porque, le soy sincero, su confesión también me dará a mí un poco de éxito; aunque, le aclaro, lo primordial para mí es la salud de Ivonne, tal como lo es para usted, lo sé.

Inteligente el Williams, cerró su respuesta con el nombre que me detiene de continuar cualquier discusión. Sin duda, teníamos algo en común muy importante para nuestras vidas; en el caso mío y de mi nueva vida, me sentía cada vez más resucitado. Así no podía concentrarme en escribir sin antes saber su opinión de mi conflicto:

—Está bien, Williams. Supongamos que dentro de mis tantas obras tengo una que se salve, una que se convierta en clásico, que es la que me podría salvar del Infierno. ¿Y el tipo, qué? ¿Soy un criminal? Maté a un hombre, ¿puede ser alguien indultado de ello?

Quedó cabizbajo unos segundos. Esta vez fue él quien dio por finalizada la conversación. Después de su respuesta se inclinó ante el libro que leía, lo que me hacía suponer que por hoy estaba bien:

—No sé, tal vez no lo mató usted. A lo mejor usted es inocente o, más que inocente, una pobre víctima. Por eso quiero que continúe escribiendo, porque al final sabremos quién realmente fue. Por ahora solo hay dos sospechosos, y mientras no haya pruebas ambos son inocentes: usted y el destino.

Por primera vez, después de tantos años, sentí un escalofrío que me recorrió poro a poro el cuerpo, y pensé que lo mejor era escribir el presente diálogo y página seguida: La propuesta de Dios.

La propuesta de Dios

Dios ha dicho: Yo y ustedes tenemos que vivir en permanente estira y encoge; quiero decir, acercándonos y alejándonos, lógicamente, siempre a una distancia prudente. Porque al acercarnos o alejarnos demasiado nos perderíamos unos a otros, lo que no es posible puesto que nos necesitamos. Acercarnos demasiado significaría que yo dejaría de ser una incógnita y, conociéndome ustedes muy bien, pasaría a ser rutinario, me faltarían el respeto y me vería obligado a destruirlos. Alejarnos demasiado no me conviene, pues con la distancia viene la indiferencia y dejarían de creer en mí y a mí ustedes no me importarían más. Y el estoicismo de ambos nos llevaría al olvido mutuo. Y el olvido es la real lápida de la muerte. *Y yo quiero vivir un poco*. ¿Y ustedes?

¿Fin de la ruleta?

De aquí no me muevo —pensé—, la ruleta puede continuar sin mí. No hay nada ni nadie que me haga salir de esta ciudad. Si un día me voy es porque lo he decidido y porque habré encontrado el éxito. Como es de esperarse, la ruleta insistió: una y otra adversidad se me presentaron, pero juré ganarle la partida al precio que fuera.

Para ser menos extranjero y así facilitarme las oportunidades de becas, trabajos y otros inconvenientes menores, me casé. ¿Con quién?, preguntará Williams o Ivonne. ¿De qué sirve saberlo? De nada, puesto que esa mujer no fue para mí una mujer sino un instrumento para mi estabilidad. ¿Qué más da su nombre? Podría haber tenido cualquier otro nombre; no la busqué por amor, y mucho menos para que compartiéramos su burbuja; no, ese era solo un tránsito, así como cuando se renta un estudio o un pequeño apartamento. Aunque muera uno ahí, cada día lo ve como algo circunstancial. Después vendrá la mansión con piscina y todo lo demás.

Claro, enamoré a la mujer esa, le hice creer que estaba loco por ella, pequeños y grandes detalles no me faltaron. Fue cayendo en la trampa, hasta que cayó del todo. Y en verdad que era una mujer digna de mejor suerte: atractiva, apasionada, trabajadora, cariñosa e inteligente, merecedora de algo mejor que yo. Y no es que me subestime, por supuesto que no.

Digo mejor que yo en el sentido de la relación hacia ella; quiero decir, alguien que valorara sus virtudes y fuera capaz de amarla. También ella fue un factor importante para impulsarme, darme la valentía que requería para lo que después se convertiría en mi éxito. Además de aconsejarme sobre cómo introducirme al mercado de los guionistas, también me incentivó leyendo mis libretos, dando sugerencias y contactándome para hacer realidad lo que eran solo sueños.

No es que tuviese gran pasión por el cine sino que analicé las posibilidades de alcanzar el éxito económico a la mayor brevedad posible. Al descubrirme a mí mismo escritor en casa de mi hermana, me había picado el gusanito de la poesía pero, como casi siempre hasta entonces, reflexioné a tiempo. ¿Inútil poesía, a quién le interesas a esta edad en que el siglo es un pre-bebé? Era, literalmente, morirse de hambre y en el anonimato. Pasé al cuento y a la novela. Lógicamente, nunca escribí ni uno ni otro. Solo los llevé a nivel de hipótesis, y aventajaban a la poesía pero volvía la incertidumbre: para que estos géneros literarios generaran dividendos dignos, su autor

debería librar una guerra sin cuartel para ver si algún director se interesaba en llevar el cuento o la novela al cine y así convertir en un *best seller* su estado original, el libro.

Y, para empezar, ¿quién lo publicaría? Yo no tenía agente y, aun teniéndolo, la cosa no resultaría fácil: el editor no está para publicar sino para rechazar. Existe este fenómeno en la mayoría de los editores. La idea es rechazar y rechazar y darse cuenta de que fueron acertados; es un gozo casi orgásmico o superior, pero cuando uno de los rechazos se convierte en éxito en uno de ellos que tuvo mejor visión, rabian, maldicen y se maldicen, se sienten torpes, pero igual lo disfrutan. Ese momento es la cumbre del éxtasis. Es como si los editores fueran el conglomerado más sadomasoquista existente en el planeta.

No es que vender guiones sea fácil o que no haya competencia, no; sino que si a uno se lo compran ya no es de uno, pueden modificarlo como les venga en gana. En ese sentido, las probabilidades de compra son mucho más viables. Y también que al vender uno se da por sentado la venta de otros, aunque sus desventajas son pragmáticas. Aquí no se piensa en la perdurabilidad ni en la posteridad, sino en cuánto dinero le entrará a uno en el momento de la negociación, independientemente o no de si la Historia lo registra. También, casado con aquella mujer que estaba más o menos bien relacionada con gente del mundo de cine, todo se presentaría menos complicado.

Íbamos a reuniones sociales. A veces conversaba con individuos que consideraba los más imbéciles a mil millas a la redonda de la tierra, pero los escuchaba con fingida atención. Reí con sus chistes bobos, todo solo por la posición que tenían dentro del negocio que me interesaba o por la importancia de una recomendación de ellos. Fue así como me di cuenta de que estaba cerca del éxito: había aprendido el lenguaje de la hipocresía.

Carta al psicólogo

El camino al éxito es resbaloso, hasta para un equilibrista. Tan peligroso como andar sobre la barra a muchos metros de la tierra. A diferencia de que una caída de la barra —para los equilibristas mayores como yo, que no usan malla de protección— no se repetía, era mortal. Mientras, en el camino al éxito existen caídas pequeñas de las que uno puede recuperarse y volver a intentarlo y quizá se logre llegar al objetivo buscado. Claro, siempre y cuando se tenga el cuidado de no dar la gran caída, porque ahí también existen las grandes caídas; bien puede ser el uso y abuso de drogas, pues no falta el primer exitoso que muere de sobredosis de cualquiera de ellas cuando iba camino a la cima; también está la frustración de sentirse tan cerca de tocar al éxito y despertar a la triste realidad de que solamente era un espejismo —no existen más espejismos, ni siquiera en el desierto, que los que hay en el camino al éxito— y no recuperarse, y dedicarse al alcohol. No sería el primer exitoso que pudo haber llegado el que se ahoga en este mar. Por otro lado, está el autocoronarse antes de tiempo y comenzar a olvidar a la gente que nos ha querido, apoyado, y que ha clamado porque lleguemos a un sitio. Este se estaba convirtiendo en uno de mis problemas.

Realmente no lo sabía; continuaba imparable en la ruta de hacer hasta lo imposible por ganarle la partida a la ruleta. La ruleta fue siempre mi principal enemiga y, entre los sucios trucos con que me ataca está el de la obsesión. Estaba obsesionado por ver la ruleta resquebrajarse, con los ejes mohosos para que no pudiese dar una vuelta más ni remolcada; en ese afán, me olvidé de todos.

Pasaron, por ejemplo, fechas tan importantes como el nacimiento y muerte de mamá y yo sin enterarme, excepto en uno de los aniversarios del fallecimiento de ella. Regresé a mi apartamento y sentí aquel intenso olor a flores. Creí que era mi esposa de entonces la que había convertido nuestro apartamento en un jardín. No era así, no había una flor por ningún rincón y ella no había regresado de su viaje. Pensé en la fecha y me di cuenta de que se trataba de un año más del adiós de mamá. Fuera de ese fugaz recuerdo, volví a olvidarlos. No sabía nada de mis hermanos piel canela ni del papá de ellos ni de mi hermana ni de las exnovias ni de nadie. Tampoco me interesaba saberlo, o quizá no es que no me interesaba sino que jamás me daba un segundo para pensar en ellos. La ruleta me absorbía ciento por ciento.

Uno de esos días, en mi ya abundante correspondencia, encontré

un sobre que me golpeó sin abrirlo. Las estampillas hicieron que en segundos pasaran por mi mente, como se corre una cinta cinematográfica, un desfile de rostros y entonces volví a ser yo. Afortunadamente estaba solo. Lloré mirando el sobre cerrado. Así lo tuve algún tiempo; me gustaba que esa emoción se diera lentamente, aún a sabiendas de que podrían ser buenas o trágicas noticias. Me di cuenta de que hacía tiempo que no me sentía tan feliz. No me pregunté ni cómo habría hecho para obtener mi dirección, solamente sonreía frente a la inconfundible letra de mi hermana.

Aquella inolvidable carta es el escrito que más me ha hecho llorar. Perdió la literatura ¡Envidia de los escritores de tragedias! Y lo mejor de todo es que no era de desventuras sino todo lo contrario. Para empezar, me llamaba: «Mi querido Psicólogo», lo que me despertó la primera sonrisa-llanto, pues no me equivoqué en que aludía al velorio y entierro de papá. Me contó que había comprado una casa mucho más grande y bien ubicada, que aquella la había vendido, dejando en ella, a merced de los nuevos propietarios, la cruz y el epitafio. De haber sido yo, lo hubiese desenterrado a ver si el petate todavía servía para obsequiárselo a un mendigo. Se sentía muy bien y había superado el trauma. Terminó de convencerse de ello cuando *El Héroe* tuvo un accidente y no paró de llamarla a ella y a mí. ¡Las estupideces que se cometen cuando uno se balancea en la cuerda floja de la agonía! De seguro que después no solo se arrepintió de habernos llamado, sino que se maldijo por considerarse tan débil. ¡Qué macho! Mi hermana no fue a verlo simple y sencillamente porque era el líder del partido opuesto al de su simpatía, y para ella había pasado a ser justamente eso: un político, como cualquiera de tantos que tienen los países. La apesaraba sí, porque después de todo se trataba de una persona a quien le conocía el rostro por la televisión y los periódicos; pero no tanto como para salir corriendo a verlo ni para padecer insomnios ni mucho menos para llorarlo. Ella ya lo había llorado. Y sostengo que las lágrimas, como todo en la vida, ya vienen contabilizadas. Hay un presupuesto —desde que uno es un pre-bebé— de cuántas lágrimas se tendrán y cómo se distribuirán, y mi hermana ya había dado la parte que correspondía a su padre. ¿A cuenta de qué iba a gastar lágrimas que tenía reservadas para fines nobles? Yo la felicitaba: era preferible cuidarlas y llevarlas a la tumba de mamá en cada aniversario.

Me contaba de mis queridos piel canela, incomparables en la fábrica de sobrinos. Escalaban en sus distintas profesiones y continuaban siendo gente de bien. El papá de ellos se mantenía como siempre, pendiente de todos, incluida mi hermana; pendiente de mí, preocupado de que anduviese en grandes ciudades solo y aparentemente a la deriva. Me pedía que, por lo que más quisiera, le

contestara. Estaba desesperada por no saber de mí. En su posdata me dijo que mucha gente le preguntaba por mí, pero nunca decían mi nombre sino lo más bello y lo que más debí haber amado siempre: «¿y su hermano, El Equilibrista?». Ahí mismo tomé un papel y, de mi puño y letra, le escribí: «Hoy no puedo escribirte, me lo impiden las lágrimas. Pero despreocúpate, son de emoción. De esta gran emoción de saber de ustedes. Los quiero mucho. Te escribiré apenas compre servilletas y pueda secarme tantas lágrimas». Y corrí a depositarla al buzón. Diez días después tenía la carta de regreso con un sello que decía: «Asegúrese de poner estampillas cuando envíe una carta». Me dio vergüenza y risa, y ahí mismo le escribí una extensa carta contándole el buen ritmo que llevaba en el camino al éxito.

Pretexto primero para un divorcio

No necesitaba más de aquella noble mujer, aunque ella sí de mí. Lastimosamente, no quería cosas materiales que pudiera suplirle, sino a mí. Y eso era un imposible; yo no existía sino para vencer la ruleta. En muchas ocasiones me pidió que aprendiera a amarla, pero era muy tarde para asistir a clases, nadie me enseñó a hacerlo cuando tenía las facultades para empaparme de ello como una esponja. La ruleta no me dejó nunca amar a nadie, solo *medioamar*; medioamaba a mis tíos, a mis tías, medioamé a mamá, medioamé a las novias que tuve, pero no podía amar del todo a nadie. Me aterrorizaba el solo hecho de imaginarlo.

¿Y cómo no iba a causarme terror, si desde pre-bebé aprendí que estuviese donde estuviese la ruleta me esperaba al nomás salir de la puerta como quien tiene su auto estacionado? En definitiva, amar era desobedecer a la ruleta y esa negligencia podía costarme un poco más que la vida. Así que me amparé en la idea de que amar, al menos para mí, era peligroso. Nunca entendí por qué aquella mujer me amó, si lo lógico hubiese sido que, como mínimo, me odiara. Yo no le había dado nada a cambio de su todo, con lo que se me desbarató aquello de dar para recibir. Ella había dado y no recibiría nada.

Mi obligación era terminar con toda aquella farsa; ya poseía lo buscado. Era propietario de mis propios contactos, había vendido tres guiones a muy buenos precios, por tanto, pude también ser dueño de cosas propias como mi apartamento y mi auto. ¿Para qué debía permanecer a mi lado, si su misión conmigo había finalizado? Hacer el amor, pues, dejó de ser un problema para mí. Era sencillísimo llamar a una de tantas mujeres que conocía, de las que se me habían insinuado, e invitarla a mi nuevo apartamento a compartir un vino, con la ventaja de que sería solamente por placer de ambos, sin llegar a ningún compromiso de esos que entorpecen las relaciones, como casarse. Indudablemente, el divorcio buscaba por mí.

¿Cómo hace un ser humano que todavía no ha perdido del todo su capacidad de no querer dañar a nadie para solicitar un divorcio, sin provocar lágrimas, a quien le ama sin pretextos? Fue lo difícil. Aquella mujer, podría decirse, carecía de defectos, salvo el de amarme. Su solidaridad, su constante preocupación por hacerme sentir bien, su cariño desmedido. No, enfrentársele en frío para comunicarle un adiós hubiese sido haber llegado a la médula de la crueldad. Así que, no habiendo alternativas, me propuse quedarme al acecho, en espera de que cometiese el mínimo error para que flameara mi bandera del

divorcio.

Tardó. Parecía como advertida por los dioses de que un pasito en falso bastaría para caerse, sin malla de protección. Como nada es perfecto y todo es imperfecto, el momento esperado se presentó. Tenía yo un hambre voraz o, mejor dicho, dos hambres: la de alimentos para el cuerpo y la de alimentos para el espíritu. Por esta segunda no quise despegarme de la computadora, en donde estaba inspirado dándole seguimiento al ángel del desdoblamiento; por tal razón no me preparé yo mismo algo que alimentara el cuerpo y, no habiendo más, se lo pedí a ella. Me preparó una, a simple vista, deliciosa hamburguesa. Abrí, como pocas veces, la boca como si fuese un cocodrilo desesperado con una presa que amenaza con escapársele. Todo para comer pronto y no interrumpir demasiado el alimento del espíritu. ¿Cuál no sería mi sorpresa? Le había puesto una sobredosis de cebolla. Ahí sí que estallé en santa ira. La llamé a gritos, la insulté, le dejé ir la hamburguesa contra la cara, desgraciadamente se agachó, estrellándose la hamburguesa en la pared y dejando una mancha roja como un baño de sangre. Y esto encendió más mi ira: sabía muy bien que yo detestaba el color rojo y no corrió a limpiar la pared ¡Cómo no pude darme cuenta antes de su inutilidad! Y ahí mismo proclamé a grito abierto mi irrevocable deseo de divorciarme.

Desafortunadamente mi petición de divorcio no progresó, pues al día siguiente me atendió, como de costumbre, muy atenta. También la pared brillaba de lo blanca que la dejó y había hecho desaparecer hasta el último vestigio de hamburguesa. Me dijo con ternura, con tanta que no quedaba sino obedecerla, que estaba dispuesta a acceder al divorcio pero no sin antes visitar juntos a un consejero matrimonial o a un psicólogo, que casi es lo mismo.

El consejero o psicólogo llegó a la conclusión y se la dijo a ella, nunca a mí, de que estaba tan inspirado yo en mi creación artística que cualquier pequeño incidente que interfiriera en mi creación, automáticamente, como un subconsciente mecanismo de defensa, se volvía voluminoso. Esto era natural en el éxtasis de la creación, así como era natural que yo pidiera el divorcio, lo que no fue más que una reacción fuera de mi propio control. No bastándole, el bastardo dijo estar convencido de que éramos una de esas excepcionales parejas que se aman hasta el fin de sus días. Y esa sonrisa de ella, convencida de que yo la amaba, me desarmó, pues ya dije: no puede uno solicitar en frío un divorcio de alguien que lo ama a uno.

No me quedó otra que volver a casa, fingiéndome el reconciliado feliz. Debía dejar que transcurriera un tiempo después de la crisis de la hamburguesa para luego regresar al acecho, agazaparme, esperar la millonésima de segundo en donde resbalara una vez más.

Williams y su fobia geográfica

¿Quién prepararía esta comida?, me pregunté. Sin dudarlo, Ivonne. Nadie mejor que ella para cocinar pastas. Es una delicia y un privilegio comer comida hecha por ella.

Después de haber saboreado tan suculento plato, dije a Williams:

—Dile que cocina muy bien, como en los viejos tiempos.

Williams, que pocas veces ríe, sonrió:

—No la hizo ella, la cociné yo.

Fue tal mi carcajada que contagió a Williams.

—Entonces, abandona el periodismo y pon un restaurante. Nadie cocina como Ivonne.

—Sí, fue ella —dijo aún sonriente.

—Le gusta verme reír; el rostro se le ilumina. A lo mejor, por la cercanía con Ivonne, ha concluido por tenerme algún afecto. Es evidente entonces que Ivonne aún siente algo, aunque sea mínimo, pero es algo; ¿volvería conmigo si estuviese fuera de aquí? Mejor no preguntarse nada; todo ha de ser un truco de la ruleta. Hacerme feliz, como hoy, para mañana, ya restablecido, recomenzar la tortura.

Williams, como buen periodista, aprovechó mi buen estado anímico para persuadirme de que incluya mi nombre en este escrito, para que escriba el nombre de las ciudades, para que ubique al lector en cada lugar en donde han sucedido los hechos. Tuve que hacerle ver que esto no es una novela, ¿cómo hacerlo entender que no ando en busca de lectores ni espectadores ni nada que suene a piedad? Tanto el circo como la escritura de guiones son cosa del ayer. Ya tuve bastante propaganda con el despliegue que hicieron los medios informativos sobre mi crimen. ¿Para qué quiero más?

Me vi obligado a decírselo:

—Williams, entiende que no escribo esto por placer ni por vanidad, sino por el bienestar que puedo traer a Ivonne, a su paz, a que vuelva a ser la que era antes de mí. Esto no es una novela ni ninguna obra literaria, ni siquiera un testimonio, por eso carece de fechas; es nada más la verdad de un hombre que ha sido condenado, no por los hombres, sino por el destino. Eso es todo. No insistas en que lo ubique geográficamente o terminaré por enfadarme…

Se disculpó y dijo que me entendía, aunque no lo creo. Si habla de lectores es porque lo propondrá a las editoriales. ¡Pobre iluso! ¿A qué editor interesará un hecho tan pasado de moda? No hay duda de que el mundo no promete cambiar; siguen habiendo ilusos como siempre. ¿Qué será de Williams? Ojalá no tenga cimentadas sus esperanzas de

periodista destacado en este escrito; de ser así, es de compadecerlo; más tontamente no se puede perder el tiempo.

No pude evitarlo y le hice la pregunta que hace tiempo deseaba hacerle:

—Williams, ¿tú crees que Ivonne querrá venir a verme?

—No lo sé.

Y no me atreví a preguntar más.

Pretexto segundo para el mismo divorcio

Si alguna vez dudé del sexto sentido que desde tiempos inmemorables se le ha adjudicado a la mujer, con aquella esposa lo descarté. Ver para creer: era increíble con qué destreza mantenía el equilibrio. Juro que alguna vez llegué a envidiarla. No daba el menor insignificante de los motivos, no solo para que yo no me enfadara sino para que ni en broma se me ocurriese reiterarle mi deseo de divorciarme. Siempre cariñosa, puntual, e incluso excesivamente comedida, hasta para hablar. Ahora pienso que, en verdad, me amaba; o fui el marido de la reina de las masoquistas. Imagino que en ese tiempo o no fue feliz habitada por la tensión, o quizá era su estilo, muy peculiar, por cierto, de ser feliz: la tensa-feliz. Ni siquiera yo en el circo pasaba tan tenso, ni antes ni después de cruzar la barra; no, sino en el momento de los hechos, en el lapso en que debía cruzar la carpa de un extremo a otro. Y no se trataba ni siquiera exactamente de una tensión, sino más bien de una emoción tensa, pues muy pocas veces en la vida he sido tan feliz como cuando miraba la muerte desde la barra, desde lo alto; desde el cielo, podría decirse. Era como ver la muerte con los ojos de Dios, que está muy lejos de que lo alcance. Así era mi visión, porque estaba seguro de que por nada de este mundo me caería; de ahí que apostara con la vida. No porque yo fuera un aspirante a suicida ni deseara estar muerto, no; completamente a la inversa. Superar cada reto me reconfirmaba que estaba más vivo que nunca y que nadie. Pero aquella mujer nunca supe a qué apostó.

Resignado a que por un desbalance de ella nunca podría encontrar mi soltería, me vi presionado a jugar con trampas, que, certificado dejo, muy pocas he hecho en mi vida. No me convenía, si la oportunidad volvía a presentarse, que viéramos al mismo consejero matrimonial o psicólogo, porque él atendía a los ricos, como nosotros. Chantajearlo no es que fuese imposible, sino que saldría a un precio bastante alto, y yo no tenía como filosofía deshacerme del dinero en cosas tan triviales como divorciarse. Así que busqué en un barrio medio marginal a un consejero o psicólogo. No me costó dar con el indicado. Le expliqué cómo andaban las cosas y puso su irrisorio precio, titubeando por pensar que me pedía demasiado. Acepté sin ningún reparo y, es más, le dije que si tenía éxito le daría una gratificación extra. El pobre no disimuló su alegría: daba el primer paso al negocio de su vida. Pero a mí me tocaba la peor parte: llevarla a dónde él, para lo cual necesitaba un pretexto. Me quedaba esperar.

Transcurrió algún tiempo para que la víctima cayera. Nada en mi vida ha sido tan difícil. Le pedía que cocinara y, papel en mano, me interrogaba que cuánto quería de cebolla, de ajo, de pimientos, qué clase de arroz largo o corto, amarillo o blanco, carne de vaca vieja o de ternera recién nacida, leche fría, tibia o caliente, postre; en fin, cada comida me complicaba la vida como quien se pierde en un laberinto de carnes, legumbres, condimentos, etcétera. La crisis de la hamburguesa no se repetiría ni pidiendo el milagro: preparaba todo en un azafate, como si fuese un lujoso restaurante. Me ponía las cosas para que me las sirviera a mi gusto: cinco clases de pan, cebolla roja y blanca, en rodajas gruesas y delgadas… En fin, para qué explicar aquel martirio en que se me había convertido comer, con el agravante de que reclamarle no solo era injusto sino que también le daba toda la libertad para acusarme de enfermo mental, quedarse con todos mis bienes e irme a cuidar los fines de semana. Hasta que, por fin, llegó el ansiado momento.

Estábamos en la sala, contentos. Aclaremos: ella estaba contenta, yo estaba rutinariamente contento. Y me besaba el cuello, me hacía masajitos en los hombros, indudablemente que nos encontrábamos en su agradable ritual pre coito. Y, en honor a la verdad, sexualmente me transportaba, me encantaba hacer el amor con ella, que no es lo mismo que estar enamorado. Y me dijo: «Cuídate, que estoy canina; sería capaz de devorarte con todo y sombra». Y yo le hice la pregunta más inteligente y lucrativa que he realizado en mi vida: «¿De veras?» Mientras continuaba con el masajito, dijo: «¿No crees en mi? Tienes que creer en mí». Para qué dijo aquello. Salté enfurecido del sofá, y lleno de rabia le dije: «¡Cómo te atreves! ¡Cómo has sido capaz! ¿Quién crees que eres para creer en ti? ¿Te crees Dios, eso es lo que crees, que eres Dios? Nadie se atreve a insultar a Dios, mucho menos a compararse con él en mi presencia. Exijo, a la brevedad posible, el divorcio». Y me metí en un dormitorio y cerré con llave.

A la mañana siguiente, como siempre, al levantarme ya tenía servido el desayuno y me atendió con inusitada amabilidad. No toqué la comida, y le dije: «No creas que he olvidado el insulto que has proferido contra mi Dios». Entonces propuso el viaje al consejero matrimonial o psicólogo. Accedí, con la condición de que iríamos al primero que encontráramos en el camino. Es de esperarse; manejé por donde ya había contratado a uno, quien, probablemente, añoraba mi presencia.

Aquel consejero-psicólogo debió dedicarse a la actuación. Parecía como si nunca en su existencia me hubiese visto y como si no hubiera sabido jamás algo respecto a mi caso. Actuó como analizando el incidente; luego me dirigió la cara más apesarada con la que puede tropezarse uno en el mundo: «Señor, temo decirle algo muy delicado;

espero sepa comprenderme. Soy un profesional y, como tal, mi deber es decir la verdad por dolorosa que sea; usted no podrá recuperar a su esposa». Tuve que fingir aquella cara de depresión —afortunadamente la experiencia no me falló— que poníamos con mis hermanos cuando llegaba el arrendatario a pedirle a mamá que desalojara. Ella quedó atónita. Todo podía esperar de un consejero psicólogo, menos la disolución de un matrimonio a la velocidad de la luz. Y como para apaciguar la cara de susto de mi exesposa, le dijo: «Es lo mejor, señora. Ya cuando la religión llega a ser un problema en una relación, las cosas se tornan difíciles. No es posible un regreso. Aunque se reconciliaran, usted ante los ojos de él no volverá a ser su esposa sino la impostora que usurpó el nombre de su Dios. Esto es delicado; como usted bien sabrá, las pasiones religiosas con frecuencia dejan víctimas fatales. Nada mejor que cortar a tiempo la raíz del infierno que podría depararle una vida al lado de él. Les recomiendo divorciarse hoy mismo, de ser posible. Por ningún motivo traten de dormir juntos a partir de hoy, en una misma casa». Controlé el impulso demoníaco que me ordenaba abrazarlo, besarlo, decirle que colocara un número en un cheque en blanco que yo le extendería. Ella lloró. Le dejé el auto y yo me fui en un taxi, a un hotel. Lloré a solas un rato en el hotel, todo por el llanto de ella. No debe olvidarse que una de las más grandes virtudes humanas es la solidaridad.

El paraíso de los solteros

¡Qué tiempos aquellos! Como para que fueran eternos. Me mudé a mi nuevo y propio apartamento. Supe que mi exesposa viajó a un lejano país, famoso por su diversidad de cultos religiosos. No es descabellado pensar que lo hizo buscando una respuesta para saber en qué instante tan fuera de sí tuvo la osadía de compararse con el mismísimo Dios. Nunca más supe de ella. A lo mejor le erigieron un altar. Confieso que debí quedarme con aquella mujer. No era una diosa pero no le faltaba mucho.

Obtuve otros contratos para escribir nuevos guiones; la paga, impensable. En el amor, pues más afortunado nadie pudo serlo. Nadie, porque no era amor sino hacer el amor; como quien dijera: inventar el amor. Y a mí me encantaba reinventar el amor con diferentes chicas. Pasaba una época buena, mejor dicho, espléndida. Por ese tiempo no pensé en nadie. Recibí algunas cartas de mi hermana, que no contesté. Lo que sí, con alguna regularidad hacía, era enviarle un cheque para que se ayudara y resolviera problemas de algún piel canela que los tuviera. Creía que con eso bastaba: si tenía la capacidad de enviar buenas sumas de dinero, eso hablaba por sí solo. No se necesitaba destellos de genialidad para saber que me encontraba más que bien. Un día recibí un sobre de mi hermana en que me devolvía un cheque con una nota que solamente decía: «Envíalo con una carta, no sé en qué debo utilizarlo. Aquí no quedaste debiéndole a nadie». Entendí su disgusto y tomé el teléfono y la llamé. Le pedí disculpas y le prometí que, si bien me era imposible escribirle, sí la llamaría ocasionalmente. Me sentí perdonado cuando, riéndose, me dijo que le devolviera su cheque, aunque fuera sin carta. Le remití dos.

Podría decirse que mi vida cabía dentro de lo normal. No usaba drogas y derroté mi afición por el licor. Indudablemente, era un hombre de éxito. Si hubiese querido viajar, no tenía ningún inconveniente; me sobraban tiempo y dinero. Pero a mí me encantaba aquella ciudad; no veía que se me hubiera perdido algo fuera de ella. Pese a todo, me sentía incompleto. Me preguntaba, sin entenderlo, qué podría faltarme. Recordé la ruleta, ¿se trataba de ella, que nunca me dejaría del todo en paz? Y me dije que sí, que ahí estaba el problema. Yo carecía de una pieza con la cual vencer definitivamente a la ruleta.

Dándole vueltas a la idea, di con el secreto: requería de una compañera, de una esposa que amara y me amara, con la que pudiéramos desarrollar la burbuja y darle un pre-bebé, que luego se convertiría en bebé. Enterado del colapso que ocasionaba a la ruleta,

siendo poseedor del secreto, grité en el parquecito en que me encontraba y luego volví a gritarle dentro de mi apartamento: «Vaya destino, ven a decirme que existes. ¡Ven, cobarde! Acepta el reto, dime que puedes desviarme del camino de la fortuna. ¡No existes, destino! Te apuesto la vida y un poco más». Y el destino tardó en responderme.

El destino solo estaba desmayado

¿Desde cuándo el destino me eligió como su víctima? Desde siempre. La ruleta pasó por la burbuja de mamá y allí se posesionó de mí y desistió de abandonarme, no importándole que le pidiera clemencia. Siendo un bebé, ya no quería andar de un sitio a otro, de una tía a un tío, de la madrina al abuelo, de vecina en vecina; quería vivir en un lugar, crecer al mismo tiempo que un árbol y recordar cuando ambos éramos bebés, y agradecerle tiempo después por alimentarme con sus frutos; protegerlo de que nadie lo apedreara para que no dañaran sus hojas ni sus ramas… pero todo solo fue un sueño infantil. La ruleta se mofaba de mis sueños y, entre más grande era el sueño, más aceleradamente comenzaba a deslizarse en sus ejes, llevándome en contra de mi voluntad. ¿A cuánta gente en el mundo la ruleta le hará lo mismo, llevarlas a donde no quieren ir?

Cuando estudiaba en la Facultad de Leyes empecé a enterarme de la existencia de la ruleta. Las largas horas dedicadas a la lectura desorganizada, que iba desde literatura y filosofía hasta las noticias cotidianas, me señalaron a mi enemigo. A los predestinados no se nos permitía hacer nada, mientras que otra mucha gente sí podía detener la ruleta donde a ellos les conviniera. Y entonces los terroríficos ejemplos de los predestinados me atemorizaron: a una mujer que luchó por la libertad de su país y se rebeló contra la ruleta, obedeciendo sus propias concepciones de la vida y siguiendo sus principios, la ruleta ordenó que se le quemara viva; la ruleta había llevado por el camino de la muerte a un hombre que la desafió, asegurando que la tierra se movía; la ruleta se vengó, aparentemente, enloqueciendo a otro que se atrevió a enfrentarla diciendo «Dios ha muerto»; la ruleta llevó por el camino de la desgracia a un hombre que se detuvo a hablar con un cuervo, quien le contestó que la ruleta le gritaba «nunca más, nunca más, nunca más»; la ruleta cometió sus fechorías y le ordenó a una mujer que no mirase hacia atrás, la mujer desafió a la ruleta y la ruleta se vengó, convirtiéndola en estatua de sal. La ruleta había hecho que hombres y mujeres fuesen exiliados de sus países por desear cambiar el orden establecido, y a los que más se rebelaron les ordenó suicidarse. Me enteré de que yo era un predestinado; después de días de insomnio generado por los nervios, debí tomar una decisión: resignarme a cumplirle como el más torpe de los soldados o declararle la guerra. Hice lo segundo, consciente de que las probabilidades de ganar eran remotas y de que a la ruleta no le bastaba que le pagaran con la vida sino con un poco más, lo que

significa sufrimiento antes de la muerte, y sabrá Dios cuántas cosas más después de la muerte terrenal. No me importó.

En aquellos días, enfrentar la ruleta hubiese sido la estupidez menos posible de cometerse; no poseía armas, me tenía acorralado, y apenas comenzaba a conocer al enemigo. Es un enemigo de muchas caras. Puede hacerse el vencido como una cucaracha cuando se ve atacada; puede «premiar» con el fin de hacer sádica su venganza. Por ejemplo, un hombre que gane la lotería y crea que con ello ha vencido a la ruleta, qué equivocado puede estar. A lo mejor no intuye el jardín de muertes que se ha ganado en derredor. Se debe ser muy cauteloso con la ruleta. Sobre todo, no provocarla.

La primera vez que, sin saberlo, creí haber derrotado a la ruleta, fue en el circo. Cuando, seguro de mí, pedí al propietario del circo que se me quitara la malla de protección, que nunca más usaría malla. Naturalmente, el propietario se opuso, quizá no tanto por mi vida como por el seguro que pensó que debía pagar a mis familiares. Insistí, llegué hasta a firmar un documento en el que exoneraba de cualquier culpa al propietario. Aún así no quedó muy convencido, pues era supersticioso. Nunca nadie había muerto en su circo y no quería que, entre los artistas de su *show*, los acompañara eternamente un ente del más allá. Como ya dije, era supersticioso; por eso creo que se convenció, no de que yo no me caería, sino de que yo era un difunto que a saber cómo había llegado a su circo. Las primeras veces que caminé sobre la barra, me atrapaba el temor que puede sentir cualquier ser humano. Pero un tiempo después olvidé lo que era el miedo. Es más, algunas veces, cuando afortunadamente mi ego no estalló, porque hubiese terminado en una masacre del público asistente, pues era más grande y potente que cualquier bomba de la que se haya tenido noticia, me vi llevado a la tentación de retar a la ruleta, y lo hice. Cruzaba una y otra vez la barra con desenfado, como quien da una caminata por el parque en primavera. La ruleta nunca se presentó al combate, por lo que terminé en la agradable conclusión de que, al menos en cuanto a mí respectaba, había muerto. Y me dije: «El destino ha muerto». ¡Quién iba a sospecharlo! Años después vine a percatarme de que solamente se fingía desmayado.

Exitoso en busca de burbuja

Aprendí una nueva vida dando por superada la de soltero promiscuo. Urgía de una esposa y ¿quién tiene la fórmula infalible para encontrar la pareja ideal? Nunca lo supe, o tal vez sí. La ruleta. ¡Otra vez la maldita ruleta! A quien, precisamente, al tener una esposa, vencería. Habiendo sido yo tan lúcido, ¿cómo no pude pensar que la mujer menos indicada sería la que me diera la ruleta? Visité lugares en donde suponía que hallaría mi burbuja perfecta. Tenía el secreto: ningún ser humano es completo sin su pareja. No perdí ninguna reunión social; conocí actrices, colegas guionistas, modelos, productoras. Salí con muchas de ellas. Visité restaurantes. Fui a bailar. Di y recibí regalos como muestras de cariño. No sentí en ninguna el llamado de las químicas. Quizá por mi inexperiencia en esa búsqueda o porque no existe método para emparejarse. Son situaciones que vienen como la muerte, que se presenta sin invitación. Agotado de explorar en el mundo femenino accesible a mí, indagué en otros. Acompañado de amigos, me hice llevar a otra clase de mujeres, de una clase social diferente a la de mis colegas artistas, pero no por ello menos bellas y valerosas. Solo que el problema no estaba en ellas, estaba en mí: no respiraba el aroma de la química. Ese olor que lleva a desarrollar las burbujas; porque es cuestión de olor. Quizá por eso soy partidario de que una burbuja llenada a la fuerza o sin voluntad de que progrese, es mejor detenerla a su tiempo. Carente de olor, solo traerá dolor para el pre-bebé que se envuelve en ella. Por ese motivo, motivo más que suficiente, yo no llenaría cualquier burbuja.

Frustrado pero no derrotado, me aconsejé que lo correcto era esperar a que la estación del año cambiara. No todas las estaciones son favorables para todos en la búsqueda de una relación amorosa. Era muy factible que en otra estación no necesitara realizar ni la mitad del recorrido, que hasta entonces había dado, para dar con mi futura esposa. Así que esperé.

La ruleta no llega sola

Como mi único propósito en la vida de aquellos días fue agenciarme una esposa, descuidé todo lo demás, a excepción de la escritura de mis guiones, puesto que en algo debía invertir el tiempo para hacer menos tediosa la espera. No así la relación con mi hermana. De esto se encargaba mi secretaria, quien hablaba con ella, se informaba de los problemas e, incluso, decidía la suma a enviar. De vez en vez, cuando mi humor lo permitía, ella me daba un resumen de cómo se encontraba mi familia. Parecía que yo solamente era un amigo de aquella familia; la secretaria se había convertido en mi sustituto. Hablaba de ellos con la euforia que lo haría si se tratara de su propia familia. Mi misma hermana cada vez se desentendía más de mí y pasó a interesarse cada vez más por la secretaria. Creo que llegaron al punto de llamarse y escribirse sin siquiera mencionarme. Para la secretaria solamente era su jefe y para mi hermana un hombre carismático que se preocupaba por una familia que no le competía. Por su voluntad y riesgo les giraba un apoyo económico.

Poco o nada sabía de los piel canela, del padre de ellos, de mis sobrinos que en ese tiempo se multiplicaban como conejos, de la exempleada de mi hermana que se quedó a vivir con ella como un miembro más de la familia, esperándome con esa espera idiota y tan pasada de moda; esperando la nada y nadie porque ni en sueños se me ocurriría regresar y, en caso de que regresara, no sería para unirme a la exempleada; ni siquiera para acostarme tan solo una vez con ella, aunque fuese por piedad, aún consciente de que es otra de las virtudes humanas.

Sumido en mis escritos y en espera de la nueva estación, no reparaba en nadie. Pero una noche soñé con un enorme jardín de flores variadas hasta lo inimaginable. Yo caminaba por el centro de aquel jardín. El olor era fuerte, pero no repulsivo. Me desperté nervioso, sintiendo aún el aroma a flores. Me metí a la ducha para despertarme del todo. Al salir, mi sorpresa siguió siendo que el olor continuaba con la misma intensidad que en el sueño. Me aproximé a un calendario colgado en la pared y descubrí la fecha: un aniversario más de la muerte de mamá. No me dio temor, pero sí se apoderó de mí un relajamiento como el de un agonizante. Me serví un trago y me senté a pensar por qué mamá me enviaba mensajes. Indudablemente, se trataba de mensajes que yo tenía que descodificar. Lo intenté.

Quizá mamá, de alguna manera, se sentía culpable de que la ruleta pusiera sus ojos en mí, de que no me soltara y me tuviera sentenciado

como un predestinado. Mamá siempre supo, o por lo menos intuyó, que uno de sus hijos, yo, fue secuestrado por la ruleta siendo un pre-bebé. Pero, hasta done los mortales sabemos, no siempre la ruleta llega sola; muchas veces es empujada, y ese era mi caso. ¿Qué puede deber un pre-bebé para que la ruleta lo capture? Sin duda que nada. La ruleta no siempre se ensaña contra todos; porque la ruleta, como todo en la vida, tiene su lado hermoso y su lado cruel. ¿A cuenta de qué a un pre-bebé debe tomarlo el lado cruel? Por supuesto, no es el pre-bebé el responsable; él solamente es el efecto de una causa que ha enviado a la ruleta contra el pre-bebé. Y siendo así, las cosas quedaban muy claras. Mamá siempre estuvo lejos de la culpabilidad del rapto que hiciera de mí la ruleta. Todo lo contrario, desde que era un pre-bebé apostó su vida a la ruleta por recuperarme. La ruleta la venció, indudablemente. Mamá fue una mujer tan ejemplar como la quemada viva. Mamá fue otra víctima de la ruleta. Por tanto, no le tocaba sino vivir su vida en paz. Estaba libre de pecado. Pero alguien tuvo que impulsar la ruleta en contra del pre-bebé, llevándose de paso a mamá. Existía un único culpable, que tarde o temprano debía ser ajusticiado por lo que pasara a mi hermana y a mí y lo que sufrimos. Su nombre no se sabía pero su apodo sí: *papá*.

Una burbuja puede iniciar una guerra

¿Qué es la guerra? Un mandato divino. Nadie comienza la guerra, ella empieza por sí sola. Y desde presidentes hasta generales, llegando hasta el más nuevo de los reclutas —que muchas veces creen convertirse en héroes y mártires—, no son otra cosa que víctimas de la ruleta.

Para la guerra no se requiere de grandes ejércitos ni de pequeños, ni siquiera de dos personas. Una sola puede librar una guerra contra sí misma. Lo que verdaderamente se necesita es la orden superior de la ruleta. Cuando estalla la guerra, muy pocos, por no decir nadie, saben por qué se combate; solamente saben que tienen que combatir. Los que están fuera del campo de batalla, que no han sido llamados por la ruleta, desesperados, claman por la paz, al igual que los soldados que aún mientras disparan no cesan de preguntarse: ¿cuándo acabará esta guerra?, lo que hace evidente que ni ellos, que son las piezas de la guerra, desean estar en ella. La guerra, en fin, es un acontecimiento tan natural y desastroso como un terremoto o un huracán, con la diferencia de que el eje de ella es el ser humano, que se cree menos natural que la naturaleza. Por eso cree controlarla, sin saber que la naturaleza le ordena combatir entre sí solo para convencerse a sí misma de su poder y de lo poco evolucionados que están los llamados *civilizados*.

Por no desatar la guerra entre Williams y yo, ni siquiera porque la librara contra sí mismo, es que no me atreví a preguntarle si Ivonne ya había compartido la burbuja con él y tenían algún hijo en común. Podría ser que sí, y para mi paz y para que finalizara el documento, era preferible que se negara, con lo que originaría su conflicto interno por estar engañándome. Es un buen hombre este Williams, y lo creo incapaz de mentir. Quizá esta misma noche lea estas páginas y mañana, como es su costumbre, obviará comentar los capítulos que tengan que ver con el presente y se referirá nada más al pasado, a la historia que más le interesa. Aún cuando está consciente de que lo que a mí me concierne es la Ivonne de la actualidad. La Ivonne que muy probablemente ha aprendido a verme como su medicina, nada más. Ni hombre ni exesposo, solamente un medicamento que le urge y no se obtiene en las farmacias. En caso de ser así, merecido lo tengo. Después de todo, sé que se trata de un nuevo disfraz de la ruleta que nunca se cansará de fastidiarme.

En cuanto a Williams respecta, es un buen hombre, quizá digno de una mujer como Ivonne; pero si entre ellos existe algo es mejor que lo

oculte ante mí. Puede que me dañe; puede que no. En todo caso, ¿para qué arriesgarse? O, mejor dicho, ¿para qué dañarme la ilusión que a veces se posesiona de mí, al pensar que aún significo algo para ella?

Williams dice que Ivonne, hasta ahora, no ha leído nada de mi testimonio, que él prefiere que lo lea cuando esté completo. Leerlo por partes puede afectarla. Él se ve muy bien, contento con lo obtenido. Luce bien a pesar de que, según lo que cuenta, por la noche va a trabajar al periódico y gran parte del día se la pasa aquí. ¡Es un mártir este Williams!

Me informó que Ivonne siempre quiso venir a visitarme, pero la vez que lo hizo la corrí, le grité y humillé tanto, que la espanté para siempre. Es cierto, así fue. Estaba recién ingresado aquí, ¿cómo era posible que la mujer de mi vida me viera en esta facha, encerrado aquí, después de haberme visto en el pináculo de la gloria? No, era bochornoso, no solo para mí; para ambos.

Ella no estaba segura de venir a visitarme, según Williams. Yo no estaba seguro de si realmente deseaba que viniera, según yo, por lo que se formaba un torbellino de la duda, el cual no convenía a nadie, sobre todo a ella. Después de todo yo estoy resignado. Sé que, por agradables que sean estos días en compañía de Williams y sabiendo aunque sea poquísimo acerca de la Ivonne de hoy, no son para siempre. Su ruleta llamará a Williams y la mía volverá a la carga. Así que todo está programado para no vernos. ¿Para qué insistir? ¿Acaso ya no había pagado bastante por mi persistencia del pasado? Arriesgar a Ivonne, tal como empujó mi padre a mamá, estaba, a pesar de haberle dado muerte a un individuo, lejos de mis principios. Me bastará saber que cualquier mensaje extra que quisiera enviarle a Ivonne puedo hacerlo en esta páginas. Después de todo, las leerá cuando la comunicación entre Williams y yo haya mermado. Podría decirle, por ejemplo: «Ivonne, aún te amo. No te pido perdón, porque amarte es parte de la condena. Así lo dictaminó la ruleta».

Burbuja a la vista

Me deslizaba en uno de mis autos del año por una de las principales autopistas de la ciudad, despreocupado. Aprendí, a puro instinto, que para ganarle a la ruleta debe comenzarse por ignorarla, algo difícil para mí. Como casi todo, lo vine a saber demasiado tarde. No obstante, lo intentaba. En mi auto (del año), con el equipo de sonido, la oportunidad de pensar no existía. Además, me dirigía a ningún sitio, por lo que tampoco importaba ir pendiente de la carretera. Era el vivo deleite de quemar combustible. Ahora lo lamento por los ecologistas.

Si bien no me autodenominaba todavía *vencedor*, también era cierto que estábamos a la par en el combate, dicho para no ser inmodesto, pues la realidad denotaba a gran distancia que yo aventajaba. Mi estrategia última y definitiva era obtener la burbuja que proyectara mi continuidad. Alguien dirá que en la guerra todo se vale y que, teniendo tantas burbujas a mi alcance, debí haber tomado alguna. No; de esa forma el derrotado sería yo. Uno debe reproducirse por y con amor. Llevador y burbuja deben compactarse en uno solo. Una vez afianzado mi pre-bebé, la ruleta no podía hacer más nada, pues yo no la empujaría —tal como hizo papá conmigo— en contra de mi hijo. Y de esta forma liberaba a mi hijo de cualquier amenaza, porque la ruleta no se mete con los pre-bebés solo porque sí; debe haber un adulto de por medio, una especie de rufián que venda al pre-bebé o bebé a la ruleta. Pero ese es otro. En mi caso, la defensa del pre-bebé y su madre se convertían en prioridad de prioridades, aún a costo de mi propia vida. Si la ruleta enfadada e impotente llegaba conmigo a su extremo y me recetaba su salida desesperada —la muerte— felizmente le daba la bienvenida. Mi esposa e hijo quedaban económicamente asegurados y sabiendo que los amé. No los expondría.

Regresaba a casa casi con el tanque vacío. En un parquecito no distante de mi vivienda decidí detenerme por nada y para nada. Tal vez para ejercitarme después de haber permanecido tanto tiempo conduciendo. De repente vi, de espaldas, a la mujer de mis sueños. El cabello le cubría parte del escote de la espalda. Aceleré el paso para verla de frente pues adiviné que se dirigía a su auto. Daba vuelta a la llave de la puerta cuando le dije: «¿Cómo te llamas?». Volvió el rostro, con el entrecejo fruncido por la sorpresa. Al verme sonrió. No contestó. Le repetí la pregunta. Entonces me respondió: «¿Así saludas a todo el mundo?». Tuve una divina ocurrencia: «No, nunca saludo a

nadie». Sonrió mientras entraba al auto, coqueteó con el oleaje de su cabello y respondió: «Ivonne». Y se fue.

Yo estaba inexplicablemente feliz: totalmente convencido de que era ella, solo ella y ninguna otra. Volví a mi auto muerto de alegría y pensé: «Triunfé».

Un alto a la ruleta

Estacioné exactamente donde la conocí, esperándola como si tuviésemos cita previa. Las corazonadas me gritaban que volvería a ese punto con el único objetivo de buscarme, pretextando una caminata por el parquecito. Recordaba su sonrisa, su coqueteo, su linda voz. Nunca estuve tan seguro de nada como de que me casaría con ella.

Ivonne. Ese nombre se convirtió en mi obsesión. Supe, desde que la vi de espaldas, que era mi salvación, mi última carta antes de que la ruleta se me adelantara. ¿Qué más había? Absolutamente nada. Precaviendo un desenlace fatal cuando diera con mi burbuja, no hacía mucho, había visitado al médico para que me examinara y determinara si yo no era estéril. Prueba superada; no existía el menor indicio de anormalidades físicas. El doctor me felicitó e hizo la broma de que estaba más fecundo que un conejo; que, de desearlo, podía inaugurar una guardería infantil solo con hijos míos. Lo que faltaba, al parecer, dio sus primeros destellos de vida: Ivonne.

Caminé por el parquecito, no fuera a ser que no me buscara sino un poco más lejos, para disimular. Después de todo, su semblante lucía como una mujer de clase, como una mujer ni tradicional ni en libertinaje, por tanto daría sus pasos y esperaría a que yo diera los míos para volver a dar los suyos. En mi vida me tropecé algunas veces con ese tipo de mujer; claro, sin los encantos excepcionales de Ivonne.

El parque estaba desolado. Me senté en una banca cualquiera, a reflexionar. No sé ni por qué pensé en mamá; tal vez porque, sintiéndome cerca de convertirme en padre —pues para mí era cerca, sabiendo que por lo menos la mujer deseada existía—, me acercaba más a mamá. Tendría, como los tuvo ella, hijos por los que dar la cara, por quienes preocuparme, de quienes ocuparme. Nunca antes me invadió tanta vergüenza y culpabilidad por no saber nada, o tan poco, de mi hermana, de los famosos hermanos piel canela que las últimas veces que supe de ellos iban imparables superándose en sus profesiones e inigualables en la reproducción de la especie, del padre de los piel canela, quien, de alguna manera, con el tiempo se había convertido en mi padre también. Pedí, en silencio, perdón a mamá por mi descuido. ¡Cuánto me hubiese gustado que la ruleta no me hubiera separado de ella siendo un bebé! Habría convertido en un manantial su velorio. Llorarla pudo haber sido fácil.

De pronto, sentí algo frío en la nuca acompañado de un *no te muevas.* ¡Lo que faltaba: morir a manos de un delincuente común! El

frío del cañón de la pistola me causó escalofrío, pues jamás he acostumbrado a ponerme hielo en la nuca. Me pidió que, sin voltear el rostro, le diera lo que tuviese en los bolsillos. Debía hacerlo disimuladamente, para no levantar sospechas entre los autos que pasaban enfrente. Le dije que vivía cerca, por lo que no portaba ni un centavo, ni siquiera reloj porque no quería desesperarme en la espera estando pendiente de la hora. Murmuró maldiciones y dijo que le estaba mintiendo.

Un pensamiento me dio más escalofrío que el del cañón del revólver. Indudablemente, era la ruleta que enviaba por mí. Era su estilo: acabar con sus predestinados con hechos insólitos. Yo estaba en un escenario propicio: en un parque desolado, sin dinero, y esperando a la mujer que me daría la victoria ¡Qué oportuno momento para morir cruelmente! De inmediato supe que algo debía hacer. El asaltante solamente era un vehículo de la ruleta, al cual podía arrebatarle el volante y conducir yo. Con un ligero temblor de manos, como casi nunca en mi vida (nunca, por ejemplo, en la barra sin malla de protección), registré mis bolsillos uno a uno con la esperanza de que algunos billetes estuviesen ahí por puro azar. Estaban tan vacíos como la viudez. El delincuente mismo fue quien sugirió que buscara en los bolsillos interiores de mi chaqueta. Topé con algo que me permitió un medio respiro. Una de mis chequeras. Solo tengo estos cheques. En blanco no te sirven de nada. Pero podemos negociar. ¿Negociar? Repitió incrédulo. Así es, dije recuperando la firmeza de mi voz; ponle un precio a esa pistola. Te firmaré un cheque. Te compro la pistola, tú eliges el precio. Dijo que lo firmara sin necesidad de darme la pistola. Entonces, agregué: «De aquí a que llegues al banco yo habré reportado el robo de este cheque y te capturarán en el banco; mientras que así no puedo hacer nada, puesto que se trata de una compra, de un negocio». Aceptó. Le puso un precio elevadísimo al revólver, como quien compraba un arsenal. No protesté. Dijo que sacaría las balas por si pensaba dispararle, y que no intentara nada porque también cargaba un cuchillo, el cual, para convencerme de su seriedad en los negocios, me colocó en el cuello. ¡Tampoco acostumbro a ponerme hielo en el cuello! Dijo que dejaría la pistola unos metros detrás de mí. Para que no dudara, la lanzo para que se oyera. «Ahí queda, gracias». Diciendo esto, oí la carrera maratónica que se alejaba.

Me pidió dos minutos sin volver la vista pero creo que estuve media hora. Me parecía haber sostenido la tierra con mis hombros. En verdad que pudo haberme engañado; nunca me han interesado las armas. ¿Para qué me serviría una pistola, si siempre les he temido? Sin embargo, con indiferencia recorrí la vista por donde escuché el sonido. Se trataba de un ladrón honrado: ahí estaba la pistola. La

recogí; brillaba. Además de honrado, el ladrón era pulcro, y no se trataba de cualquier revólver. ¡Sabrá Dios dónde lo robó! Tomando en cuenta la cantidad dada con el producto recibido, no me había robado gran cosa. Mi honor no podía ponerse en entredicho, aún entre delincuentes: no lo reporté al banco.

Total que Ivonne no fue tan puntual como la ruleta, no reapareció. Casi viajo al otro mundo y ella sin enterarse de que fue el móvil. Afortunadamente, mi experiencia en combate había hecho posible que le asestara un nuevo alto a la ruleta.

Conversando con la diosa

Insistente como los buscadores de oro o los aspirantes a *best seller*, todas las tardes me la pasaba en el parquecito. Eso sí, ya no tan ensimismado como antes y con mi revólver encima. Le compré munición y me acostumbré a llevarlo conmigo: me daba la sensación de seguridad, casi de superhombre.

Un auto sonó la bocina detrás del mío, corrí a averiguar. No reconocí el color de su carro porque me embelesé cuando la vi por primera vez: estaba ahí dentro, sonriéndome y diciéndome que ese parqueo estaba reservado para ella. Había tanto parqueo, pero no todos con la sombra del árbol. Adelanté mi auto un poco y de inmediato corrí, como caballero de los que hace mucho tiempo no se dan, a abrirle la puerta. No recuerdo haber visto tanta felicidad en ninguna otra mujer.

—¿Me esperabas? —fue lo primero que dijo.

—Si lo sabías, ¿por qué tardaste tanto tiempo en reaparecer?

Caminamos como dos viejos conocidos o, lo que es más acertado, como dos antiguos enamorados. Tardó algunos pasos en responderme:

—Por miedo.

—¿Miedo?

—A ti.

Me sentí confuso; a quien le estaba entrando temor era a mí. Quise saber a qué se debía ese repentino miedo sin conocerme. No dijo nada en concreto; que cuando me vio le parecí conocido de vida; que la atraje pero que algo en mi mirada… tal vez es que estaba agotada porque no había dormido bien; que no le hiciera caso.

Después de que los temores se disiparon pude apreciarla con toda libertad. La duda quedó a años luz: era bella. Desde mi punto de vista —desde mi punto de vista, porque cada cual tiene su propia concepción de la belleza; esto también lo aprendí tarde— lucía como una diosa: pestañas largas, casi punzantes; cejas naturales, gruesas, tupidas como una selva virgen; una boca en la que, estaba seguro, las ideas más tontas y las palabras más vulgares cobrarían sentido, encontrarían quién las escuchara, por su molde de musicalidad, de resonancia, de magia lingüística por la que los poetas estaban de más en el universo; aquel cabello largo, negro, altamente maleable, casi líquido. Estaba seguro de que hubiese muerto feliz si ella hubiera decidido ahorcarme con aquel cabello. Su nariz perfecta, tan así que juraría que a sus fosas nasales no las invadían los malos olores; debía poseer una especie de seleccionador natural por el cual solo podían

penetrar olores, los más variados y agradables que natura y hombre pudieran crear.

Yo, aunque ella me lo pedía, no quería hablar; prefería escucharla, sentir en mi tímpano esa música proveniente desde más allá de su boca. Por primera vez deseé ser mudo. Era modelo aún sin éxito, no sé por qué; tal vez porque no aceptó acostarse con quien pudiera encumbrarla; de otra manera no puede explicarse. Belleza había de sobra y talento no menos. Para mí estaba mejor así; evitábamos las complicaciones de la fama. Yo ya tenía experiencia con esta palabra, con la búsqueda de apartamento que nadie quiso rentarme por la fama de mamá. ¿Para qué repetirse?

Quiso saber acerca de mí, de mi familia. Una vez más me di cuenta de lo importante que es tener familia. A quien no tiene familia no solo se le compadece, sino también se le desconfía. Mi hermana y los piel canela desfilaron en primera fila; agradecí a Dios la existencia de ellos. Por primera vez asumí como mi padre al papá de los piel canela y, por supuesto, nunca usé el término piel canela para referirme a ninguno, sino hermanos y hermanas, que siempre fue en verdad lo que fueron. Y quizá sigan siendo, a pesar de mi condena.

Le conté que me dedicaba a escribir guiones, lo que le interesó mucho. Además, había visto dos de las películas que para entonces ya estaban en el mercado. No me reconocía por la desgracia esa de ser guionista; no destacan los créditos y, aunque así fuera, nadie se fija en ellos. La película es del director y los actores. Uno es solo un nombre que nadie tiene paciencia para leer, mucho menos para memorizar. No me importó. Después de todo, la fama me había hecho más mal que bien.

Al caer la tarde, cenamos juntos en un restaurante cercano; esa vez sí tenía dinero en efectivo y tarjetas de crédito, por si acaso. Entre más tiempo pasábamos juntos, más seguro estaba de que apreciaba a mi esposa del futuro inmediato. Reímos mucho. Si bien recuerdo ahora, esa fue una de las pocas veces en que en ningún momento pensé en la ruleta. Quizá si siempre hubiera actuado así, ignorándola, habría terminado por abandonarme, aburrida, buscando una víctima que le hiciera caso. ¡Qué tarde reparo en ello! Todo por culpa de Williams, de venir a provocarme para que escarbe en mi vida. De no ser por él nunca habría reparado en ese detalle tan importante. Estos periodistas, este Williams. Es un buen hombre este Williams.

Aquella primera vez fue fantástica. Su radiante belleza me sumía. Era como una diosa; su más soslayada mirada o su más leve sonrisa me convertían en devoto de la extrema pasión. Creo que se lo di a entender desde el primer día en que nos vimos y de ahí se originó su miedo, porque conociéndola como la conozco ahora, tan culta, orgullosa, pero no radical de su belleza, modesta y poseedora de

valores humanos superiores, no podía sino sentir terror de que un adicto a su beldad la postulara como diosa.

El caradura de Williams

Apostaría a que Williams es el ser más desvergonzado que existe en la actualidad. Es gracioso verlo sin capacidad de ocultar la felicidad que le produce que este documento esté por finalizar. Ahora pasa aquí todo el tiempo posible, lo que me lleva a pensar que no tiene nada con Ivonne. ¿Quién va a dejar tanto tiempo sola a una mujer tan bella? Yo no lo haría, quizá, en otros tiempos.

¿Qué haré cuando Williams no regrese, cuando haya cumplido su misión? No sé, aparte de la buena alimentación que me provee, está el hecho de que cerca de él uno se siente en compañía; aunque permanezca silencioso, es toda una presencia. En cambio existen unos que por más que hablen no se les ve; entre más hablan, más solo se siente uno. ¿Volverá de vez en cuando? Él promete hacerlo, que cumpla es otra cosa. Puede ser; adivino que me ha tomado afecto. El afecto no se dice, se intuye, se siente.

Es como un niño este Williams, lee y relee las páginas que le he dado. A veces ríe. ¿Le encuentra gracia a esto? Ha de ser extraterrestre. A estas alturas ya no se sabe quién es gente de aquí y quién es de otro planeta. Como si no bastara con la división que tenemos en la tierra: que blancos, que negros, que amarillos; ahora habrá que crear una nueva subdivisión: humana y extrahumanos. ¿Dónde irán a parar las cosas?

Tal vez me convendría que esto se publicara; quizá mis hermanos lo leerían y se enterarían de lo equivocados que han estado. Ivonne no tuvo la culpa, por eso la defendí en el juicio. No haberlo hecho significaba algo peor que el suicidio para mí. Ella no fue, ni creo que sea, una prostituta, una mala esposa, una infiel, no; es lo que siempre ha sido: una mujer, un ser humano. Como era yo, como son otros. Si ellos lo supieran, olvidarían todo y vendrían a verme. Por mi parte no hay rencor; estoy consciente de que este asunto ha sido complicado. Tampoco ellos tienen culpa.

Debo evitar escribir lo que estoy haciendo ahora, sobre el presente, porque tomará más tiempo concluir el testimonio. Pero este Williams quiere que anote aquí hasta lo que pienso sobre cada comida. ¿Con qué propósito? Este Williams, es un buen hombre este Williams; tan bueno como tan pésimo periodista. ¡Las contradicciones de la vida!

Protesta de la diosa

Después de aquella segunda vez, los encuentros fueron frecuentes; nunca rutinarios. Cada vez pasábamos más horas juntos. Podía escucharla cuanto tiempo fuera preciso sin pestañear. Podía contarme la historia cuantas veces quisiera; para mí siempre sonaba distinta, y lo era. Lo era por ese privilegio que tenía su boca de transformarlo todo.

Mi perplejidad por ella era correspondida, aunque con menor intensidad. Lo sabía porque a veces, premeditadamente, le inventaba alguna conversación insulsa y su sonrisa y atención me convencieron del interés inmediato que por mí había despertado.

Una tarde, mientras caminábamos por el mismo parquecito que solíamos visitar en muestra de agradecimiento por haber sido allí el lugar del primer encuentro, sonriendo me dijo:

—Gracias al destino por habernos acercado.

Me causó tanta risa que por primera vez detecté en ella atisbo de disgusto, lo que, indudablemente, me hizo intentar el control de mi risa, que, por cierto, parecía imposible. Reía no por nervios ni por nada parecido, sino por satisfacción. Reía con una risa real. Y como si alguien me estuviese manejando la lengua con hilos colgados del cielo (de la boca), le dije:

—El destino ha muerto.

Contrario a lo que pensé, que sonreiría, solo conseguí acentuarle el enojo.

—Ten cuidado con esas cosas —puntualizó.

La lengua volvió a batírseme involuntariamente.

—Estoy seguro de lo que te digo.

Trató de cambiar el tema, fabricó una semisonrisa y dijo:

—No estés tan seguro. Las cosas inmortales no mueren. Mejor cambiamos a otra cosa.

Con seriedad absoluta, confiado de mis palabras, le dije:

—Estoy seguro, porque yo lo maté. Ahora puedo, y puede quien esté a mi lado, ser feliz hasta que la vida se nos vaya de forma natural.

Por primera vez percibí que no salía música de su boca.

—No hagas bromas. No olvides que la vida es como un circo, no se sabe si el público ríe del payaso o el payaso del público.

Por un momento me asustó, lo admito. Sobre todo porque mencionó el circo y su mención me trae una emoción no sé si de alegría o de terror, pues de inmediato paso a ser *El Equilibrista* y me veo entre el aire y la tierra, entre la vida y la muerte sin malla de

protección.

También me molestó que como ejemplo tuviera que usar al payaso, pero de inmediato entendí que era un truco femenino —no por gusto había estado con tantas— para asaltarle a uno el cerebro como en una especie de chantaje mental.

Yo le había contado repetidas veces mi historia con el circo. Supuso que me atemorizaría buscando como ejemplo algo con lo que estaba —para entonces ya solo espiritualmente— relacionado. Afortunadamente citó al payaso y no al equilibrista; eso me tranquilizó. Detestaba, y sigo detestando, a los payasos; uno no debe ser blanco de la risa: ni por arte ni por hambre.

Me dejó un poco rezagado, cosa que nunca antes había ocurrido. Pleno síntoma de que no estaba contenta. Se sentó en una banca a tararear una canción. Me acerqué ofreciéndole disculpas por haber abordado el tema, pero no por lo expresado. No iba a obsequiarle esa tregua a la ruleta. Me senté a su lado, tan cerca que la rocé con la pistola. Dio un brinquito. Le dije que odiaba las armas, pero que esa la compré por ayudar a alguien y que me había acostumbrado a cargarla; que por algún misterio satánico las armas causaban adicción. No dijo nada, en fin, no sé si me escuchó. Lo que le importaba era dejar evidenciado su enfado.

Al no obtener respuesta, me vi obligado a despedirme del tema de una manera singular; por primera vez le di un beso. No uno de esos prolongados ni algo por el estilo, no; uno suave que apenas sentí su piel. ¡Quién era yo para estropear aquella boca musical!

Pasaporte al declive

Verla era un vicio. Al grado de proponerle matrimonio. No nos era posible vivir ya en casas distintas, sobre todo a mí. Aceptó con una sonrisa radiante como todo lo de ella: como sus ojos, como su boca, como su cabello. Con Ivonne me enteré de que existe gente que puede sonreír con el cabello ¡Y uno que cree que lo sabe todo! Accedió semicerrando las persianas de sus ojos, esperando, por supuesto, mi beso reconfirmatorio. No la besé: era demasiado bella para que alguien que no fuese ella misma la tocara. Se sorprendió por su insinuación no correspondida. Tal vez se avergonzó, pensó que aceleraba las cosas más que yo. Debió ser así porque bajó la vista y quedó reflexiva. Quizá pensaba que yo era un furibundo religioso, a estas alturas ya casi en total extinción, de los que esperan casarse con todas las de la ley, realizar la fiesta de boda y sabrá Dios cuántos rituales secretos más, antes de darle un beso en la boca a la esposa.

No encontré qué explicación darle, por eso llamé al silencio. Fue lo mejor que pude hacer. Aún estaba a tiempo de rechazarme como su futuro esposo, lo que garantizaría mi trágico final. No solo por la derrota frente a la ruleta, sino también porque la amaba. Desde que la vi por primera vez actué como gente de las grandes ciudades, como esta, que no ve a nadie en la calle. Yo lo llevé al extremo y no veía a nadie en las fiestas, reuniones, en cualquier lugar. Por mucha gente que hubiese, para mí ella y yo éramos los únicos, estábamos solos, una especie de Adán y Eva en el Edén. A diferencia de que nuestro Edén era muy moderno; la manzana había dejado de ser un afrodisíaco.

Dentro de mí, la razón y la sinrazón espadeaban con la fuerza de los antiguos gladiadores: por un lado sabía que no haberle dado el beso podía tomarse como un rechazo, como inseguridad de si en realidad deseaba casarme con ella (para mí absurdo, puesto que la amaba); y, por otro, corregir el error significaba darle una explicación tonta y, a su vez, sellar la disculpa con un beso de mayor intensidad del que debí haberle dado antes, puesto que ya no era solo por la felicidad de que me aceptara como su futuro esposo sino también incluía la disculpa. (¿Cómo explicarle que estaba tan bella que ni seres humanos, animales ni cosas deberían siquiera rozarla?). Mi silencio no era una respuesta que iba a satisfacer sus dudas por mucho tiempo. Pero callé.

Pasillo a la desgracia

Casi todo, por no decir todo, estaba listo para la boda. La secretaria sería como una representante familiar mía y, de paso, se encargó de todos los arreglos; contrató un equipo de personas que le ayudasen y probó la sabrosa diferencia entre dar órdenes y recibirlas. Y era como un sargento: sabía mandar.

Existía un pequeño inconveniente por el que no me atrevía a fijar de una vez por todas la fecha de la boda: ¿qué haría una vez casados y en la cama la noche de luna de miel para no besarla, para no tocarla? Si hasta entonces la mantuvo conmigo la idea de que mi fervor religioso no me permitía dar un paso en falso antes de que el matrimonio se realizara como es debido, con las leyes de los hombres y la ley divina, ¿por qué no poseerla ya que todo se había realizado de acuerdo con el mandato celestial? En verdad corría yo en el famoso callejón sin salida; me asomaba a la ventana del vacío.

Contrariado porque atrasar la boda complicaba mi noviazgo con Ivonne —era absurdo que cada vez le prometiera una nueva fecha; había hecho del calendario un estira y encoge— decidí, arriesgándome a que me solicitara el divorcio la misma noche de bodas, poner la fecha más inmediata. A partir de esa decisión faltaban seis días para la boda: el día seis a las seis de la tarde. ¡No advertí aquel maligno número!

Nos casamos: ese fue mi pasillo a la desgracia. La noche de la fiesta, pese a lo elegante de la boda y la gran cantidad de personalidades invitadas, me sentí nervioso, inseguro, como casi nunca en mi existencia. Si me hubiesen puesto una barra para cruzar la carpa, estoy convencido de que hubiera caído al primer paso. Se lo atribuí, lógicamente, a la ruleta, a quien, con esa boda, le iniciaba la agonía. La ruleta daba sus últimos estertores, era su momento más peligroso. Y bailé, comí, bebí algunas copas tratando de ignorar los resoplidos finales de la ruleta.

A poco más de la medianoche, cuando la mayoría de invitados se habían ido, volví a sentirme en la arena movediza de la depresión. Claro, no mucho tiempo faltaba para que Ivonne me pidiera retirarnos. ¿Qué haría? Decirle que no la tocaba por ser yo un simple mortal y ella una diosa, solo contribuía a espantarla acusándome, injustamente, de demente. Así que, no habiendo otra opción, aprovechando mi fecunda imaginación, me fui al baño, rompí el borde de una copa, y regresé a mi mesa llevándola conmigo. De súbito, di un grito. Empujé la mesa para que el sonar y quebrarse de la cristalería

agrandara la confusión y, sin que nadie me viera, me herí el labio inferior. Debí haberme herido más de lo calculado, por los borbotones de sangre y porque me dolía. Los curiosos me levantaron, porque caí, digamos me lancé, al piso para que el accidente no tuviese pizca de inverosímil. Llegó mi esposa escandalizada, consolándome, alarmada por la sangre derramada sobre mi pecho, urgiendo a que llamaran a mi médico de cabecera, quien, por cierto, estuvo en la fiesta y hacía no mucho se había marchado.

Mi labio inferior, partido en dos, y los rasguños del superior me duraron bastante para no tocar a la diosa, sin que ella pudiera armar mayor bronca, pues hasta el menos inteligente de los humanos sabe que es imposible hacerle el amor al ser amado sin besarle los labios, sin sentirse una lengua y otra invadiendo las cavidades bucales. ¿Qué inventaría después?

El dolor del sexo

El sexo es un asunto de humanos, no de dioses; ellos han superado esa etapa decadente. Yo, en honor a la verdad, en ningún momento ni bajo ninguna circunstancia me he creído un dios ni mucho menos; bueno, ni siquiera un ángel o santo, el nivel más bajo y menos apetecido de la jerarquía celestial, pues a estos les toca lidiar con humanos ¡De la que se salva Dios!

Aunque nunca tuve esas ínfulas, sí era el esposo de una diosa que rechazaba su estatus. ¿Quién era yo para aceptarle aquella renuncia y acostarme con ella? No; en todo caso, la cesantía debía llegarle del Dios Todopoderoso, que es el jefe de otros dioses y diosas menores, en relación a él, por supuesto. En cuanto a nosotros, pues son dioses, tal como mi esposa la diosa. Por tanto, por más que ella misma insistiera, no iba yo a blasfemar contra ella, aun cuando legalmente estábamos casados. ¿Cómo iba a hacerle el amor a mujer tan bella? No, sin duda, era dañarla. Siempre he sostenido que esas contorsiones faciales y los quejidos, mal llamados de placer, producidos por el acto sexual no son de tal placer sino de dolor. Contorsiones y quejidos que se adelantan a los sufrimientos futuros que enfrentará la pareja cuando ya no se soporten e intenten disolverse. Entonces, ¿por qué sufrir por adelantado? Uno no debe adelantarse al tiempo, debe dejar que sea él quien nos dicte cuándo llega el momento de la felicidad y el de la desgracia. ¡Esto también lo aprendí muy tarde!

El labio había sanado, y con ello se acababan los pretextos. No podía partírmelo nuevamente porque la casualidad sería mucha, por extensión, increíble. Ella esperaba a que yo tomara la iniciativa, pues habíamos convivido lo suficiente como para estar enterada de que la religión no permite cierta libertad. Yo, para no pecar de mentiroso, nunca fui religioso. Sin embargo, le hacía creer en mi veneración a la iglesia. De este modo podría en cualquier instante, de alguna chispa de mi fértil imaginación, trazar un nuevo plan para alejarla del camino de las espinas, digo, de la tentación.

Llegó un día en que no dudé de que mi tan alabada lucidez se había estrellado contra el paredón de la esterilidad. No ideaba nada admisible para evitar el contacto de las dos pieles. Me encomendé a Dios por lo que sucediera: haría el amor, mejor dicho, el agravio contra la diosa, y yo quedaría a merced del calvario en donde recluyen a los pecadores. La otra posibilidad no se descartaba: que yo no funcionara en lo absoluto, que mi erección fuese una decepción, la más terrible para mí, no por la vergüenza ante los ojos de ella —

¿quién se avergüenza de padecer un percance tan natural frente a una diosa?— sino porque clamaría por su divorcio, con lo que yo agonizaría, mientras la ruleta se recuperaba del estado de coma en el que la había mantenido todo ese tiempo.

Ella caminaba, impaciente, en su bata transparente, aguardando por mí. Las palabras nunca fueron tan innecesarias. Con la misma resignación del que, paciente, espera sentado (en la silla eléctrica) su ejecución, le sonreí, y le pedí unos minutos para darme una ducha. Su permiso fue concedido con la sonrisa de coquetería por excelencia. Así entré, despacio, a la ducha. Dejé el agua fría, con la ilusión de congelarme. Luego me enjaboné tan lentamente como nunca lo había hecho. Usé champú, acondicionador y otros asuntos para la piel, inusuales en mí; todo con el afán de ganar tiempo. ¿Cuánto? ¿Veinte minutos, treinta? Daba lo mismo. Repentinamente pensé en algo que me emocionó e hizo que gritara fuerte hacia mi interior —en caso contrario, ella me escucharía— y grité: ¡Eureka! ¡Eureka!

Salí del baño listo en cuerpo, pero con el rostro desencajado.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Suspiré, meditabundo.

—¿Sabes qué día es hoy?

Se detuvo a pensar por algunos segundos.

—Miércoles —respondió.

—Sí, miércoles —dije—. Miércoles de Ceniza. Hemos entrado en cuaresma.

Se le desdibujó toda la esperanza y gritó:

—¡Maldición!

Al escuchar aquella injuria me persigné.

—Perdóname —dijo dando un vistazo, tomando un libro y perdiéndose dentro del dormitorio.

Salí al patio, al jardín. Necesitaba un poco de distancia, de soledad. Disfrutaba de mi ingenio, me reía conmigo. Cada uno de aquellos pequeños triunfos no era otra cosa que aguijones contra la ruleta, una manera de matarla con uno de los mejores métodos de tortura. Y yo me deleitaba. Tenía varios días de la abstinencia religiosa a mi favor. ¡Que me perdone Dios si no me he abstenido en otras cosas!

El humano y la diosa

Como yo era humano —no creo que a estas alturas de mi vida lo siga siendo— y ella diosa, estaba en desventaja. Ella podría prescindir de las cosas terrenales, de todas, incluso de comer; comía por ejercitar las mandíbulas pero no para vivir. En cambio yo, por mi minúsculo papel de humano que me tocaba en la vida, requería de tantas cosas materiales, entre ellas hacer el amor.

Teníamos más de seis meses de casados, entre el labio herido, la Semana Santa y nuevas historias. Entre otras, cuando carecía de nuevos recursos, le confié que mi problema no era que no la amara —eso que ni lo dudara— sino que se parecía increíblemente a mamá. Y, ¿qué ser culto y civilizado, y encima ferviente religioso, va a hacer el amor con su mamá, ni siquiera con alguien que se le parezca más de lo normal? Admitió lo difícil de la situación, y me dio un plazo para que borrara la imagen de mamá de su rostro; en caso contrario, sentenció, debíamos ir buscando la manera de divorciarnos. Eso me aterrorizó. Al cumplir el mes le juré que ya no se me parecía a mamá; le pedí una foto de mi madre a la secretaria y se la llevé a Ivonne. No pudo contener la risa, entre ella y mamá no había ni un lunar en común. ¡Que me perdone mamá!

Me absorbí en el trabajo, en los nuevos contratos de importantes compañías cinematográficas. Pasaba más tiempo en la oficina que en casa. La secretaria aprovechó una tarde que me encontró menos ocupado para servirme un café y hablarme de mi familia. Mi hermana, la mayor, tenía tres hijos; mis otras hermanas y hermanos también se habían multiplicado. Mi padrastro había aprendido a tocar un instrumento musical, no sé con precisión cuál, pero pienso que era la armónica. Aunque no supieran de mí por mi propio medio, todos estaban orgullosos de mi trabajo. No perdían película que tuviera un guión mío. Añoraban que un día los visitara.

Me caía bien mi secretaria, se sentía de la familia. O nunca me había fijado en ella o estaba transformada; se miraba hermosa. La embromé diciéndole que sabía más de mi familia que yo, y le pregunté si le gustaría ser parte de ella. Se acercó diciéndome: «¿por qué no?». No supe a qué horas la tenía tomada de la mano, le acariciaba el brazo, el antebrazo. Me deslicé por su cuello y hundí los dedos en su escote. Luego la besé profunda, intensamente. Sentí la humedad de su lengua fusionarse con la mía. Se tropezó con mi pistola y yo me desarmé para que no hallara obstáculos. Desesperado, extraje de una gaveta los preservativos que siempre tuve a mano en mi pasado

promiscuo. Nos hicimos el amor sin promesas ni preguntas. Me encantó su cuerpo, me fascinó que vaciara el deseo que tenía acumulado por mí. Pasamos una tarde espléndida. Quise que me contara más acerca de mi familia; unas cuantas veces interrumpí la historia para volver a entregarnos. Todo aquello no provocó en mí el más mínimo sentimiento de culpa frente a la diosa. Yo era un humano.

Diosa de la soledad

Ivonne se veía confusa desilusionada cuando lograba verla. Generalmente yo llegaba bastante tarde. Ella dormía; había aprendido a ingerir licor, quizá como protesta o como manera de conciliar el sueño. Me pedía que nos diéramos una tarde para hablar de una vez por todas. Yo temía a esa tarde, por eso la cubría con excusas de trabajo.

Mi relación amorosa con la secretaria continuaba en ascenso. No la amaba pero me encantaba, me gustaba su compañía, trabajar a la par de ella, luego cenar y hacernos el amor, o hacérnoslo en medio del trabajo con las hojas de las futuras joyas cinematográficas como colchón. Era divertido. Podía hacer el amor con ella y disfrutarlo porque no la amaba; de amarla, hubiese sido imposible; sus contorsiones y quejidos me habrían enloquecido. Esto explica que siempre tuve buena fe hacia Ivonne; siempre quise darle lo mejor que pudiese encontrar dentro de mi ser. Ivonne era una diosa, por lo que no le competía el sufrimiento. La secretaria era igual que yo, un ser humano; para nosotros, de ser necesario, el sufrimiento podía ser rutinario. Y quizá me entregaba sexualmente a la secretaria solamente por cumplirle al cuerpo por esa necesidad biológica. No era mi culpa si aquella tarea me causaba placer. En cambio, a Ivonne le había entregado mi espíritu; la amaba como se ama a Dios, sin abusar de él y manteniendo las distancias, para que no existiese la equivocación de creerme semejante a ella.

Ante sus amenazas de un día cualquiera no encontrarla en casa y no volver a saber de ella, cedí; le propuse una tarde de fin de semana para que me contara lo que la atormentaba.

Sus lágrimas caían como corrientes de lava sobre mi corazón. La amaba. Su sufrimiento me hacía prometerle lo inalcanzable. Me preguntó por qué no la acariciaba, no la besaba, no le hacía el amor. Me confesó que me amaba, pero ello no me daba derecho de tenerla en cautiverio, abandonada.

Debí contarle, pero no iba a entenderlo, los sacrificios que realizaba a causa de ella, como el de acostarme con la secretaria para no manchar la imagen de ella, para no saberla padeciendo en el martirio del sexo. No quedaba alternativa ante sus preguntas de desconfianza: que si no la amaba; que si nunca la había querido, por qué entonces me casé con ella. Yo le perjuraba, hincado en el centro de la sala y consciente de mi pasión religiosa. Sabía que no podía mentirle, que la amaba. Volvía a salir el por qué de sus ojos y de su

boca.

Preguntó lo que nunca imaginé:

—Confiésame de una vez, soy capaz de entenderte y luchar por no perderte. Dímelo, ¿eres homosexual?

Le negué con la cabeza y haciendo la señal de la Santa Cruz con la mano derecha.

—Entonces, ¿cuál es el motivo? —imploró por una respuesta.

Hubo que decirle la verdad:

—¡Porque eres una diosa!

Rió a carcajadas. Continuaba riendo a carcajadas como una bruja de los cuentos de hadas. A nadie le recomiendo la experiencia de ver a una diosa burlándose de un mortal.

Finalmente, me dijo:

—Asumo el rol que me has dado, desde este momento me convierto en la Diosa de la Soledad.

Luego consumió casi por completo una botella de brandy. El elixir de los dioses, me dije. Y dormí contento porque me consideraba salvo, había superado la peor de las pruebas. Había hecho que Ivonne asumiera su papel de diosa. Me sentía emocionado como en mis mejores tiempos en el circo, en los instantes posteriores a haber caminado por la barra.

Tiempo después vine a darme cuenta de que su respuesta había sido irónica. Yo nunca tuve una concepción concreta acerca de lo que era la ironía. ¡Que tarde vine a aprenderlo!

Vuelta de la ruleta

No volvimos a abordar el tema que nos incomodaba. Ella no lucía infeliz; solamente necesitaba su complemento, el sexo, vedado para los dioses. Yo trabajaba incansablemente a la vez que disfrutaba de la relación libre y espontánea con mi secretaria. Hasta que me pidió no usar preservativos. Quería que mi propia propuesta, aunque fue a nivel de broma, se materializara. Soñaba con ser parte de mi familia. Me dio terror. Se quedó atónita al ver el cambio de color de mi piel. La secretaria había servido de emisaria de la ruleta. Tanto tiempo transcurrido y yo sin el pre-bebé, la ruleta se recuperaba.

Inmediatamente, aunque era temprano, salí de mi estudio. Le dije a la secretaria que se despreocupara, que no era por lo que me dijo que estaba así, sino porque me hizo recordar algo. Se tranquilizó. Tomé el auto y me dirigí a casa, pensando qué hacer antes de que fuera demasiado tarde y la ruleta estuviese recuperada del todo. No tenía alternativa, salvo irrumpir en la castidad de los dioses. Tenía que hacer el amor con Ivonne, así tuviera que emborracharme o usar cualquier droga para vencer el temor a la usurpación celestial. Era la única salida. La ruleta me había anunciado su nueva vuelta y venía furiosa, con saña, a aceptar mi reto, a limpiar su nombre, a cobrarme por la afrenta.

Metí la llave en la puerta y abrí. Escuché sonidos extraños, caminé sigiloso por si algo le sucedía a Ivonne. Podía ser el asaltante del parque. Pistola en mano me dirigí a nuestra habitación; de ahí provenía el ruido. La puerta estaba abierta, pero casi cerrada. La empujé, cautelosamente. Me enfrenté al horroroso cuadro: Ivonne estaba en la cama, desnuda, debajo de un hombre también desnudo. Ella sufría tanto, y quizá él también, que ninguno se percató de mi presencia. Vi su rostro celestial moviéndose de un lado a otro, contorsionándose. Oí sus quejidos que cada vez se volvían más fuertes. Nunca antes la había visto sufrir tanto, y su dolor me contagió. El instinto me ordenó defenderla. Puse en la sien del individuo, a quemarropa, la pistola… y disparé, cuidando de no lesionar a la diosa.

Se salió de la cama llena de terror. La abracé. Entonces tuve la lucidez de verme convertido en asesino; la ruleta se me había adelantado. Coloqué el revólver en mi sien para volarme la tapa de los sesos. Me lo impidió su desgarrada voz que me pedía: «No lo hagas». Sin quitarme la pistola de la sien comencé a besarla, hasta que nos caímos en la alfombra. La besaba profundamente como busca un hambriento con la lengua dentro de una lata en la que solo le queda la

humedad. La penetré, siempre con el revólver en la sien. Ante mi pasó el recuerdo de los días más maravillosos en el circo, cuando nada me hacía caer de mi altura. Pensé que al eyacular el arma se dispararía por sí sola, por el temblor incontrolable de los cuerpos en esos segundos sublimes. Ese era el triunfo de la ruleta; me ordenaba hacerme el haraquiri en la cumbre de mi éxito. No fue así; llegamos al clímax.

Los *flashes* de los periodistas, las voces de la policía resonaban a mi espalda como en un sueño. Pasé la prueba del revólver en la sien como en mis mejores días de equilibrista. Me sentía el hombre más feliz de la tierra. Y de Júpiter, por si andaban algunos allá.

El juicio final

Me hicieron un juicio breve, aunque pudo haber sido más extenso de haber querido yo, puesto que era un hombre de dinero y prestigio, pero no quise. Era humillarse ante la ruleta para, al final, darse cuenta de que la condena venía. No había testigos, ni de mi culpa ni de mi inocencia. Los únicos dos: uno estaba muerto y la otra, según supe, atendida en una clínica, víctima de una severa crisis nerviosa.

El juez dijo que se me acusaba de asesinato pasional, que había dado muerte al estudiante que fornicaba con mi mujer, que le había dado muerte cegado por los celos. Protesté sin esconder mi ira. Le dije que me subestimaba, que yo, desde mi infancia, aprendí a no sentir celos; que le disparé, no estando seguro de si moriría, por hacerle daño a la diosa.

El juez pareció no escucharme, y me recalcó que cuanto dijera se tomaría en cuenta, que mi condena oscilaba entre veinte años en la cárcel o cadena perpetua, sin descartar la silla eléctrica. Todo dependía de lo que el jurado dictaminara de acuerdo con la sucesión de los hechos.

No sé qué más dijo porque pensaba en otras cosas. Recordé el circo. Me vi como en una pantalla, caminando por la cuerda floja, y no dudé en autodenominarme el mejor equilibrista en la historia. Comprendí que el destino había llegado para hacer justicia.

De pronto una idea me causó risa, mucha risa, incontenible risa. Sin importarme el juez, el jurado, periodistas y curiosos, reí a carcajadas. Estaba riéndome del destino, porque no había logrado vencerme. Me lo reafirmó el pensar que muchos hombres y mujeres sobresalientes en el planeta habían estado en la cárcel, muchas veces injustamente, por rebelarse contra el orden establecido. La cárcel se convertía en bendición, en mi triunfo.

Juraba que en la cárcel hubiese sido feliz y no aquí vestido con esta ropa ancha como de payaso, soportándole la risa a esos idiotas vestidos igual que yo que se asomaban a mis barrotes. En su tiempo grité a la policía, a los doctores, a los abogados y no paraban de reírse como si estuvieran riéndose de mí. Les gritaba que soy un asesino y que por qué han cometido ese terrible error de haberme confundido con un loco.

Mi secreto
Epílogo

Siento que profano estas páginas escritas por El Equilibrista —que él se empecinó en llamar «documento»— al agregarle tanto la nota introductoria *No es por dinero* como la presente. Sin embargo, entre profanar e informar decidí lo segundo, dado que es mi profesión y, además, pienso que algunos datos son vitales para que el lector se forje una idea completa de este hombre enfrentado con «la ruleta».

Debo pedir disculpas —quizá innecesariamente debido a lo evidente de ello— por la gran diferencia entre la calidad de escritura de *El Equilibrista* y la mía; pero, como ya lo dejé entrever en la nota introductoria, estoy frente a un Maestro. Y, créanme, no es fácil, por mínimo que sea, compartir espacio en un libro o publicación equis con un Maestro. La osadía la debo, en primer lugar, a la petición de los editores pues, de alguna manera, la información que tengo complementa el entendimiento de esta obra o «documento». En segundo lugar, a Ivonne, quien me pidió hacerlo por los familiares de *El Equilibrista*. Así que solo pido respetuosamente al lector, su comprensión e indulgencia para conmigo.

En las fechas en que me desesperaba por descollar en mi carrera, buscando desenmarañar una insólita historia que me llevase a obtener el premio Pulitzer, conocí a Ivonne, no por ninguna coincidencia ni casualidad, sino por la tenaz persecución que de ella hice. Al encontrarla, algo me dijo que mi vida tomaría otro curso. Quizá «la ruleta» a la que se refiere *El Equilibrista*. Al cabo de dos años de frecuentes entrevistas a Ivonne, paseos en el campo para que se relajara y pudiera relatarme los hechos, nos dimos cuenta de que estábamos enamorados. Sentimos esa necesidad de estar juntos, de compartir el mismo techo, y decidimos casarnos. Hacia esas fechas el premio era lo menos que me interesaba en este mundo, tal como ahora.

Ella se convirtió en mi premio y mi reto, porque acepté casarme no obstante la advertencia que me hizo de que tal vez se le imposibilitaría mantener relaciones sexuales conmigo, pues al intentarlo la escena del estudiante con los sesos fuera y los ojos desorbitados de *El Equilibrista* poseyéndola venían a su mente, como en el momento mismo de los hechos. Y se sentía única culpable de lo sucedido; yo intentaba convencerla de que ella, como cualquier otro ser humano, necesitaba complementar su existencia viviendo su

sexualidad, y si su esposo no se la proveía tenía todo el derecho de haberla buscado en otra persona, en su caso, en el vecino estudiante. Pero eso nunca bastó: continuaba culpándose. Comencé a inquietarme. Era absurdo y difícil vivir con una persona que amaba y me amaba y no tener relaciones sexuales, porque al intentarlo se agudizaba la crisis en ella. Visitamos inútilmente psicólogos, psiquiatras y otros profesionales. Ivonne parecía incurable. La idea de divorciarme cruzó muchas veces por mi mente, e incluso la analizamos con ella, como una posible salida a mi conflicto; pero aparte de que me hacía sentir un cobarde, estaba la convicción de que mi vida no tendría sentido sin ella. Desesperado, tuve la gran idea de realizar lo que inicialmente, cuando no me había enamorado de Ivonne y solo vivía para conquistar el premio, haría: entrevistarme con el asesino del estudiante. Ivonne apoyó mi proyecto y concluimos que lo mejor era que él relatara, por escrito, sus razones para cometer el crimen. Así pasé a ser parte, de alguna manera, de la historia de *El Equilibrista*.

En un principio tuve miedo, que se acrecentó cuando los encargados del manicomio me hicieron ver que lo tenían aislado por considerarlo altamente peligroso, pues insultaba a los otros enfermos llamándolos «malditos payasos». Pero yo tenía una importante misión qué cumplir y debía hacerlo como en mis mejores años, cuando fui corresponsal de guerra.

El tiempo en que conviví con *El Equilibrista* y la lectura cotidiana de las hojas de su testimonio me llevaron a encariñarme con él. Jamás olvidaré su risa y sonrisas infantiles. Tampoco su intelecto, el que aún hoy me hace dudar si es un enfermo o realmente tuvo esa guerra a muerte con el destino. Existen cosas inexplicables en la vida, que quizá nunca los seres humanos tengamos acceso a saber.

Sufrí en ese tiempo: cuando leí la confesión de su amor por Ivonne; o como cuando creyó que yo le escondía un secreto; así como cuando se lamentaba por no haber tenido un hijo. Algunas veces me vi tentado a decirle cuanto sabía, pero consultando a los médicos me dijeron que por ningún motivo fuera siquiera a insinuarle algo, pues hubiese sido su aniquilación total.

Tuvo mucha razón al sospechar que yo le escondía algo, pues encima de que su adorada Ivonne era mi esposa, también su hija se había convertido en mi hija. El día de la tragedia también fue el día de su gloria, embarazó a Ivonne. Ella, sabiendo que no podía aparecer embarazada estando casada con un hombre con el que no hacía el amor, fue muy cautelosa en esa primera y única vez de su «infidelidad». Hizo que su amante, el estudiante, usara preservativos, tal como apareció en los noticieros más sensacionalistas de la fecha. El estudiante, como diría *El Equilibrista*, «murió con el condón puesto».

De ese embarazo resultó una niña, que lleva el nombre de la madre

de *El Equilibrista*. Es el vivo retrato de él, aunque le divierten y ama a los payasos, como la mayoría de los niños. Ella es nuestra adoración, y no me avergüenza confesar que, antes del «documento» de *El Equilibrista*, la veía con cierto recelo; pero la historia del padre de los piel canela me transformó en otro. Amo esa niña, o, mejor dicho, amo a mi hija. Reitero: es nuestra adoración.

Hace un año y un poco más que *El Equilibrista* nos legó su testimonio. Si bien es cierto que Ivonne lloró ininterrumpidamente leyéndolo, también es cierto que fue un medicamento eficaz e inmediato. Ahora felizmente cuidamos de los ocho meses de desarrollo que lleva nuestra «burbuja». Hemos explicado a la niña que de ahí saldrá un hermanito o hermanita. Ella se desespera, preguntándole cuándo estará afuera para que jueguen.

Cumplí con mi promesa de visitar regularmente a *El Equilibrista*. Se sintió feliz de saber que Ivonne se había recuperado. Acordamos no volver a tocar el tema de ella. Siempre le envió a diario las comidas a las que se acostumbró en las fechas en que redactó esta obra maestra. Y aún hoy lo visitaría, de no ser porque «la ruleta» volvió a llamarlo. Fue transferido a su país a petición de sus familiares. Pienso que es lo mejor que pudo sucederle.

Ivonne y yo tenemos una partida especial de lo recaudado de las otras obras de *El Equilibrista* y de la presente, que por ley pertenecen a Ivonne y a la niña, que enviamos mensualmente a la hermana de él para que no le falten sus buenos alimentos, que tan feliz lo hacen. En lo personal no sé qué pensar de ese encarnizado enfrentamiento que tuvieron (¿tienen?) *El Equilibrista* y «la ruleta». A veces pienso que tal vez la derrota de *El Equilibrista* consiste en no estar informado de su triunfo.

WILLIAMS
Manhattan, New York
27 Julio 1995

© Roberto Quesada, 2013
© De esta edición:
2013, Editorial Santillana, S. A.
26 Avenida 2-20, Zona 14
Guatemala ciudad, Guatemala, C. A.
Teléfono (502) 24294300.
Fax (502) 24294343
E-mail: santillana@santillana.com.gt

ISBN: 978-99926-97-26-9

Impreso en

Diseño de cubierta: Iván B. von Ahn

Primera edición: julio de 2013

Impreso por
Conversión libro electrónico: Kiwitech

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 244 11 22
Fax (591 2) 244 22 08

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle

03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.gruposantillanapr.com
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51